

HARLEQUIN®

Deseo®

EL SECRETO MEJOR GUARDADO

Anne McAllister

370 ptas. / 2,22 € · Argentina: $2,70 · México: $12,00

El Secreto Mejor
Guardado
Anne McAllister
8º El Código del Oeste
El Secreto Mejor Guardado (27.09.2000)
Título Original: A Cowboy's Secret (2000)
Serie: 08 El Código del Oeste
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 978
Género: Contemporáneo
Protagonistas: J.D. Holt y Lydia Cochrane
Argumento:

El rudo J.D. Holt tenía la vida llena de secretos, y no pensaba compartir ninguno de ellos con la inteligente y bella Lydia Cochrane. Él no iba a compartir nada con Lydia, hasta que descubrió que ella había comprado su rancho ¡y que se había convertido en su jefe! Pero si el destino se empeñaba en acercarlos, ya se encargaría él de plantarle cara a aquella sabelotodo...

Capítulo Uno

La puerta de la celda se cerró detrás de él.

Era un ruido que J.D. Holt recordaba muy bien. Se tambaleó con sus botas y se cayó de bruces encima del duro camastro.

—Quédate ahí —dijo el Sheriff Jim Muldoon—. Tranquilízate. Enfríate. Ponte sobrio, Y mira a ver si puedes recordar dónde te dejaste el cerebro, ¡por el amor de Dios, J.D.!

Las llaves chirriaron en la cerradura.

—¿Cómo se te ocurre sacar a tu jefe de un puñetazo? —Le inquirió Jim a través de las rejas—. Ya Trey Phillips, ¡por Dios! ¡Eso es como pegar a Dios en estas tierras.

Como si J.D. no lo supiera.

Jim sacudió la puerta para asegurarse de que había quedado cerrada, como si J.D.

fuera un delincuente peligroso que pensara escaparse. Una posibilidad remota. Ya que a J.D. le daba igual no volver a ver la luz del día.

—A ver si te aclaras la cabeza —le ordenó Jim—. -Respira profundamente varias veces. Piensa, por una vez, maldito idiota. Luego pégame un grito, y yo te dejaré hacer una llamada. ¿De acuerdo?

J.D. no contestó. No tenía nada que decir.

Jim repiqueteó el suelo con la bota, como si esperase una respuesta. Finalmente suspiró profundamente y dijo:

—Hacía mucho tiempo que no cometías este tipo de tonterías, J.D. Pensaba que ya habías superado este tipo de cosas —volvió a esperar.

J.D. no se movió.

Jim hizo sonar las llaves en su mano, luego dijo algo entre dientes, y finalmente se marchó.

J.D. lo oyó marcharse. Estaba tumbado, con la cara contra el colchón de algodón, y deseó estar cubierto por él. Le palpitaba la cabeza. Le dolía el cuerpo y los nudillos.

No le había pegado lo suficientemente fuerte al viejo. ¡No le habían faltado ganas!

Pero un diminuto fragmento de sentido común o instinto de conservación le había hecho retirar el puñetazo en el último momento. No había sido por compasión a Trey Phillips, después de que el viejo lo hubiera traicionado vendiendo el rancho que le había prometido vender a él.

Probablemente eso no le importaba nada a Trey. El viejo rancho de los Holt no era nada con lo que alguien fuera a hacerse rico. No era más que un punto en un mapa, comparado con las tierras del

legendario Phillips, el J Bar R. Cinco generaciones de Phillips habían comprado tantas tierras de Montana, que su rancho cubría parte de tres condados y era el hogar de más ganado del que J.D. podría tener en toda su vida.

Pero a él no le había importado nunca. Era lo que él había tenido, o lo que le habían prometido. Yeso sí le importaba a J.D. Había sido vaquero de Trey Phillips, encargado de su rancho durante los tres últimos años. Y nunca había querido ni una parte de él.

Solo quería su tierra, la pequeña parte que había sido de su familia.

El viejo rancho de los Holt. La extensión de Dan Holt.

En la que J.D. había crecido. Aquella que conocía tan bien. El sitio que había amado como ningún otro. Lo único que no lo había defraudado nunca.

Llevaba en la sangre el rancho de los Holt.

Había vuelto hacía cinco años para salvar tanto al rancho como a su padre. Había decidido levantarlo cuando el viejo se había enfermado y no había podido seguir haciéndolo.

En aquel entonces su hermano Gus y él habían estado en el circuito del rodeo. Gus estaba por cumplir dieciséis años, y se desenvolvía mejor de lo que jamás lo había hecho J.D. Gus lo respiraba y lo vivía. J.D., no. El amaba los caballos, entrenarlos, animarlos.

Había vuelto a casa para ayudar a su padre y para cumplir su sueño de llevar un negocio de entrenamiento de caballos.

Había pensado empezar poco a poco, lentamente, hacerse un nombre, conseguir una reputación. Y así conseguirlo, en cinco, diez años. Cuando el rancho fuera suyo, y de Gus, antes de que u padre muriese.

Pero su padre murió.

Y J.D. descubrió que Gus y él no eran dueños del rancho en absoluto.

Trey Phillips lo había comprado calladamente hacía años, pagando impuestos atrasados.

En su enfermedad, su padre no se había acordado que existía eso llamado impuestos.

Y J.D. había estado ocupado con el ganado y los caballos. Por otra parte, la parte administrativa y de papeleo del rancho había sido tarea de su padre. El jamás se había acordado de los impuestos.

Pero Trey, sí. ¡Porque así era como los Phillips habían prosperado! Así habían conseguido más de una tierra durante años.

Y no solo tierra.

Como de costumbre, Trey jamás se había molestado en mencionar el asunto. Nunca había dicho que el rancho le pertenecía hasta que su padre había muerto. Les había dejado pensar que el rancho era de

ellos.

Y entonces, después del funeral, cuando se había leído el testamento, había resultado que no había rancho. Solo ganado. Y una pila de deudas.

—¿Qué pasó con el rancho? —habían preguntado J.D. y Gus a Clarence Best, el viejo abogado que había redactado el testamento de Dan diez años antes.

Clarence había sonreído con tristeza.

—Se fue. Por impuestos. Lo compró Trey Phillips.

Así de sencillo. Sin una palabra. ¡Como si tuviera derecho!

¡Como si el hecho de que Dan Holt y sus hijos hubieran sudado sangre en aquellos cientos de acres y con esas pocas cabezas de ganado durante años y años no importase nada!

¡Lo había comprado y nunca había dicho nada!

Y entonces, aquella noche, después de la visita del abogado, cuando J.D. y Gus se habían quedado mirando el uno al otro con una botella de whisky entre ellos y preguntándose de dónde diablos iban a sacar el dinero para pagar las deudas, ¡Trey había aparecido y les había ofrecido dárselo!

¡Como si regalase ranchos todos los días!

¡Era tan rico el muy canalla, que tal vez lo hiciera!

Pero J.D. se habría muerto antes que deberle algo a Trey Phillips.

—No, gracias —había dicho entre dientes.

Trey lo había mirado con la boca abierta. Gus también.

Pero J.D. sabía lo que estaba haciendo. No quería nada con Trey Phillips. Como no lo había querido su padre. Había habido encono entre Dan Holt y Trey Phillips desde antes de nacer J.D. Durante años no había sabido por qué.

Ahora lo sabía. Y no había querido ningún regalo de Trey Phillips.

Había abierto la puerta para que Trey se marchase.

—Ya sabe lo que puede hacer con su oferta, señor Phillips.

Trey Phillips había cerrado la boca. Sus ojos azules se habían encontrado con los azules de J.D. La mirada pareció durar eternamente.

No pestañeó. Jamás habría desviado la mirada.

Trey sí lo hizo.

—Como quieras —había dicho Trey mansamente—. Hazme saber si cambias de opinión.

J.D. no iba a cambiar de parecer jamás. Había cerrado la puerta en la cara de Trey.

Luego había mirado a su hermano, dándole la oportunidad de que lo contradijera.

Pero Gus no lo había hecho.

—Amas este lugar, J.D. —había dicho más tarde. Gus lo había

ignorado.

—Qué hay entre Trey y tú? ¿Qué te ha hecho?

—Se trata de lo que le ha hecho a nuestro padre.

—Entre Trey y el viejo? Si casi no han cruzado palabra en su vida...

—Hace años —dijo J.D.

— ¿Qué pasó hace años? — j.D. agitó la cabeza.

—No importa. Es algo entre ellos.

Gus dudó, luego se encogió de hombros. A Gus no le importaba. No le importaría nunca. Al día siguiente volvió a la calle. El rodeo era lo que le importaba.

J.D. hubiera deseado sentir lo mismo que su hermano.

Pero él quería el rancho. Necesitaba el rancho. Siempre había pensado volver, hacer allí su vida. Había contado con ello.

No pensaba aceptar ayuda de Trey Phillips. Pero una semana más tarde fue a casa de Trey.

Cuando el viejo había abierto la puerta J.D. le había dicho directamente:

—Te lo compraré. ¿Cuánto quieres?

Trey lo había mirado sorprendido. Luego había puesto cara de especulación y había dicho:

—Trabaja para mí, y te lo venderé.

J.D. no había ni dudado. Se había dado la vuelta y se había dirigido a su camión.

Pero cuanto más se acercaba al camión, más despacio caminaba.

Finalmente se había dado la vuelta y había preguntado:

—A qué te refieres con trabajar para ti? Trey se había encogido de hombros.

—Me vendría bien un buen encargado.

¿Capataz? J.D. no había esperado eso.

Todo el mundo sabía que Trey Phillips era su propio capataz. Tomaba él las decisiones, y se encargaba de sus tierras. Ni su hijo, Rance, había sido capaz de quitarle control sobre el rancho.

—No voy a vivir eternamente —le había dicho Trey—. Ocuparme de este sitio me ha llevado todo mi tiempo durante años. Tengo otras cosas que hacer. Lugares adonde quiero ir.

— ¿Y Rance?

—El está aquí de momento. Pero tiene su carrera de abogado. No puedo dejárselo a él sin más y huir.

J.D. comprendió.

Rance era tan cabezón como su padre. Y jamás había dejado que éste le dijera lo que tenía que hacer.

—¿Y crees que dándomelo a mí irá mejor? —J.D. no podía creerlo.

—No te lo estoy dando. Yo soy tu jefe. El jefe.

¿Podía trabajar para Trey Phillips?

Al principio habría dicho que ni loco. John Ransome Phillips III era cabezón, arrogante... Siempre se salía con la suya. Hacía lo que quería siempre. Se creía demasiado importante como para encajar bien con J.D.

Pero también era realista. Le estaba ofreciendo el trabajo a pesar de lo que J.D.

Pensara de él.

—¿Por qué? —preguntó J.D. con desconfianza.

—¿Por qué crees tú?

Ambos sabían por qué.

—No me hagas ningún favor —contestó J.D.

—No es ningún favor que hagas el trabajo de este rancho. Te lo aseguro. Pero lo comprenderé si rechazas la oferta. No todos los hombres pueden hacer este trabajo.

—¿Cuánto? —preguntó J.D. de pronto.

Trey sonrió. Abrió la puerta totalmente.

—Pasa. Lo negociaremos.

De eso hacía tres años. Tres años en los que había trabajado en J Bar R como capataz y que había sido recompensado con más y más responsabilidad. Tres años en los que había descubierto que tenía talento para controlar una gran extensión de tierra y que le gustaba tomar decisiones que tenían impacto. Un tiempo en el que había podido ahorrar lo suficiente para comprar el rancho, y durante el cual había descubierto que podía sentir respeto por Trey Phillips. Un respeto que Trey Phillips le había borrado de un plumazo.

—Será tuyo —le había prometido el día que J.D. le había dicho que trabajaría para él.

¡Y ahora se lo había vendido a otra persona! Se lo había dicho Gus.

—¡Podrías habérmelo dicho! —le había dicho Gus en tono acusador.

J.D. que acababa de llegar de un viaje de dos días cerca de Miles City, donde había ido a la venta de caballos no estaba de humor para jugar a las adivinanzas.

—¿Haberte dicho qué? —preguntó J.D.

—Que habías cambiado de opinión acerca del rancho.

J.D. no había sabido de qué estaba hablando su hermano.

—Trey Phillips vendió el rancho. Nuestro rancho.

—No puede ser —había dicho J.D.

— ¿No lo sabías?

—No lo sabía —le había respondido J.D. con tanta rabia como dolor. ¡Era un desgraciado!

—Tengo que marcharme —le había dicho a su hermano.

Había colgado el teléfono. Luego había tirado la taza de café que



iba a beber, por toda la habitación. Y se había marchado a buscar a Trey.

Capítulo Uno

El timbre del teléfono despertó a Lydia.

Tocó la mesilla en la oscuridad para atenderlo. Luego se lo llevó a la oreja. Carraspeó y dijo:

—Lydia Cochrane.

— ¿Dónde está Rance? —Preguntó una voz grosera, decididamente masculina y extrañamente familiar—. Llamo a Rance. «No a ti», fue el mensaje.

Lydia se incorporó, respiró profundamente y dijo:

—Las llamadas del señor Phillips han sido transferidas a mi teléfono este fin de semana. Yo soy la abogada de guardia —dijo firmemente.

—Necesito hablar con Rance —volvió a decir groseramente la voz.

—Bueno, no puede.

¿Por qué los hombres siempre pensaban que solo otro hombre podía estar cualificado para ser abogado?, se preguntó Lydia—. El señor Phillips no puede atenderlo. Tiene que hablar conmigo. Dígame, ¿necesita un abogado, sea quien sea, o puedo volver a la cama?

Hubo un silencio. Luego él dijo:

—Soy J.D. Holt. Necesito obtener la libertad bajo fianza.

Lydia casi se tragó la lengua. Algo en su interior, en su estómago quizás, le dio una vuelta.

—¿J.D.? —preguntó ella casi con un gemido. Luego dijo—: J.D. —un poco más modulado—. ¿Sacarlo bajo fianza? ¿De la cárcel? —respiró profundamente—. Por supuesto, allí estaré —empezó a colgar el teléfono, luego se detuvo, dándose cuenta de que tenía que preguntar—: ¿Está en... la Cárcel de Murray?

—Sí, estoy en la cárcel de Murray, cariño —dijo J.D. con tono burlón, como ella se había imaginado que lo haría.

El suspiró y dijo:

—Mira, este no es sitio para ti. Llama a Rance 3 vuelve a dormir.

Lydia se puso rígida.

—No voy a llamar a Rance. Puedo de sacarlo de la cárcel como usted ha sido capaz de que lo encierren allí, señor Holt. Iré enseguida. Espéreme.

«Como si pudiera irse a algún sitio...», pensó Lydia. Era tonta.

—¿Que hizo que?

—Le pegó a Trey Phillips en la boca. Fue directa mente al bar y lo agarró —dijo Jim con énfasis.

Le dio a Lydia una foto. Lydia la estudió, intentando comprender. J.D. Holt, capataz de Trey Phillips, ¿había pegado a su jefe?

Así era, al parecer, por la foto. Trey tenía el labio herido.

Afortunadamente tenía todos los dientes.

— ¿Hay cargos contra él? —preguntó Lydia.

—Si no los hay, nosotros los pondremos —dijo Jim— Un hombre no puede hacer esto solo porque le dé la gana.

— ¿Y le dio la gana? —preguntó ella.

Ella debió de haberle preguntado a J.D. por qué lo habían arrestado. Pero a las cuatro de la mañana no podía esperarse demasiado.

—Al parecer Trey vendió su casa a otra persona J.D. lo acaba de saber. Su casa, la que había pertenecido a su padre, quiero decir.

— ¿ Lo acaba de descubrir? —Lydia preguntó con sorpresa—. Pero pensé... ¿No lo sabía él?

—Parece que no. Y no pareció alegrarse demasiado.

—Comprendo... —ella se sintió un poco enferma. Tuvo ganas de sentarse.

Jim le palmeó el hombro.

—No tienes que preocuparte de que pueda ser violento ahora —le aseguró Jim—. No está enfadado contigo. Solo con Trey, y probablemente con quien haya comprado el rancho —Jim sonrió. Luego agitó la cabeza—. Pero supongo que la próxima vez se lo pensará dos veces antes de enfrentarse con el viejo.

Lydia tragó saliva.

—Eso es un consuelo.

—Eh! No te preocupes. Tú estás de su parte —dijo Jim—. Además, aunque J.D. es un poco temperamental, jamás tocaría a una mujer o a un niño. Es el rancho lo que lo saca de quicio. Y Trey. J.D. está más tranquilo ahora, si no, no hubiera dejado que te llamara.

Lydia sonrió, y esperó que Jim tuviera razón. Luego ella le dio el dinero para la fianza.

Jim lo puso en el cajón, y sacó las llaves de la celda.

—Rellenaré los papeles el lunes. Supongo que Kristen se pondrá en contacto contigo.

Kristen Brooks, que había crecido con Lydia, era ahora la abogada ayudante del condado de Murray.

—Ella tendrá los cargos preparados —dijo Jim.

—Bien —Lydia no estaba pensando en Kristen. Ni en los cargos ni en nada de lo que estaba diciendo Jim, mientras este la llevaba hasta la celda más alejada de la puerta de entrada. Ella estaba intentando actuar con calma, con frialdad y de forma profesional; estaba intentando comportarse como una mujer de treinta y dos años con una licenciatura en Derecho por la Universidad de Iowa y una reputación que avalaba tanto su agudeza intelectual como su sentido común y no como una chica de escuela secundaria que se enfrentaba por primera vez a aquel chico malo de quince años, J.D. Holt.

—El detenido está aquí -dijo Jim, con tono casi jocoso, al ir hacia la última celda.

Lydia oyó el ruido de la cama de metal cuando el detenido se puso de pie. Las botas sonaron contra el suelo. Jim puso la llave en la cerradura, y se oyó un chirrido, luego abrió la celda.

Lydia se secó las palmas de las manos húmedas a los lados de sus vaqueros una última vez. Luego buscó la mirada más profesional que pudo cuando Jim s echó a un lado y la dejó pasar.

Y allí estaba él. Un J.D. Holt crecido.

Era delgado y duro como la piedra. Exactamente como lo recordaba. Llevaba unos vaqueros, una camisa de algodón y un gastado sombrero de paja, que era el uniforme de verano de un vaquero de Montana. En la superficie no parecía diferente de Rance o Trey o de cualquier otro hombre del Condado de Murray que vivía de un rancho.

Era lo que había dentro de esa ropa lo hacía diferente. Profundo. Duro. Peligroso.

La primera vez que se había dado cuenta de ello tenía doce años, un día que había ido con su padre banquero al rancho de los Holt. Había ido a hablar sobre un préstamo con el padre de J.D., Dan. Lydia había ido allí para soñar, para alimentar sus fantasías de crecer y casarse con un vaquero, de montar a caballo y vivir en un rancho. Pensó que tal vez vería a Gus, que estaba en el mismo curso que ella en la escuela, Gus, con su pelo rojizo oscuro y sus ojos verdes resplandecientes era el chico más listo de séptimo. Lydia había pensado que crecería y se transformaría en ese vaquero de sus sueños.

Gus, lamentablemente, no había estado en el rancho cuando su padre y Dan Holt le habían dicho que se quedara esperando fuera, cerca del corral.

—J.D. está allí —había dicho Dan Holt.

Y su padre había asentido y le había dicho:

—Ve a visitar a J.D.

Nadie iba a visitar a J.D., le habría dicho en aquel momento, a los doce años; Las chicas que se portaban bien, que eran trabajadoras y estudiosas, se cruzaban de acera cuando veían venir a J.D.

No porque les hubiera hecho nada, ni se molestaba. Pero tenía tres años más, y aunque estaba solo un curso más adelantado que ella, estaba considerado un terror en el colegio. Las profesoras se desesperaban con él. El director no sabía qué hacer con él. Sus peleas eran legendarias.

Si alguien miraba atravesado a J.D. Holt, le había dicho Kristen, la amiga de Lydia, sabía que se las vería con él.

Lydia, que tenía los ojos un poco atravesados de pequeña, se lo había tomado demasiado literalmente, y había procurado mantenerse

alejada de J.D.

Pero aquella tarde, a pesar de sí misma, no había podido.

Se había quedado de pie, cerca de los Holt y había mirado alrededor, como memorizando la casa, el patio, el granero, la tierra. Y había visto a un muchacho en el corral, trabajando con un caballo joven. Era J.D.

El no le había prestado ninguna atención a ella. Su atención estaba puesta en el caballo por completo. Lo montaba sin silla de montar, se movía con el animal formando curvas, luego paraba, y otra vez volvía a ondularse. Era bonito verlo, como ver un baile. Cuando el caballo no parecía hacer lo que le decía J.D., él le hablaba suavemente, gentilmente. No tenía la impaciencia y fiereza que le había visto de lejos en el patio del colegio.

En el corral era paciente, tranquilo. Como si se transformara en otra persona.

Lydia se había sentido intrigada.

Se había acercado más.

Cuando se estaba acercando al corral, el potrillo la olió. Movió las orejas nerviosamente, retorció la cabeza, se espantó y se alzó.

Cualquier otra persona se habría caído. Pero J.D. no lo hizo. Apretó las ancas del caballo con sus piernas, sin mirar siquiera en dirección a Lydia, se inclinó hacia adelante y rozó el cuello del animal con la mejilla, cerca de la oreja. Le habló suavemente y, mientras, lo acarició. El caballo se siguió moviendo inquieto, pero no volvió a alzarse. Dio patadas en el suelo. J.D. le siguió hablando suavemente, en voz baja, guiándolo, Lydia supuso, con la presión de sus piernas.

Ella estaba segura de que él sabía que lo estaba observando, pero no la miró ni una vez.

Cuando empezaron a moverse más tranquilamente subió al travesaño más bajo de la cerca, y apoyó los codos en el borde para observarlo más cómodamente.

Ella esperaba que J.D. le gritase o le dijera que se marchase. Pero él no lo hizo. Toda su atención estaba en el caballo, y este, al parecer, había accedido que Lydia no era una amenaza y le estaba prestando atención a su entrenador nuevamente.

Empezaron a moverse y a bailar nuevamente, caballo y jinete moviéndose como si fueran uno solo.

J.D. es el vaquero con el que ella había soñado siempre. El la sorprendió, la dejó maravillada. La intrigó. J.D. Holt no era solo el duro. Había algo más en él.

Ella lo observó más detenidamente.

Era más grande que Gus. Mayor en edad. Más hombre. Tenía solo quince años, pero ya era un vaquero. Un vaquero de verdad. Lydia sintió un cosquilleó dentro.

La puerta de cristal se movió y su padre gritó:

—Entra, Lydia. Es hora de marcharnos.

Lydia no quería marcharse. Quería quedarse allí, observando a J.D. Montar el caballo. Quería ver el movimiento de sus músculos debajo de su camisa de algodón.

Quería ver la tensión de sus piernas debajo de la tela vaquera.

Le habría gustado que él se diera la vuelta y dijera: «Te conozco. Eres Lydia Cochrane. Gus dice que quieres vivir en un rancho. ¿Quieres casarte con un vaquero?

Esperaré a que seas mayor». La sola idea le había hecho perder pie en la cerca. No obstante no podía marcharse sin una última mirada, sin algún indicio de que J.D.

Holt había notado su presencia y de que había compartido el universo con ella durante un rato.

Lydia había mirado hacia atrás, decidida a son- reírle.

El la había mirado directamente, con la misma insolencia con que la miraba ahora.

En su interior, Lydia sentía la misma curiosidad adolescente, excitación y nerviosismo de aquel día. Y aquella sensación de atracción hacia él como hombre que había sentido a los doce años.

—¿Seguro que lo quieres? —preguntó Jim. Ella se puso colorada. Porque en ese preciso momento sí lo deseaba, de un modo muy instintivo, muy físico y tonto.

Ella apartó aquella idea del deseo de su mente.

— ¿Quieres este caso?

—Soy su abogado —dijo Lydia, crispada.

—Tu abogada pagó tu fianza —le dijo Jim a J.D. cuando este giró la cabeza y pasó por su lado hacia el es trecho corredor—. Si te escapas, ella será la responsable.

Lydia vio, por detrás de Jim, que J.D. se encogía de hombros.

—No se escapará —dijo ella firmemente, como si diciéndolo lo lograse.

Era como si le hubieran dado las riendas de un semental salvaje. No tenía idea de lo que haría él, así que se refugiaría en su propia responsabilidad. Tomó los papeles que le dio Jim y firmó en ellos.

J.D. no dijo una palabra. Pero ella pudo sentir su presencia como si fuera una vibración en el espacio entre ellos. Lydia se puso erguida y entregó los papeles a Jim.

Jim los miró y luego asintió.

—Ya está. No te metas en nada. Y mantente alejado de Trey. Miraré un sitio para ti, para que te puedas mudar a él. Trey dice que tienes que salir de allí el primero de septiembre.

Por el modo en que J.D. Tomó aliento, Lydia supo que aquello era lo que no debía decir Jim. Ella se dio la vuelta, y sin pensarlo tomó

del brazo a J.D. Fue un acto reflejo, como si quisiera impedir que le hiciera a Jim lo mismo que le había, hecho a Trey.

Pero al margen de que ella pudiera haber evitado o no el desastre físicamente, su mano en el brazo de él lo detuvo. J.D. miró la mano y luego a ella.

La miró con sus ojos azules de hielo, pero curiosamente la quemó con la mirada. Y

Lydia casi retiró la mano. Pero no, apretó más el brazo musculoso, sonrió a Jim y le dijo a este:

—Gracias —dijo Lydia. Luego se dirigió a J.D. y agregó—: Vamos.

Pareció que no se iba a mover, pero finalmente se giró y empezó a andar hacia la puerta.

Cuando estuvieron en la acera, Lydia le soltó el brazo y se secó la mano en el pantalón.

Empezaba a amanecer. Estaban a finales de agosto, y el gris se adueñaba de las montañas hacia el Este.

No había tráfico en Main Street. No había movimiento. Ni vida. Estaban solo ellos dos.

En aquel momento ella no lo estaba tocando, pero en cierto modo tenía más impresión de intimidad estando allí de pie, al lado de él. lydia lo miró brevemente.

El la miró por debajo del borde del sombrero.

—¿Cómo sabes que no me iré? —preguntó.

Ella sonrió con esfuerzo.

—No eres tonto.

—No sé si el jurado pensará lo mismo -dijo él.

—Puede ser que tengas razón —Lydia empezó a ir hacia el coche suyo—. Dar un puñetazo a Trey no es una idea muy brillante.

—No me hace falta un sermón —dijo J.D.

—No es mi intención darte un sermón —contestó ella. El era tan atractivo físicamente como lo había sido siempre—. Venga. Te llevo a casa.

Ella pensó que él iba a rechazar su ofrecimiento, y la parte sensata de sí misma deseó que lo hiciera, pero no lo hizo.

—Trey se lo podía esperar —dijo J.D. cuando estaba en el jeep de Lydia.

El ancho hombro de J.D. casi la tocaba. Si ella miraba de lado, veía claramente la mandíbula de J.D. Pero Lydia no miró de lado.

Puso en marcha el coche y no habló hasta que estuvieron en la carretera, saliendo del pueblo.

—Jim Muldoon me ha dicho que Trey vendió el rancho... —dijo ella.

—Mi rancho —la corrigió él.

—Pero él era el dueño...

—Me prometió vendérmelo! ¿Crees que he estado trabajando para ese bastardo durante los últimos tres años porque me gustaba su compañía? —dijo J.D.

Ella se sorprendió.

—Creí... Bueno, Rance me dijo que vosotros dos... os llevabais bien.

—Sí, bien... Eso era entonces.

—No te declaraste culpable, supongo...

—No creo que sirva de nada. Había dos docenas de testigos al menos.

—Comprendo... —era un caso que no iba a ganar

—pensó ella.

Pero ese no era su mayor problema.

¡Con lo tranquila que había estado ella hacía unas horas!

Tenía que hablar de asuntos profesionales con él, cosas que aclarar...

Pero no sabía cómo empezar. Y J.D. tampoco hablaba.

Ninguno de los dos habló hasta que salieron de la autopista del condado y se adentraron en el sucio camino hacia el rancho de Holt.

Finalmente Lydia respiró profundamente y empezó:

—¿Por qué no contestaste a su carta?

—Qué carta?

—Trey dijo que te había enviado una carta...

—¿Una carta? ¿Tú has hablado con él?

—Bueno... el otro día, yo... La mencionó en la cena... —mientras hablaban doblaron el último re codo del camino, y el rancho quedó a la vista.

Lydia sabía que lo habían construido hacía sesenta o setenta años, cuando no sobraba el dinero, y que una o dos veces le habían agregado dependencias. No era elegante, pero a una chica de ciudad como ella siempre la había impresionado. Era cálido y daba sensación de hogar.

Había habido cambios. Corrales nuevos. Un edificio nuevo que Trey le había dicho que era un establo que había construido J.D.

—Creí que iba a entrenar caballos allí —le había dicho Trey a Lydia—. Eso demuestra lo que sé. ¡Quién sabe qué es lo que va a hacer! ¡Ni se molesta en decírmelo! —había dicho enfadado.

—No he leído ninguna carta -dijo J.D. haciendo que Lydia volviera al presente—. El es mi jefe. ¡Lo veo todos los días! ¿Para qué diablos me manda una carta?

Lydia agitó la cabeza. Trey no se lo había explicado. Trey no explicaba nunca nada.

—Creo que a Trey no le debe de resultar fácil explicarte algunas cosas.., cara a cara

-dijo ella, suponiendo esto último, simplemente.

—¿Como que vendió el rancho a mis espaldas?

—Como que te lo iba a regalar, si tú estabas de acuerdo.

—¿Qué? —exclamó J.D.

—Eso es lo que me dijo. Que había decidido regalártelo. Que quería que fueras el jueves y firmases los papeles —Lydia se lamió los labios. J.D. agitó la cabeza.

—¡Sabe que no quiero que me lo regale!

—¿Lo sabe?

—El me lo ofreció.., después de morir mi padre.

Aquella era una novedad. Lydia no lo sabía. Se preguntó silo sabría alguien además de Trey y J.D.

— ¿Y tú dijiste que no? —se sorprendió ella. O tal vez no tanto.

—No quiero agradecerle nada. ¡No necesito la caridad de Trey Phillips!

—No creo que esa fuera la cuestión. Esta vez, no, de todos modos.

— ¿Cuál era cuestión? —preguntó él entornando los ojos.

—Tendrás que preguntárselo a Trey.

Trey no se lo había dicho. Había estado furioso. Había pateado cosas, y había llamado a J.D. Holt arrogante, orgulloso del diablo, desagradecido, cabezón, temperamental, un hombre sin corazón. Lydia estaba segura de que habría usado términos más fuertes, pero Trey Phillips no solía jurar delante de una dama.

— ¿Cómo fue que te lo dijo? —preguntó J.D.

—Cené con él el viernes por la noche. Estaba solo. Acababa de llevar a los niños con Rance y Ellie, y estaba...Bueno, un poco solo —ella no dijo que estaba furioso—.

Echaba de menos a los niños. Sobre todo a Josh. Ya sabes cuánto quiere a Josh —

Lydia hablaba del hijo mayor de Rance, del que él no había tenido noticia de su existencia en diez años—. Entonces me llamó y me invitó a cenar. Y empezamos... a hablar simplemente.

—Acerca de mi rancho —dijo J.D. entre dientes.

—Sí.

—Y él te dijo que me había enviado una carta ofreciéndome el rancho? —dijo J.D. con un tono extraño, casi sereno.

Ella lo miró.

No la estaba mirando.

—Eso fue lo que dijo.

Ella esperó que J.D. le explicase, que dijera que no había recibido la carta.

Después de un silencio, preguntó finalmente:

— ¿No recibiste la carta?

El se encogió de hombros.

—Nunca leo el correo —dijo al fin.

—Pero…

El no esperó a oír sus objeciones. J.D. abrió la puerta del coche, salió y la volvió a cerrar.

No le agradeció que lo llevase. Nada. Solo se oyeron sus pasos malhumorados dirigiéndose al establo.

Como si fuera culpa de ella.

—Desgraciado —murmuró Lydia, puso en marcha el coche y salió de allí tan malhumorada como él.

De pronto, bajó la ventanilla y dijo:

—¿Qué clase de idiota nunca lee el correo? La clase de idiota que no podía. Así de sencillo.

Aunque fuera increíble. ¿Quién iba a pensar que el capataz de un de los mayores ranchos del estado seria tan tonto?

Nadie.

Nadie sabía que J.D. no sabía leer. Ni su padre, ni su madre. Ni siquiera Gus, aunque durante la época de colegio J.D. le hacía leer en alto para asegurarse de que su hermano pequeño «comprendía» las cosas. Gus debería haberse preguntado qué pasaba, pero no lo había hecho.

Y J.D. no había dicho nada. No lo había admitido frente a nadie.

Pero él lo sabía. Toda la vida había sabido que era diferente.

Lo que para todos los demás era algo con sentido, para él eran galimatías. Durante años, en la escuela, aquello le había aterrado.

Todo el mundo sabía leer. Todos. Menos él.

Al principio, cuando había sido pequeño, no parecía haber sido diferente, incluso le había gustado la escuela. Le había gustado meterse en el autobús con los otros chicos, jugar en los juegos, escuchar las historias que las profesoras les leían… Había querido aprender para hacerlo él. Le había gustado dibujar, contar botones, agregar manzanas y naranjas. Le había gustado copiar las letras de la pizarra. Pero no había entendido lo que significaban.

Excepto su nombre. Era fácil. Un gancho de pesca era la J, y un semicírculo cerrado era la D. Se había sentido orgulloso cuando había podido escribirlo.

Pero las cosas habían ido en declive desde entonces, muy rápidamente.

No se trataba de que no lo hubiera intentado. Era que ellos creían que no lo había intentado. No se trataba de que no le hubiera importado, al principio, no. Sino que ellos habían pensado que no le había importado.

—J.D. no terminó su tarea —le habían dicho a su madre—. J.D. estuvo mirando por la ventana —le habían dicho a su padre—. J.D. no va a aprobar si no hace un esfuerzo

—habían dicho en su primer curso.

Luego habían dicho:

—Necesita más tiempo. Lo conseguirá. Si lo intenta, lo conseguirá. Otro año.

Dos años le llevó el primer curso. Consiguió aprender algo. Pero no lo que todo el mundo. Conocía las letras. Pero a veces escribía cuando quería poner d. Y cuando tenía que leer en alto, se quedaba petrificado porque no podía recordar cuál letra era cuál.

—Más despacio —le decía la profesora—. Piensa...

—Luego, cuando él no podía seguir la profesora preguntaba—: ¿Puede ayudar alguien a J.D.?

Todos lo miraban con pena. Y él no quería que nadie lo mirase así.

El no era un tonto. Podía sumar y restar como todo el mundo, incluso mejor, y mentalmente. Podía montar mejor, echar mejor el lazo, correr más rápido. Podía decir qué animal del ganado de su padre estaba enfermo, cuál estaba herido antes de que nadie lo hubiera notado. Conocía cada vaca con una sola mirada. Ninguna era igual a otra. En cambio con esas letras que intentaba descifrar todos los días, no le pasaba lo mismo.

—J.D. no está haciendo su trabajo —le decían a sus padres—. Es vago.

No lo era. Pero prefería parecer vago a parecer estúpido. Había repetido curso dos veces ya. Tenía once años y estaba con niños de nueve. Era humillante. Odiaba el colegio. Odiaba a las profesoras. A los niños pequeños que creían que él era un niño grande y estúpido.

Aquel fue el año en que empezó a meterse en peleas.

Aquello preocupé a su madre. Y puso rabioso a su padre.

No era que quisiera pelear, de verdad. Pero cuando peleaba ya no lo llamaban estúpido.

Lo llamaban duro.

Los niños lo habían dejado solo. Pero había trabajado lo suficiente como para aprobar.

—¿Veis? Lo ha conseguido. Al final.

El no lo había conseguido. Lo único que había conseguido era a Gus. Su hermano, tres años más pequeño, tenía idealizado a J.D. Quería montar como él, correr como él, hacer todo lo que hacía J.D.

—Entonces tienes que practicar —le había dicho J.D.

Hacía correr a Gus, hacía que éste montase, que leyese.

Mientras tuviera a Gus, iba tirando. Le fue bien en matemáticas sin ayuda. A veces confundía el seis y el nueve, pero luego superaba ese escollo. Los números eran lo que eran, había descubierto él. No cambiaban el sonido. Tenían sentido.

En cambio las letras no.

Había hecho la escuela primaria gracias a los números y a Gus.

Pero ahí se había acabado. No podía hacer la escuela secundaria sin Gus. Lo había intentado, pero había fallado.

—No presta atención nuevamente —habían dicho las profesoras.

Y sin que pasara mucho tiempo, habían tenido razón. No había estado escuchando porque no era suficiente.

Y sin que pasara mucho tiempo, habían tenido razón. No había estado escuchando porque no era suficiente .Y además había otras cosas que quería hacer, como entrenar a los caballos, marcar y atender al ganado.

Así que empezó a perder clases para hacer esas tareas. Su padre no había objetado.

Se daba cuenta de lo feliz que era J.D. en casa, trabajando con los animales; mucho más que en el colegio. Y su padre necesitaba ayuda.

Dan Holt, que había sido entrenador también, se había caído de un caballo el año en que J.D. había empezado la escuela secundaria. No había podido montar durante varios meses.

J.D. sí había podido hacerlo. Y lo había hecho.

Montar era fácil. Era bueno en ello. Le gustaba. Le gustaban los caballos. Estos no pensaban que él era estúpido. Tampoco lo pensaban los hombres que le llevaban los negocios a su padre.

Apreciaban su trabajo. Lo trataban como a uno de ellos. Pensaban que era listo.

E incluso cuando había dejado la escuela secundaria, al año siguiente, habían dicho:

—¡Oh! Bueno, tiene mejores cosas que hacer. A algunos chicos no se los puede encerrar en un aula, simplemente.

El día que había dejado la escuela había sido el más feliz de su vida. Desde entonces no había vuelto a fracasar.

Hasta aquel momento.

Miró el rancho en el que había crecido, en el que había planeado hacer tantas cosas, los nuevos corrales que había construido, el establo que había terminado el mes anterior para los caballos que había pensado entrenar. Le gustaba él trabajo de capataz, más de lo que había pensado. Pero quería algo más, algo que le perteneciera, algo que él hiciera crecer y que demostrase que J.D. podía conseguir éxito en este mundo.

Pero ahora sabía que no podría hacerlo.

¡Porque era tan estúpido como para no poder leer el correo!

Lo había perdido. Había perdido su sueño. Y no podía culpar a Trey de ello.

Apretó los puños. Fue al cobertizo y cuando salió de él, cortó con una sierra sus sueños mentalmente.

Lydia estaba en la ducha, quitándose el polvo después de haber montado a caballo con Kristen Brooks y su familia, cuando sonó el

teléfono.

Estuvo tentada de no hacerle caso, pero estaba de guardia. Así que cerró la ducha y descolgó el inalámbrico.

—¿Lydia? Soy Jim.

Al principio ella no se dio cuenta de qué Jim se trataba. Luego se dio cuenta de que era el sheriff. —¿Se me olvidó algo? —preguntó ella.

No estaba acostumbrada a sacar presos de la cárcel. Los delitos comunes no eran su especialidad ni la de Rance.

—No —dijo Jim. Después de una pausa agregó—:Tienes que venir otra vez.

— ¿Para qué?

—J.D. ha vuelto.

— ¿Que ha vuelto? ¿Está en la cárcel? ¿Fue tras Trey otra vez?

—No. No fue un ataque esta vez. Daño en la propiedad.

—Daño...

—¿Conoces los corrales y el establo en el Doble H? ¿Los nuevos? Bueno, ahora están convertidos en leña.

—Eran mis corrales! ¡Mi establo! —exclamó J.D., furioso—. ¡Yo los construí! ¿Por qué tiene derecho...?

—Da igual quién los construyó —le dijo Lydia.

Estaban volviendo al rancho por segunda vez aquel día, y Lydia le estaba explicando que Trey podría haberlo hecho encerrar por segunda vez y presentar cargos contra él.

—Estaban en su propiedad —dijo Lydia.

J.D. murmuró algo entre dientes. Probablemente era mejor que no lo hubiera oído.

No debería haber ido por segunda vez. La primera vez había sido su deber, era la socia de Rance. Pero ahora podría haberle dicho a Jim que no. El problema era que tendría que haber dado explicaciones. —No es que piense que pueda hacer alguna estupidez —Jim paró y dijo—. A alguna estupidez diferente, me refiero. Algo para hacerse daño. Simplemente es que si está en la cárcel, yo me quedo en la oficina. Es así la ley. Y yo tengo una esposa, tres hijos, y un bebé de dos meses en casa, y ningún oficial aquí...

¿Qué otra cosa podría haber hecho ella?

—Iré enseguida —le había prometido.

J.D. se había aferrado a que eran «sus» cosas, y Lydia no sabía ya cómo explicarle la situación.

Una mujer con su intelecto y su habilidad retórica para convencer a un jurado no tenía ni una pista para manejar aquello.

Cuando por fin vio que no había establo ni corrales, respiró profundamente y le dijo:

—No podemos representarte.

—¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Porque no hay defensa? —dijo burlonamente.

Lydia tragó saliva.

—No. Siempre hay una defensa —aunque en aquel caso era difícil imaginarse cuál sería—. Porque tengo un conflicto de intereses.

—Porque he pegado a Trey y él es el padre de Rance?

Ella sonrió.

—En ese caso, Rance estaría más que gustoso de estar de tu parte. Esto… tiene que ver con el rancho.

—¿Con mi rancho?

—Mi rancho —lo corrigió Lydia. Respiró profundamente y dijo—: Desde el primero de septiembre. Soy yo quien ha comprado el rancho a Trey.

Capítulo Dos

¿Lydia Cochrane era la dueña de su rancho? ¿Trey Phillips había vendido el Doble H

a una chica de ciudad abogada? ¿A una mujer que no sabía cuál era la col de un caballo y cuál su cabeza?

Ella miró, incrédulo, como esperando que le dijera que era mentira.

— ¿Qué dices?

—Mi dinero es tan bueno como el de otro cualquiera. Además, tú no lo quisiste.

— ¿Me lo has preguntado acaso? —Trey te lo preguntó.

J.D. usó una palabra que no solía usar delante de una dama.

Pero Lydia Cochrane no era una dama. Era una abogada.

—Seguro que lo hizo. ¡Envió una carta!

—Podrías haberla leído -dijo Lydia suavemente—. Podrías haber prestado atención a los detalles para llevar un rancho. Abrir el correo, por ejemplo. Si lo hubieras hecho, no te encontrarías en este aprieto ahora.

—Muchas gracias. ¿Qué te debo por ese análisis? Loa ojos de Lydia parecieron expresar dolor. No podía ser. El era el herido, pensó J.D.

—Considéralo un consejo gratis.

—Mañana estaré fuera de aquí -dijo él abriendo la puerta del coche. Luego fue hacia la casa.

—¡J.D.!

El siguió caminando.

—¡Maldita sea, J.D.! ¡No puedes marcharte!

—Intenta detenerme —murmuró él.

Una mano le tomó el brazo y tiró de él.

El se volvió a sorprender de lo fuerte que lo agarraba.

Podría haberse soltado de ella. Pero no le hacía falta una batalla en ese momento.

Se detuvo y la miró.

—No puedes marcharte —repitió ella.

El tono de voz de Lydia le recordó a media docena de profesoras que le habían dicho cosas que no podía hacer.

—Seguro que puedo —contestó.

—Pero no hace falta que lo hagas —ella parecía casi desesperada, con aquellos ojos que lo miraban de ese modo.

Los abogados no debían de tener ojos así. Estaba de pie muy cerca de él, y J.D. olió una fragancia femenina cuando cambió el viento. Dio un paso atrás.

—¿No? ¿Por qué? ¿Vas a hacerme una oferta que no pueda

rechazar? —le dedicó una insolente mirada. Lydia alzó la barbilla.

—Ya quisieras tú. Y por un momento él había sido tan tonto que lo había deseado.

¿El y Lydia Cochrane? ¿El analfabeto y la abogada?

— ¿Que yo lo deseo? —él la miró de arriba abajo. Luego agitó la cabeza—. No, lo siento, cariño. Eso no ocurrirá en la vida

Y el brillo de los ojos de Lydia había desaparecido, como si le hubiera tirado un cubo de agua fría en la cara, pensó J.D. La vio pestañear varias veces, y luego conseguir adoptar una expresión fría. —Por supuesto que no. Y te puedo asegurar que el sentimiento es mutuo, señor Holt —luego se dio la vuelta bruscamente y se dirigió al coche.

—Yo... -empezó a decir.

Quería decir que no había querido decir eso. Pero lo había dicho.

Ella siguió andando.

Él la miró furioso. ¡Ella le había robado su rancho! Y ahora actuaba como si hubiera herido sus sentimientos.

—¡Maldita sea! -exclamó él y pateó una piedra con rabia, tragándose un juramento inducido por la pena.

Lydia se dio la vuelta. Lo miró con curiosidad. Luego movió la comisura de los labios al verlo saltar a la pata coja.

—Un tropezón —murmuró él, mientras intentaba actuar como si se hubiera tropezado accidentalmente y se hubiera golpeado los dedos de los pies, en lugar de rompérselos, que era lo que había hecho. Le dolían mucho.

En la cara de Lydia vio la expresión «Te está bien empleado» tan clara como el día.

Pero lo único que dijo ella fue:

—Te mandaré una lista con los nombres de algunos abogados a los que puedes acudir. Como si eso le fuera a servir de algo.

El la miró. Pero ella se había subido al coche ya y se había marchado.

—¡Hazlo! ¡Mándame una carta! —gritó él.

Lydia le envió una carta. En ella le decía profesionalmente que la sociedad Phillips y Cochrane no podrían representarlo por un conflicto de intereses. No decía cuál era.

No hacía falta hurgar en la llaga. Y le proponía a varios abogados a los que podía acudir.

Ella confiaba en que él leería esa carta. Luego apartó a J.D. de su mente. No era fácil hacerlo del todo. Porque ella era la dueña de su rancho.

Se sentía terriblemente culpable. No era culpa suya, se decía. Era de él, por no leer el correo.

Suponía que lo que debía hacer era vendérselo. Y ella, que según

Rance era la Santa Patrona del Perpetuo Socorro de los Desamparados, lo habría hecho en otro caso, pero en este era muy egoísta.

No le enorgullecía admitirlo. Pero el caso era que cuando Trey había dicho que vendería el rancho al primero que lo quisiera, ella no lo había dejado escapar.

El rancho Doble H era su sueño hecho realidad. Había sido el rancho que ella había deseado desde que había estado allí con su padre hacía años.

Cuando pensaba en su casa ideal, pensaba en él. No era como había sido su hogar, una casa fría, estéril, donde ella había existido, pero nunca se había sentido en su casa.

Desde que había salido de Helena y vuelto a Murray, hacía dos años, había vivido en diferentes apartamentos pequeños a los que no había podido llamar hogar.

La mudanza a Murray parecía haber sido un acierto, y había pensado que algún día tendría un rancho. Nunca se había imaginado que podría conseguir el Doble H.

Era curioso que se sintiera tan apegada a un rancho. En realidad no había pasado mucho tiempo en ninguno, pero a pesar de su falta de experiencia, era adonde sentía que pertenecía.

Siempre había odiado ser una niña de ciudad. Había envidiado a los niños de los ranchos que iban al colegio con ella. Los llevaba un autobús hasta allí, mientras que su hermana, Letty, y ella solo caminaban tres manzanas y ya estaban en el colegio.

Ser la hija de un banquero había sido una cruz para ella.

—Las vacas no son tan estupendas —le había dicho su amiga Kristen muchas veces

—. Huelen y están sucias y babean.

—¿Babean?

—Algunas —había dicho Kristen.

Y Lydia se preguntaba si su amiga no se estaría confundiendo con su hermanito, que era un bebé.

—Los caballos no babean —había dicho Lydia.

—No, pero te pisan —contestó Kristen—. Te tiran. ¡Y muerden también!

No volvieron a hablar de ranchos después de aquello. Hablaban de la escuela y de los deberes, y luego de la universidad a la que irían, y qué especialidad de Derecho estudiarían, porque Kristen era tan ambiciosa como Lydia.

También hablaban de chicos. Sobre J.D.

Lydia no le había contado a nadie que lo había estado observando en el rancho excepto a Kristen. Ella era la única que sabía que a Lydia le sudaban las manos cuando pensaba en J.D. Ella era la que la había oído hablar de sus increíbles ojos azules y su sonrisa arrebatadora.

Kristen era la única que la haba oído decir J.D. y la palabra «desnudo» en la misma oración.

—Me pregunto cómo será.., bueno, qué aspecto tendrá… desnudo.

—Memorable —le había dicho Kristen.

Aunque ninguna de las dos sabía nada de hombres desnudos en aquella época.

El caso era que las fantasías sobre J.D. no se habían borrado nunca de su mente. Pero no se había tratado solo de las fantasías de verlo desnudo. Aunque eran tentadoras aquellas imágenes, sus fantasías habían abarcado más espacio que el dormitorio.

Ella había fantaseado con montar un caballo con él. Hacer la ronda para ver el ganado con él. Caminar hacia el altar con él. No solo quería hacer el amor con él.

Había querido tener hijos con él. Y vivir para siempre en el Doble H.

Nunca tendría a J.D.

Los chicos como J.D. no tenían interés en una chica como ella.

Pero egoísta o no, al menos tendría el rancho.

—Menos el establo y los corrales —le dijo Kristen al día siguiente por la tarde, mientras comían una hamburguesa en Bette's, el lugar más concurrido de Murray.

Era un almuerzo de trabajo. Kristen era ahora la abogada ayudante del condado.

Pero Kristen quería hablar de J.D.

—Sí, bueno. No deberías hablarme de él. Ya no estoy en el caso —contestó Lydia.

—Pero es tu rancho. Y tenemos que averiguar cuáles son tus sentimientos.

Lydia no quería hablar de sus sentimientos.

—Trata el caso como si fuera otro cualquiera.

Kristen asintió.

—Lo haremos. Seguiremos el procedimiento del derecho hasta donde haga falta.

Los ojos de Lydia se agrandaron al oír el tono vehemente de Kristen.

—Oh! De todos modos no creo que J.D.… Estaba furioso —dijo inmediatamente.

—¿Furioso? Tiró todo un edificio porque estaba enfadado? ¿Has visto esa pila de leños que es ahora el establo? —Agitó la cabeza—. Deberías esperar que pague justamente por ello.

—No leyó la carta. No lo sabía. Trey le había ofrecido el rancho. Y el establo era suyo.

El lo construyó —dijo Lydia. Era el mismo argumento que le había dado J.D.

— ¿Y eso lo excusa?

—Cometió un error —dijo Lydia.

—No sé por qué lo excusas tanto —dijo Kristen—. Ha destruido tu propiedad.

Deberías desear que pague con sangre, o con dinero. A no ser que... —se interrumpió con un tenedor con patata a medio camino de la boca, y miró a Lydia especulativamente—.., que todavía estés colgada con él.

—¡No estoy colgada con él!

—¡Sí lo estás! —exclamó Kristen, viendo sus mejillas rojas.

—No lo estoy. No estoy babeando por él. Es que es muy atractivo… aún. Pero eso no quiere decir que esté interesada.

—Es atractivo, de acuerdo —Kristen mordió otro bocado de hamburguesa, masticó y tragó. Luego la miró más detenidamente y le preguntó—: ¿Todavía... piensas en él?

¿Desnudo?

Era como si hubieran vuelto a la adolescencia.

—¡No! -exclamó Lydia, tomó un bocado de ensalada de patata, a sabiendas de que su amiga la seguía mirando—. Bueno… no muy a menudo —dijo con culpa, cuando pudo hablar por fin. Eristen sonrió.

—Apuesto a que es más memorable ahora de mayor.

—Bueno, nunca lo sabremos -dijo Lydia.

Kristen suspiró.

—Es una lástima —hizo una pausa. Bajó la voz y dijo—: ¿Todavía lo deseas, Lydiea Ahora tienes el Doble H —señaló Kristen—. Y tú querías compartirlo con él.

—Era una niña —protestó Lydia—. Yo quería tenia un rancho. Soñaba. Eso es todo.

—Solías soñar con ser abogada también —señaló Kristen—. Y lo eres.

—También soñaba con ser vaquero —dijo Lydia—. No puedes conseguir todos tus sueños, Kris. Tú lo sabes...

—Pero si pudieras, ¿querrías tener a J.D.? ¿Querría tenerlo realmente?

—Tenerlo y abrazarlo, quieres decir? Kristen asintió.

—Para lo malo y lo bueno. Para siempre.

Lydia intentó imaginarse la vida con J.D. de adulto. Recordó su desdén. No había cambiado mucho él; el rancho sí. Y ella había crecido, aunque no parecía servir de mucho.

Su señoría, el juez George Winthrop Hamilton miró por encima de las gafas y dijo con voz grave:

—Para mí está muy claro, señor Holt. ¿Qué parte del acuerdo no comprende usted?

—El maldito acuerdo entero, su señoría! —exclamó J.D._. ¡No

tiene… sentido!

—Su abogado piensa que sí lo tiene —señaló el juez dócilmente—. Él piensa que usted es increíblemente afortunado.

—¿se refiere a que me vea forzado a volver al trabajo por ese… hijo de su… que me ha despedido?

—Creo que usted dio un puñetazo al señor Phillips en la boca… —dijo el juez Hamilton—. En estas circunstancias debería considerarse afortunado de que su jefe haya cambiado de idea y quiera que usted vuelva a trabajar.

—Lo hace solo porque me necesita para que trabaje con sus nuevos caballos.

—Por la razón que sea —continuó el juez implacablemente—. Trabajará para él por un período de tiempo de seis meses en la tarea que él elija, para satisfacer los términos de esta libertad condicional. Si lo hace, sin más ataques a su persona, el señor Phillips acepta, generosamente, retirar los cargos contra usted.

—No me hagan ningún favor —murmuró J.D.

El juez Hamilton se irguió en su silla y miró a J.D.

—Por otra parte, podríamos meterlo en un calabozo y tirar la llave. Una alternativa que cobra más y más atractivo.

—Pero no serviría como rehabilitación, su señoría

—dijo Kristen Brooks rápidamente.

El abogado de J.D., Mose Brannan, de cuya competencia desconfiaba cada vez más, asintió con la cabeza. J.D. no sabía si Mose había estado en la lista de abogados que Lydia le había mandado. Era el único otro abogado que había habido en la ciudad, y como poco tenia ochenta años.

Ahora J.D. miró mal a ambos abogados.

—Debería considerarse afortunado, señor Holt —dijo el juez—. Ataque en segundo grado, causando una catástrofe…

—Catastro… —J.D. casi saltó de su silla.

Mose intentó calmarlo y lo sentó. Era un hombre increíblemente fuerte para tener ochenta años.

—Es un término legal —le dijo. —Catástrofe —repitió el juez—. Daños y perjuicios en tercer grado. Una tarde llena de eventos, diría yo y teniendo en cuenta su trayectoria anterior…

J.D. no necesitaba que se lo recordaran. Había sido un desastre de muchacho.

El juez Hamilton golpeó los dedos en el escritorio. J.D. se encogió de hombros.

—Así que trabajará para el señor Phillips, y permanecerá en el Doble H hasta que haya arreglado satisfactoriamente el daño en la propiedad que el señor Phillips vendió a la señorita Cochrane.

—¡ Yo construí esos corrales! ¡ Yo construí el establo!

—En tierras del señor Phillips.

—Pero...

—Recuerde sus antecedentes, señor Holt —le dijo el juez.

J.D. se quedó callado, apretando los dientes.

—Si hace satisfactoriamente lo acordado entre el señor Phillips, la señorita Cochrane, y este tribunal, y si pasa un año sin más incidentes, esos cargos no figurarán en un archivo y sus antecedentes volverán a quedar limpios nuevamente.., casi. ¿Queda claro, señor Holt? —los ojos del juez se clavaron en J.D. por encima de sus medias gafas y sus cejas pobladas.

Lamentablemente había una sola respuesta. —Está claro -dijo J.D. — Pero ella no va a querer que yo viva allí.

El juez se volvió hacia Mose.

—Está seguro de que ella querrá que él esté allí?

Mose miró a Cristen Brooks como si ella tuviera todas las respuestas. Probablemente las tenía, pensó amargamente J.D. ¡Y seguramente Mose estaría de acuerdo en el color de cuerda que usarían para colgarlo!

—La señorita Cochrane es una persona muy compasiva, señoría -dijo Kristen firmemente—. Yo he hablado con ella. La señorita Cochrane comprende la necesidad de dar la oportunidad de redimirse a un delincuente.

J.D. se atragantó.

Kristen lo miró con dureza.

—Como le estaba diciendo, señoría —continuó Kristen—. En tanto y en cuanto el señor Holt haga un esfuerzo por rehabilitarse, sé que la señorita Cochrane estará deseosa de colaborar.

—¿Qué tú dijiste qué?

—Dije que tú colaborarías. Y que tendrías a J.D. en el rancho todo el día, viviendo en el rancho, arreglando cosas, expiando su comportamiento delictivo —sonrió Kristen.

Se sopló los nudillos, luego sacó brillo a una imaginaria medalla de oro de su pecho.

—Dios mío, Kristen! ¿Cómo has podido...? —Exclamó Lydia, incrédula, mirando a su amiga—. ¿Y se va a quedar en el rancho?

—Dónde si no? De ese modo tendrá tiempo de arreglar el establo y los corrales. Y así estará contigo, cuando te mudes —apuntó Kristen.

—Cuando me mude —dijo Lydia. Le faltaba el aire.

—Tú eres la dueña del rancho —le recordó Kristen—. Supongo que te mudarás allí.

—Había pensado mudarme cuando él se vaya, el primero de septiembre. Eso es lo que le he dicho.

—Será el primero de septiembre, entonces. Pero yo no creo que él se haya ido para entonces.

—Entonces me quedaré en mi apartamento un poco más de tiempo.

— ¡Lidia, la idea era que él estuviera ahí cuando tú estés allí también!

—Esa es tu idea. No la mía.

—Y es una excelente idea. Así os podéis conocer, os podéis enamorar...

—J.D. Holt no va a enamorarse de mí. ¡Probablemente me odie! ¡Yo le he robado el rancho!

—Tú has comprado el rancho a Trey Phillips.

—Es lo mismo. No funcionará.

—Por qué no?

—Porque... Porque...

Lydia no sabía cómo explicarle que vivir con J.D. en sus fantasías era una cosa, y que vivir con él, el día a día, y que su trato hacia ella no fuera el de amor y ternura del vaquero de sus fantasías, sino el de alguien que le sonreía sardónicamente y le decía con un encogimiento de hombros «En la vida, cariño», era algo muy distinto. No le atraía nada la idea.

—Yo... es que... no puedo —dijo Lydia.

—Si te preocupa tu reputación...

—No me preocupa. Solo que... No puedo. Creer, Kristen —Lydia alzó la vista—.

Gracias, pero no. No, gracias.

Kristen la miró y esperó a que cambiase de opinión. Al ver que no lo hacía dijo: —Bueno, está bien. Que sea así, entonces. Pero no obstante tienes que ir al rancho.

Tienes que supervisar los arreglos. Tienen que estar como tú los quieras. Tienes que inspeccionar y aprobar su trabajo.

—Por supuesto —respiró profundamente. Podía ir a ver el trabajo de pintura, las cercas de los corrales arregladas, el cristal nuevo de las ventanas... —. Sí —dijo firmemente. Sus fantasías podían soportar aquello.

—Empiezas esta noche.

—¿Qué? ¿Por qué esta noche?

—Es parte del acuerdo.

—¿El que yo esté allí es parte del acuerdo?

Kristen asintió.

—Que tú supervises. Y que firmes lo que se hace cada día.

—¿Todos los días? ¿Firmar? Pensé que era cada cierto tiempo.

—Bueno, el que fuera día a día fue idea de Hamilton. Ya sabes cómo es —Kristen intentó no sonreír—. El estuvo de acuerdo en que J.D. necesitaba supervisión. ¿Y quién mejor que tú?

Lydia quería retorcer el cuello de Kristen y tirarse de los pelos.

—No saldrá nada de esto —dijo Lydia.
—Puede ser que sí o que no.
—No. Es una locura. Una condena loca.
—Es una condena apropiada. Tú tenías razón, en lo que dijiste.
—¿En qué?
—En que era un acto delictivo, cometido en un arrebato de pasión. Un error. Un error muy grande con el que se tiene que enfrentar J.D., sean cuales sean sus razones.
Pero ni el juez ni yo queremos mandarlo a la cárcel por ello. Así que si hace esto, si vuelve y sigue trabajando seis meses para Trey sin pegarle otra vez, si se queda en el Doble H y arregla todo, a entera satisfacción tuya, estará libre. Todo quedará perdonado y olvidado. No habrá cargos en los legajos.
Lydia agitó la cabeza.
—No puedo creer que él haya estado de acuerdo.
—Qué alternativa tenía? La ley tiene memoria, cariño. Tú te metes en una pelea ahora, y la ley te persigue toda la vida. Te metes en cinco o seis peleas y te ganas una reputación de pendenciero. Estamos en la era de los ordenadores. Y J.D. también, así desee o no vivir en ella. Tenía que aceptar o enfrentarse a la cárcel.
—Pero...
—Lydia, tú eres abogado. ¡Conoces las leyes!
Sí, Lydia conocía las leyes, pero también conocía a Kristen, y sabía que tenía un corazón blando debajo de esa fachada de dureza.
—No lo habrías enviado a la cárcel...
Kristen alzó los hombros levemente y dijo:
—Pero eso no lo sabe J.D.
—Holt.
Su nombre y los pasos que lo precedieron no eran algo inesperado.
J.D. había estado esperando el estar cara a cara con Phillips desde que había llegado al rancho, cuando apenas había amanecido.
J.D. alzó la mirada del caballo que había estado ensillando y miró al viejo que estaba en la entrada del granero, como si fuera un pistolero. Se miraron un rato largo. J.D. no quería hablar. No tenía nada que decir.
Trey habló.
—¿Ni siquiera la leíste? —preguntó serenamente, pero el tono era duro.
La mandíbula de J.D. se tensó.—No.
Después de que Lydia se lo dijera, él había buscado la carta. La había encontrado entre la pila de correo que se acumulaba hasta que Gus iba a casa y hacía algo con él, o J.D. se cansaba de verlo y lo tiraba. La había abierto y había intentado descifrarla.
Tenía tres páginas, y estaba escrita a mano.

Evidentemente decía algo más que «te regalo el rancho». Pero aparte de unas pocas palabras J.D. era incapaz de leer más. Varias veces la había mirado furioso, consigo mismo y con Trey. Luego la había arrugado y la había tirado.

—No la leí —dijo tercamente. No pensaba preguntar a Trey qué ponía.

Y no pensaba disculparse por pegarle tampoco, aunque sabía que eso era lo esperado.

Ciertamente Kristen Brooks lo esperaba. Lo había agarrado del brazo el día anterior en el juzgado y le había dicho mientras se estaban marchando:

—Arregla esto, J.D.

Había sido una orden, no un ruego.

El no había respondido. No había nada que pudiera decir. Nada que fuera a decir nunca.

Se dio la vuelta para ajustar la silla del caballo que había estado entrenando.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Trey.

—¿Qué crees?

Los caballos eran la única razón por la que se alegraba de volver. Trey los había comprado a un ranchero de cerca de Choteau, y J.D. trabajaba con ellos siempre que sus deberes de capataz se lo permitían.

Era bueno en el resto del trabajo, pero los caballos eran sus amores, algo que verdaderamente lamentaba dejar.

Había trabajado todos los días con el caballo negro antes de marcharse. Ahora el caballo castrado parecía asustadizo.

—¿No lo ha montado nadie desde que me he marchado? —preguntó J.D.

—¿Marchado? ¡Dejaste el trabajo!

J.D. se puso rígido al oír la acusación, pero pensó en el juez, y contó hasta diez.

Luego dijo:

—Y ahora he vuelto.

El caballo se movió a los lados, notando la tensión entre ellos.

—Shhh... —le dijo J.D., acariciando el cuello del caballo—. Está bien, muchacho.

Tranquilo, muchacho.

—Nadie lo ha montado —dijo Trey—. Y tú tampoco lo harás.

J.D. miró alrededor.

—¿Qué?

—Si un hombre se marcha del trabajo, no puede venir y empezar por donde dejó su tarea. Tiene que empezar desde abajo —dijo Trey —. Tú has abandonado el trabajo, así que empezarás desde cero.

—¿Qué quiere decir eso?

—No me gustan los desertores —dijo severamente Trey—. Y puedes estar seguro de que no les doy trabajos agradables con los caballos.

J.D. se tragó media docena de respuestas y preguntó:

—¿Agradables? Tú querías que los entrenase.

—Quería. Tiempo pasado. Ahora tengo otro trabajo para ti.

—¿Qué otro trabajo?

—Uno para el que seas adecuado. Tú vuelves a trabajar conmigo, pero yo elegiré el trabajo. En lo que a mí concierne, señor Holt, tú eres lo más bajo de lo bajo. Y lo único que harás hoy es limpiar estiércol. ¡Así que, toma una pala y a trabajar! Y cuando hayas terminado con el granero, encontraremos algo para que hagas —Trey sonrió cínicamente y dijo—: Bienvenido.

Luego se dio la vuelta y se marchó a la casa.

J.D. lo miró con furia, impotente. Toda la rabia que se había convencido de poder tener bajo control parecía salir a la superficie en cualquier momento. ¡No pensaba limpiar estiércol! ¡Desde luego que no lo iba a hacer!

Como si hubiera hablado en voz alta, el viejo se dio la vuelta y dijo:

—Otra opción es... que abandones el trabajo nuevamente —y con un resoplido de disgusto siguió su camino.

J.D. quería patear algo, pegarle a alguien...

El caballo castrado lo miró nervioso. Era un hermoso caballo. Elegante, potente.

Tenía potenciales que él podía sacarle...

Yen cambio el viejo quería que limpiase el estiércol.

—De ninguna manera —dijo J.D.

—¿Qué dices, J.D.? —Era la voz de Skinny, uno de los vaqueros más viejos de J Bar R, el inmenso rancho de Trey—. No quiero hacerlo, pero Trey... Me ha dicho que te tengo que quitar el caballo, llevarlo a pastar, y... Bueno.., observarte.

J.D. miró a Skinny.

— ¿observarme?

—No ha sido idea mía -dijo Skinny encogiéndose de hombros—. Sirvo para más cosas que para eso. Pero Trey quiere que lo haga.

¿Vas a sentarte ahí, y mirarme? ¿Y qué pasa con el heno? Creí que hoy te tocaba fardar.

—Eso se suponía. Conducir el tractor no está tan mal. Pero Trey dijo que él lo haría más tarde.

—Bueno, siéntate ahí, Skinny —J.D. le señaló un fardo en un rincón—. Vas a estar aquí observándome un buen rato. Este será el granero más limpio que hayas visto jamás.

El le enseñaría a Phillips quién era un desertor.

El granero era el primer trabajo que tenía que hacer. Luego estaba la cerca del corral.

Tenía que pintarla. ¡Solo los idiotas pintaban las cercas de los corrales!

Luego tuvo que cambiar el aceite de los camiones, y limpiar la parte interior. Y barrer el porche de entrada.

—Seguro que no quieres que haga la colada mientras estoy por aquí? —le preguntó a Skinny con amargura.

Skinny consultó la lista de trabajos y agitó la cabeza solemnemente.

-Hoy, no, J.D.

Pero no iba a desertar.

Era casi de noche cuando se marchó a su casa.

Bueno, ahora era la casa de Lydia Cochrane, se dijo.

Estaba cansado, le dolían los músculos, estaba cubierto de polvo y hambriento como un lobo. Quería una cerveza fresca, una ducha caliente, un plato de la comida que había quedado de la cena del día anterior, y una cama blanda. En ese orden.

Pero lo que consiguió fue a Lydia Cochrane.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Frenó de golpe al ver un coche al lado de la casa y una mujer en el porche.

Lo que menos falta le hacía era Lydia Cochrane.

Se acercó con la camioneta adonde estaba ella.

Tal vez así se asustase y se marchase. En el último momento frenó. La miró a través del parabrisas.

Lydia se apartó un rizo color miel y le sonrió. ¡Como si él se alegrase de verla!

—¿Has traído tu lista de tareas?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Es por esa razón por la que estás aquí, ¿no? ¿Para controlar que cumplo con lo que tengo que hacer, ¿no?, como ha dicho el juez?

J.D. divisó una lata roja redonda.

—¿Qué hay ahí? ¿El látigo que vas a usar? —preguntó J.D.

— En realidad, son galletas —dijo Lydia.

Capítulo Tres

— ¿Galletas? —preguntó J.D. con la boca abierta.

Lydia recogió la lata.

—Me pareció un detalle de cortesía —dijo ella con frialdad—. Obviamente me he equivocado —apretó la lata contra su pecho, e intentó ir hacia su coche.

Instintivamente J.D. le sujetó el brazo.

La lata se cayó, Lydia se giró contra él y se quedaron nariz con nariz.

J.D. se puso alerta. Su cuerpo, y su mente. Le llevó unos segundos darse cuenta de lo que había pasado. Estaba excitado. ¡Lo había excitado Lydia Cochrane! No podía creerlo.

Y por la reacción de pánico que había notado en ella, parecía haberse dado cuenta y no poder creerlo tampoco.

J.D. dio varios pasos atrás. Ella estaba confusa.

—No he querido... Yo no estaba... —dijo torpemente J.D.. Luego continuó—: Mira, lo siento. Yo... —Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo—. Ha sido un día de trabajo terrible y no esperaba... —buscó la palabra adecuada, luego, cualquier palabra que lo sacara de aquella situación.

— ¿Galletas? -dijo ella.

— ¿Qué? —la miró perplejo.

—¿Que no estabas esperando galletas?

¿Estaba bromeando?, se preguntó J.D. ¿Tomándole el pelo? ¿Coqueteando con él?

¿Lydia Cochrane? ¿La abogada del condado y anterior cerebro de Murray High? La misma inoportuna que había aparecido tantas veces cuando él y Letty, la hermana de ella, habían estado a punto de entrar en calor.

Recordó a Lydia como alguien sin sentido del humor, y menos aún interesada en el sexo opuesto.

¿Había cambiado?

Por supuesto que no. Simplemente le había ofrecido un modo de salir de aquella situación embarazosa.

—Sí... Galletas -dijo él—. No esperaba galletas. Lydia asintió.

—Pensé, que dadas las circunstancias, sería una buena idea. Una forma de ofrecer la paz.

— ¿Ofrecer la paz?

—Por haber comprado el rancho... Sé que las galletas no son un sustituto, pero me he sentido culpabl...

—Bueno, salva tu conciencia. Véndemelo —sonrió él.

Lydia agitó la cabeza sin dudarlo.

—No.
—¿Por qué no?
—No quiero vender.
—¿Por qué no?
—Quiero el rancho.
—¡Eres abogada!
—No hay ninguna ley que diga que los abogados no pueden tener ranchos.
—No tienes que ser dueña del mío. Hay otros ranchos en venta. Puedes comprar cualquiera de ellos.
—Tú también.
—¡Yo quiero este!
—Bueno, yo también
La vehemencia en el tono de voz de ella lo sorprendió. Y también la intensidad de su mirada. Luego, como si ella se hubiera sorprendido también, desvió la mirada.
—¡Es por eso por lo que me siento culpable! —exclamó ella.
—Pero para ti el rancho no significa nada -dijo él.
Ella entrelazó sus dedos y no dijo nada.
—Para ti, no significa nada —repitió él.
—Sí.
—Qué? ¿Qué significa para ti? —él agitó la cabeza sin comprender.
Ella lo miró brevemente. Luego miró la casa, las montañas.
El intentó imaginar lo que estaba pensando, pero no pudo.
—Cuando era niña, nunca me sentí en mi casa en la ciudad. Quería tener un rancho cuando fuera mayor —dijo ella finalmente.
Aquello lo sorprendió.
—De acuerdo. Pero, ¿por qué este?
—¿Por qué no este?
—Porque sabes que yo lo quiero.
—Podrías haberlo tenido. Hubo un silencio.
—No quiero vender —dijo ella.
—No obstante...
—No venderé —ella agité la cabeza. —Apuesto a que lo harás.
Se miraron.
—No es un trabajo para princesas.
—No soy una princesa!
—Oh!
—No lo soy!
—Pruébamelo.
Ella alzó la barbilla, pestañeó y dijo:
—De acuerdo. Lo haré.
—Venga, entonces. Manos a la obra. Tienes un granero que hace

falta limpiar.

El había limpiado aquel día para el resto de su vida, pero quería mostrarle a la señorita Cochrane lo que había que hacer.

—¿Has limpiado estiércol de un granero alguna vez? —le preguntó él.

—No.

—Es un trabajo importante. La higiene es importante. A las vacas les gusta el granero limpio. Y a los caballos también.

—Vas ajuntar abono para vendérmelo?

Él sonrió.

—Lo juntaré, una vez que hayas limpiado y lo hayas quitado, señorita Cochrane.

Ella tomó la pala que sostenía él.

—De acuerdo. Limpiaré el estiércol. Y tú, señor Holt, comenzarás tu trabajo. Los corrales, ¿no? ¿O piensas empezar con el establo?

—Los corrales, señora, se levantó levemente el sombrero—. Que disfrute.

—Es posible que te sorprendas, pero disfrutaré —le dijo ella.

El no había tenido intención de trabajar en los corrales esa noche. Había pensado prepararse una cena, luego tomar un baño caliente, y jurar contra Trey Phillips y todo ese lío.

Ahora no tenía elección. Si Lydia iba a estar limpiando estiércol, él estaría trabajando también. Su estómago le hizo ruido cuando salió a buscar las maderas. Por el rabillo del ojo vio la lata roja de galletas en medio de la suciedad. La rescató y la puso en los escalones. Luego, con una mirada hacia el granero, la abrió y tomó una galleta.

En cierto modo, Lydia comprendía que él hubiera querido ponerla a prueba. Bueno, ¡se lo demostraría! Y realmente qué diferente era de su vida de abogada. Era un trabajo más físico.

Lydia trabajó a paso regular, esperando que en cualquier momento apareciera J.D.

para evaluar su competencia. Al ver que no lo hacía, supuso que se habría marchado a la casa. Pero luego oyó el sonido de la sierra.

Así que ahí estaban los dos, trabajando en el rancho.

—Estás contenta? —se dijo burlonamente Lydia. Pero a pesar de todo, su respuesta fue «sí».

Él se había pensado que ella iba a trabajar un poco y que luego se marcharía con cualquier excusa. No era una tarea para una chica de ciudad, que jamás se habría ensuciado las uñas.

Pero él había sido el que había tenido que dejar el trabajo primero, cuando se hizo demasiado de noche para ver. Fue a verla al granero. Su vaquero impecable ahora estaba algo manchado. Su pelo, que había estado peinado recogido, ahora tenía algunos mechones sueltos.

—¿No has terminado todavía?

—No del todo —contestó ella.

—No hace falta que lo limpies tanto como para que podamos comer en el suelo.

—La higiene es importante para las vacas. Y los caballos —repitió ella.

El sonrió de medio lado.

—Creo que ya les basta como está.

— ¿Tienes una caja? —preguntó ella.

— ¿Para qué?

—He pensado que me llevaré el estiércol. Bette, del café, tiene jardín. Siempre anda buscando fertilizantes.

—Y querrás que se añeje un poco.

—De acuerdo.

—¿Hablas en serio? —preguntó él.

—Bette estará encantada.

J.D. no estaba seguro. Pero fue a buscar una caja. Si ella quería conducir con una caja de estiércol en el coche, no era asunto suyo. Y sería mejor que aprendiera a amar aquel olor si de verdad iba a comprar su rancho, pensó él.

Ella puso el estiércol en la caja. Luego él la llevó al coche.

—No puedo creer que vayas a hacer esto.

—Créelo —dijo ella.

—Como no me creo que vas a quedarte con el rancho .

Se miraron. Él sabía qué veía ella cuando lo miraba: un vaquero duro y recio.

Ella no era su tipo en absoluto, aunque su cuerpo hubiera disentido de esa opinión aquella noche por unos segundos. Pero eso eran puras hormonas. Nada importante.

Lo importante era deshacerse de ella.

—Entonces, ¿cuándo vas a venir mañana? —le preguntó él.

—¿Mañana? Bueno, en realidad, no he pensado venir todos los días. Sé que eso es lo que establece el acuerdo, pero veo que estás trabajando, y parece, algo exagerado hacerte que firmes todos los días —lo miró esperanzada—. Es ridículo.

—¿Crees que venir aquí todos los días es ridículo?

—No quiero...estar encima de ti.

—Cuando tienes un rancho, estás allí —le dijo él implacablemente —. Todos los días.

—¿Quieres que venga todos los días?

—A mí no me importa lo que hagas. Es tu rancho.

—Sí. Lo es —dijo Lydia.

Al decir aquello miró alrededor: el granero, los campos de pastoreo. Los campos de heno.

—Y cuando tengas ganado, tendrás más trabajo aún -dijo él.

—Tengo ganado.
—¿Trey te vendió ganado? ¿Estaba loco el viejo?
—Ciento veinte cabezas de ganado es el total. Pero no sería un rancho sin ganado,
¿no crees? -dijo ella. J.D. agitó la cabeza.
—¿Tienes intención de trabajar con tu ganado? —le preguntó a Lydia.
Ella dudó un momento.
—Bueno... Trey dijo que podía dejarlo con el suyo. Me preguntó si podía dejar pastar a su ganado en estas tierras, y yo le dije que sí.
J.D. asintió.
—Eso quiere decir que no eres una ranchera de verdad. Tú estás jugando a ser ranchera…
—No.
—Claro que sí, ¡Estás dejando que Trey haga todo el trabajo!
—No he dejado que limpiase el estiércol del granero, ¿no?
El resopló.
—Una noche. Y no volverás.
—Sí, volveré.
—¿Cuándo? ¿Mientras estás sentada en tu bonita oficina todo el día cobrando facturas a la gente por cada minuto que pasa? ¿Cómo vas a saber lo que hace falta hacer si no estás aquí siquiera?
—¡Estaré aquí! ¡Trabajaré!
—Lo que diga —le sonrió J.D. sin creerla.
Ella lo miró. El la miró.
—Vendré mañana aquí. Estaré aquí a las seis. No, tendré una reunión tarde. No podré llegar hasta las siete y media —dijo Lydia—. Pero es posible que tú tampoco estés aquí hasta entonces. Si tenemos en cuenta lo tarde que es esta noche. Así que,
¿te parece que quedemos mañana a las siete y media, señor Holt? ¿Te va bien eso?
—A mí no me importa, señorita. Yo trabajo aquí.
Los puños de Lydia se apretaron.
—No te pongas paternalista conmigo.
—¿Paternalista? Me parece una palabra muy grande para un vaquero como yo, señorita Cochrane.
—Búscala en el diccionario, si quieres, señor Holt —dijo ella dulcemente, y sonrió—.
Mañana a las siete y media. Te veré entonces —ella se agachó a recoger la lata de galletas. Unas migas sonaron dentro. Ella lo miró con curiosidad.
El frunció el ceño.
—Mañana por la noche traeré la cena —dijo ella. Y se marchó.
—¿Y? ¿Qué tal te ha ido? —Preguntó Kristen moviendo un tenedor

con coles en el aire—. ¿Has hecho que te prestase atención? ¿Que te mirase como a una mujer y no como a una persona que lo ha sacado de la cárcel?

—¿Cómo se supone que tengo que hacer eso? ¿Por qué se supone que quiero eso?

Kristen suspiró.

—Porque él ha sido el hombre de tus sueños durante años. Y tú has comprado su rancho. A ti te interesa él. Quieres casarte. Tú...

—¿Quién ha dicho...?

—Tú lo has dicho —la interrumpió Kristen firmemente—. Muchas veces. Siempre decías, durante la carrera de Derecho, que no querías que te consumiera el trabajo, que querías una vida.

—Y tengo una vida.

—¿Sí? —preguntó Kristen, incrédula.

Lydia pinchó las coles enfadada. Ella siempre., había dicho que se quería casar además de ser abogada. Siempre había querido una familia, un hogar. Una vida. No creía que fuera mucho pedir.

Y no había tenido demasiada prisa en conseguirla. Hasta entonces. Siempre había pensado que aparecería cuando fuera el momento. Últimamente, sin embargo, se había empezado a preguntar cuándo sería ese momento.

Tal vez hubiera empezado a preguntárselo alrededor de los treinta años. Ahora habían pasado dos años, durante los cuales había esperado pacientemente. Pero no había pasado nada. Solo le pasaba a otra gente.

¡Le había ocurrido a Rance!

Ella se había pasado todo el verano trabajando, mientras Rance, que debía de haber estado trabajando a su lado, había evitado la oficina, había «huido» literalmente, y en esa huida, había conocido a la mujer de sus sueños.

No solo tenía a Elije, sino que tenía cuatro niños.

Lydia quería tener un hijo. Quería un marido.

Tal vez su reloj biológico no la apurase tanto. Pero no era una adolescente tampoco.

Aunque se sintiera como una de ellas cuando estaba con J.D.

Era una locura. Ella era una abogada competente... Sin embargo al lado de J.D. se sentía una torpe adolescente.

Por ejemplo, no podía comprender qué había pasado la noche anterior. ¡Pero si no había pasado nada!

Pero no podía olvidar cuando sus botas se habían chocado, sus pechos lo habían rozado. Y su... Bueno su parte íntima, esa parte justamente debajo del cinturón, había rozado el vientre de ella.

Ella había limpiado todo el granero decidida a demostrarle que el rancho le pertenecía, y todo el tiempo había estado como una tonta

adolescente, no pensando en el rancho, sino en J.D. Holt, en que... la había deseado aunque solo fuera un momento, ¿no?

Y eso era lo que la ponía nerviosa. Que no estaba segura.

Le hubiera gustado preguntarle a Kristen si un hombre podía reaccionar así, tan extrañamente, tan rápidamente. Su experiencia era muy limitada. Kristen, que había estado diez años con Jerry, debería saberlo.

Y a Kristen le encantaría que se lo preguntase. Pero Lydia no podía preguntarlo, porque Kristen le preguntaría todos los detalles. Y eso le daría esperanzas. Y no se atrevía a tener esperanzas acerca de J.D.

Así que tendría que observarlo más detenidamente aquella noche. Cuerpo a cuerpo.

— ¡Qué diablos...!

J.D. sabía que no debía de sorprenderse. Había visto las luces encendidas cuando volvía en el coche por la colina, pero no podía creer que ella se hubiera metido en su casa. Había pensado que el que llegara una hora tarde, la habría disuadido de esperar y se habría marchado.

En cambio, se la había encontrado al lado del fuego preguntándole:

—¿Cómo te gusta la carne?

—¿A qué te refieres con eso? ¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Bueno, técnicamente, es mi casa —dijo ella mientras ponía el filete en la sartén—. Y

creo que lo que estoy haciendo es evidente —asintió en dirección a las patatas, que se estaban cociendo, y hacia el horno, donde se estaban cocinando unas verduras—.

Pero por si no lo es, estoy preparando la cena para ambos. Te lo había dicho.

—No hacía falta que lo hicieras —comentó él.

-Necesitas comer -dijo ella—. Te comiste las galletas.

El se puso colorado.

—Eso fue ayer. ¡Tenía hambre!

—¿Y ahora no? —ella sonrió. Que se atreviera a decir que no tenía hambre.

El frunció el ceño.

—Tengo comida. No necesitas cocinar para mí.

—Tal vez, no. Tal vez me esté pasando. Pero miré alrededor y vi lo que había que hacer. Creo que fue lo que dijiste ayer, cuando estuvimos cambiando impresiones.

—Cambiando impresiones... —murmuró entre dientes.

—¿Qué?

El la miró y dijo:

—No puedes decir simplemente «estuvimos hablando», como todo el mundo?

—Te pido disculpas por mi vocabulario. Parece que no te gusta. Ahora, si quieres lavarte primero.... La cena está casi lista —le dijo ella.

¡Como si fuera su madre o algo así!, pensó él.

Le habría gustado decirle que no, pero estaba sucio. La lista de Trey se había encargado de ello. Gruñó y se dirigió al cuarto de baño.

-¿J.D.? -El se detuvo.

—¿Cómo quieres el filete?

Hubo un momento de silencio antes de que J.D. contestase:

—Ni muy hecho ni muy crudo.

Ella era buena cocinera. Él suponía que no debía de sorprenderse de ello. Lydia Cochrane hacía muchas cosas, y siempre las hacía bien. Hasta había limpiado bien el estiércol. Y contenta.

Eso lo volvía loco.

—¿Qué tengo que hacer esta noche? —preguntó ella, después de cenar.

—¿Qué?

—Para ser una buena ranchera, necesito clases. J.D. se puso las manos en el vientre lleno y preguntó: —¿Clases de cómo llevar un rancho?

Durante la cena ella le había contado que había dado clases de piano y de arte, y de violín. Así como de alemán y francés. Y le parecía lo más normal del mundo.

—Es como aprendo —había dicho ella.

—Yo no —había dicho él—. Yo odiaba el colegio.

—No todas las clases son en el colegio —había dicho ella con una sonrisa tentadora, que a él le habría gustado besar.

¿Cómo se le ocurría semejante cosa?, se preguntó.

—Bueno, vamos, entonces —había dicho él—. Te daremos algunas clases —J.D. se preparó para salir.

—Limpiar más estiércol? —preguntó ella siguiéndolo.

—Esta noche, no. Esta noche puedes medir tablones, y cortarlos.

—Ayudarte con los corrales, quieres decir?

—Está en contra de las normas, señorita Cochrane?

Ella agitó la cabeza, y dijo con aquella boca tan deseable:

—No, si es necesario que se haga.-

—Trabajaron juntos hasta las diez. El llevó las maderas hasta el porche y encendió la luz para que pudieran trabajar un rato más.

No debería de haberlo hecho, pero ella quería probar aquello de llevar un rancho,

¿no? Bueno, hacer un corral era parte de ello.

Además, era entretenido verla medir. Ella tenía aquella mirada tan intensa, ese modo de poner la lengua entre los labios. Le gustaba mirarla.

No tenía grandes pechos, pero tampoco eran pequeños. No la recordaba con tantas curvas cuando él estaba saliendo con Letty. Pero no había salido con Letty mucho tiempo. Y realmente nunca había mirado a Lydia entonces.

¡Ella tenía una vida!

Y estaba satisfecha con ella.

Tenía sus casos, sus enfrentamientos en los tribunales. Pero ahora tenía algo más.

Tenía un rancho, y un granero, y corrales, cercas, heno que había que cortar, y ganado que había que atender. Todavía no sabía hacer ni la mitad de esas tareas.

Pero estaba aprendiendo.

Y esperaba ansiosamente llegar al rancho todas las noches. Por el rancho, por supuesto.

¿No por J.D.?, se preguntó.

Ella había supuesto que sus encuentros diarios con él la ayudarían a borrar sus fantasías acerca de él, pero no había sido así.

Al principio J.D. había sido escueto en sus respuestas cuando ella le preguntaba. Pero no había tardado en extender sus respuestas, darle ejemplos, contarle historias, hacerla reír.

Le había enseñado a cambiar el aceite del coche, y a clavar un clavo derecho, y cómo interpretar el cielo.

—Para saber cuándo va a llover —le había dicho.

—¿Y tú crees que la mayoría de los abogados no saben hacerlo? —le preguntó indignada.

—Bueno, seguro que sí. Si ves el pronóstico del tiempo.

Lydia tenía mucha experiencia trabajando con hombres. Sabía cómo trabajar con ellos. Pero incluso con Rance no se había sentido tan a gusto siendo amigos. Con J.D., sí.

El respetaba su carrera de abogada, pero no parecía sentirse intimidado por ella.

Otros hombres, sí. La evitaban. El no. Le tomaba el pelo.

Por la noche, cuando estaba en la cama y recordaba lo que había ocurrido en el rancho, Lydia se sonreía.

¿Tenía razón Kristen? ¿Pasaba algo? ¿Podría tener esperanzas?

No era asunto de él.

J.D. era un pintor de cercas, una persona que cambiaba el aceite, alguien que construía corrales y establos… No había nada estipulado en el acuerdo de los tribunales que dijera que tenía que ocuparse de Lydia Cochrane.

Pero eso no lo frenaba de meterse en sus asuntos. No podía creer que Trey le hubiera vendido parte de su ganado. ¿Qué sabía ella de ganado? ¡El viejo podía haberla engañado!

Por eso se lo había preguntado. Porque era otro punto para criticar

a Trey.

—Cómo es que Trey le ha vendido ganado a Lydia? —le preguntó a Skinny cuando este apareció con su lista de tareas.

—No lo sé. Es una novedad para mí. ¿Quién dice eso?

—Lydia.

—Bueno, supongo que será así, entonces. No creo que mienta ella.

—No —estaba seguro de ello. Ella era muy directa.

Lo había convencido de ello en aquella semana y media que habían trabajado juntos.

Lydia, como él, no escondía nada.

Le gustaba.

—Bueno, silo ha hecho, está loco. ¿Cree que ella sabe trabajar con ganado?

—Ella dijo que quería aprender.

J.D. se dio la vuelta y vio a Trey de pie allí. El viejo lo miró entornando los ojos:

—¿Tienes algún problema con eso? —preguntó.

—Pues sí! No sabe ni lo que es una vaca. Va a perder dinero con el ganado.

_ ¿eso te molesta? —preguntó Trey serenamente, pero escéptico.

—No me gusta ver que se aprovechan de la gente

—dijo J.D. entre dientes.

—Y eso es lo que crees que he hecho.

—Lo has hecho otras veces.

Trey dio un paso adelante y apretó los puños.

—Inténtalo —lo invitó J.D.

Skinny respiró profundamente, en un acto de nerviosismo y agarró el brazo de J.D...

—Venga. Tenemos muchas cosas que hacer. Tenemos que arreglar una cerca —dijo.

—Me da igual la cerca —J.D. se sacudió y se soltó de Skinny. Sin dejar de mirar a Trey dijo—: ¿Qué ganado le has vendido? ¿Ganado bueno o del que te querías deshacer?

—¡J.D.! —exclamó Skinny.

—Pide una lista a Ole y saca tus propias conclusiones —dijo Trey. Luego se dio la vuelta y volvió a la casa.

Capítulo Cuatro

—Tengo algunos detalles que me ha dado Ole acerca de tu ganado —le dijo J.D. una noche que ella estaba sujetando un tablón para que él pudiera poner un clavo en él.

Ella lo miró sorprendida.

El se encogió de hombros.

—Supuse que querrías saber algo acerca de ello

—dijo él—. A no ser que tú seas una autoridad —agregó.

—En absoluto. Te... lo agradezco. ¿Son... buenos?

—Mejor de lo que yo esperaba.

Trey no lo había hecho mal por lo que Ole le había dicho. Tal vez Trey no se aprovechase de todo el mundo.

J.D. puso otro clavo.

—Aunque no lo he visto. Tendrás que verlo tú misma.

—Sí, supongo.

—Puedo decirte dónde están pastando.

—Sería estupendo.

El clavó otro clavo.

—De todos modos, no creo que te des cuenta de nada cuando los veas.

—Tienes razón.

—Probablemente necesites alguien que te eche una mano.

—O que me cuente lo que este viendo.

«Pídemelo, ¡maldita sea!», pensó él. Pero ella no dijo nada.

Lydia simplemente tomó otra madera y la sujetó.

—Será mejor que compres un libro para ver en qué te tienes que fijar.

—Tengo uno.

—¿Sí?

—Varios. El pasado lunes compré varios cuando estuve en Helena. Cinco.

—¿Cinco?

¿Tenían cinco libros que trataban de cómo llevar un rancho?, se preguntó él.

—No tratan sobre el trabajo de un rancho. Tenían cientos de ellos. Pero estos son sobre ganado.

—Has comprado cinco libros que tratan sobre ganado?

—Si hubiera tenido alguna idea no habría comprado tantos. Pero pensé que sería mejor saber más que menos -dijo ella.

El silbó.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—Era lo mejor que podía hacer —dijo ella—. Tenía que empezar

por algo.

—Y no se te ocurrió que el pasto era un buen lugar donde empezar?

—Quería saber algo antes de ir a ver a los animales. No me gusta que las cosas me pillen por sorpresa.

A él tampoco. Pero estaba descubriendo que Lydia Cochrane era una sorpresa tras otra.

—Crees que vas a llevar los libros y vas a hacer que el ganado se quede quieto y se ponga de este modo y de este otro mientras tú le echas un vistazo, y luego pasas a la página cuarenta?

Ella se encogió de hombros.

—A no ser que tú tengas una idea mejor.

—Puedo ir contigo. Echarles un vistazo. Decirte lo que tus libros no van a decirte... Si quieres.

—¿Lo harías? ¡Sería estupendo! —sonrió ella. Aquella sonrisa valía la pena esperarla.

Lydia Cochrane era muy seria casi siempre, y entonces, de pronto, te sorprendía con aquella sonrisa.

—Podríamos ir mañana, si tienes tiempo -dijo él.

—¿Mañana?

—Es sábado. Una cosa buena del acuerdo en los tribunales es que no trabajo los sábados.

El había trabajado siete días a la semana en los últimos tres años. Y no se había tomado vacaciones ni una sola vez. El ganado no se lo permitía.

Pero ahora se las tomaría, puesto que para limpiar estiércol y barrer todo el día, Trey podía arreglárselas sin él el fin de semana.

—¿Sabes montar a caballo? —preguntó J.D.

—Sí —dijo ella inmediatamente—. Aunque no soy grandiosa.

—Bueno, seguramente Hot Rod será un caballo que te vaya bien.

Ella alzó las cejas:

—¿Hot Rod?

El sonrió pícaramente.

—Tiene unos veinte años.

—Ah! Me alegra saberlo —sonrió ella. Realmente era bonita cuando sonreía, pensó J.D.

Aunque en esas dos semanas que había estado con ella, se había dado cuenta de que era bonita casi siempre.

—Tal vez te arrepientas —le advirtió él. Ella negó con la cabeza.

—No me he arrepentido todavía.

—Lydia? ¿Lydia? ¿Me estás escuchando?

—¿Qué? ¡Oh! Lo siento, Rance. Estaba pensando en otra cosa —Lydia estaba sentada en su salón, se irguió en la silla e intentó prestar atención a la voz que le hablaba por el teléfono.

—¿En otra cosa distinta de Becker y Mulholland?

—¿Que quién?

—¿Qué ocurre? ¿Tienes un caso más importante del que no tengo noticias? —

preguntó Rance.

—¿Qué? —preguntó ella.

No podía concentrarse en la conversación. Estaba demasiado excitada desde que J.D.

le había prometido mostrarle el ganado. Y sería probablemente al día siguiente. lo que hemos estado buscando.

—¿Qué? Lo siento, Rance —dijo ella otra vez—. Tengo la cabeza en otra cosa. ¿Qué has dicho?

—He dicho que he encontrado un precedente del caso de Becker y Mulholland de mil ochocientos ochenta y siete —dijo Rance excitado.

Parecía haber recuperado el entusiasmo de antes de la seducción y conquista de Ellie.

—Estupendo—dijo Lydia, tratando de animarlo.

—Sí. Veo que estás entusiasmada. ¿En qué otras cosas estás pensando? ¿En tu nuevo rancho? —preguntó Rance con un tono que parecía tomarle el pelo.

—Sí, en realidad, sí.

—No podía creerlo cuando me lo ha dicho papá.

—Créelo.

— ¿Qué me dices de J.D.?

— ¿Qué pasa con él?

— ¿No tienes nada con él, ¿no?

—¿ Qué?

—Ellie ha dicho que podrías.

—No arméis un lío de esto. Yo solo… quiero un rancho.

—¿Y un ranchero?

—Rance!

—No es mala idea, Lydia —le dijo Rance gentilmente—. Es solo que... Bueno, tú y J.D....

—¿Qué pasa conmigo y con J.D.?

—Que no sois almas gemelas exactamente.

Ella podría haber estado de acuerdo hacía unas semanas, pero ahora que había compartido días con él, no decía lo mismo.

Al contrario, a medida que pasaba más tiempo a su lado, se sentía más atraída hacia él. ¡Pero no se lo diría a Rance!

—No te metas en una historia que pueda hacerte daño, Lidia.

—No lo haré.

—J.D. respeta los límites, me dices.

—Por supuesto, Rance —contestó ella solemnemente.

Hubo una pausa.

—Tú lo quieres para pasar los límites —la acusó. Ella se rio.

—Bueno, ahora que lo dices...

—Lydie...

—Tengo treinta y un años, Rance. Creo que es hora de que me pase de los límites.

—Tú? —pareció sorprendido Rance.

—Ves? Ese es el problema. Incluso tú crees que yo no tengo una vida.

—Tú tienes una vida. Solo que es... una vida pura.

—Bueno...

—¿No vas a acostarte con él, verdad?

—Rance! Tú eres mi socio en mi profesión, no mi padre.

—Puedo llamarlo, si quieres. Te dirá lo mismo.

—No quiero que llames a mi padre. Lo que quiero es que no te metas en mi vida.

—No quiero que te hagan daño..

—No me harán daño.

—Sí, tienes razón —dijo Rance. Luego respiró profundamente y agregó—: Lydie, no tienes experiencia.

—Entonces, ya es hora de que la consiga.

—Tengo que hablar con J.D.

—¡No lo hagas! —exclamó ella.

—Bueno, alguien tiene que salvarte de ti misma.

—Tal vez esta sea la forma de salvarme.

Hubo una pausa.

—Lidia, ¿has perdido la cabeza?

—No, no lo creo. Creo que finalmente la he encontrado.

—Que Dios nos proteja —murmuró Rance.

—No sé cómo se ensilla a un caballo.

Lydia no había esperado que el día empezara de ese modo. Ella se había pasado la noche fantaseando con J.D., al lado de un fuego, en brazos de él.

Seguramente sería un producto de la conversación que había tenido con Rance antes de irse a dormir. Y se había levantado eufórica, con ganas de empezar el día.

Y lo primero que había dicho J.D. había sido:

—Ensíllalo —y le había señalado el caballo.

Ella se había quedado allí, como una idiota.

Había pensado impresionarlo con sus conocimientos, demostrarle que sabía cosas sobre caballos, pero era inútil si no sabía colocar la silla para demostráseio.

—Lo siento —se disculpó—. No he aprendido a hacerlo nunca. No he tenido tiempo, ni oportunidad.

—Bien. Esta es la oportunidad.

—No lo he intentado nunca!

—Bueno, ahora lo vas a hacer -dijo él.

El la llevó al establo con el caballo castrado Hot Rod y le pidió que empezara a familiarizarse con él.

—Familiarizarme —pestañeó sorprendida. El asintió.

—Hot Rod es muy sociable. Le gusta conocer a quien lo monta. Habrá gente que te diga que eso da igual. Que tú eres la jefa y que el caballo tiene que hacer lo que tú le dices. Y es cierto. Pero aunque seas el jefe, tienes que trabajar en equipo con él. Y como en cualquier sociedad, las cosas van mejor si conoces al otro y confías en él. Así que, conócelo un poco, y luego te enseñaré cómo se ensilla.

J.D. la dejó en el establo y salió a ensillar al caballo del siguiente establo. Lydia podía oírle murmurar suavemente al caballo mientras lo sacaba fuera.

Ella sonrió a Hot Rod.

—Tienes un nombre muy bonito —le dijo.

Lydia nunca le había tenido miedo a los caballos. Había montado a caballo muchos años. Pero jamás había tenido un caballo propio, nunca había ensillad al que fuera a montar, ni había tenido una sociedad con ninguno de ellos.

Acarició el cuello de Hot Rod.

—Estoy segura de que nos vamos a llevar bien —le dijo al caballo. Y este la recompensó con un suave cabezazo en el pecho.

—oh! —ella dio un paso atrás. Pero Hot Rod la siguió y volvió a darle otro cabezazo.

Desde el otro establo oyó reír a J.D.

—Hot Rod es un caballo al que le gustan las mujeres.

Lydia alzó la vista, sintiéndose incómoda.

—¿Qué quiere?

—No lo que estás pensando —dijo J.D.; metió la mano en el bolsillo y le alcanzó un terrón de azúcar—. Me parece que lo que quiere es esto.

—Oh! ¿Le das golosinas?

—Seguro. Lo endulzan un poco. Todos necesitamos un poco de dulzura en nuestra vida.

Sus ojos se encontraron y Lydia sintió que se ponía colorada al recordar el tipo de dulzura que J.D. y ella habían compartido horas antes en sueños.

¿Se había puesto colorado él también? Era difícil saberlo con la débil luz del granero.

J.D. metió la mano en el bolsillo y le dio varios terrones de azúcar a Lydia.

—Mantenlo contento mientras termino aquí. Luego te enseñaré cómo se hace —J.D.

volvió a la tarea de ensillar su caballo.

A Hot Rod le gustaban los terrones de azúcar. Le gustó que Lydia le acariciara el cuello, cerca de la mandíbula. Y cuando ella paró, él movió la cabeza y la tocó otra vez.

—De acuerdo —dijo J.D.— Así es como se hace. J.D. entró en el establo con ella, y puso las bridas a Hot Rod, luego se las quitó y se las dio para que lo hiciera Lydia.

—Así —le dijo J.D.

A Lydia le encantaban las manos de J.D. Evidentemente no eran las manos de un abogado. Las únicas manos que se parecían a las de J.D. eran las de Rance, que había ayudado a su padre en el Rancho. Las manos de J.D. eran grandes, anchas, con dedos largos y callos. Eran las manos e un trabajador. Pero eran sorprendentemente suaves.

Los dedos de Lydia se encogieron al sentir el roce de las manos de J.D. Era una experiencia emocionante estar en los confines de un establo con J .D.Holt.

Y como Hot Rod ocupaba casi todo el sitio, se veían forzados a estar muy cerca el uno del otro.

Cuando Lydia puso la brida como él quería, J.D. puso una manta de silla en el lomo de Hot Rod, y luego colocó la silla encima. Lentamente, él le mostró cada paso. No habló. Solo dijo:

—Observa.

J.D. tiró del cincho y lo ajustó. Luego lo quitó.

—Ahora, inténtalo tú.

Lydia casi le pegó con la silla cuando la levantó para ponerla en el lomo de Hot Rod.

El caballo pareció confuso, al sentir que lo ensillaban, y lo desensillaban, y luego vuelta a ensillar, la última vez por una persona incompetente.

Pero se quedó de pie pacientemente mientras Lydia manipulaba el cincho.

—Más ajustado —dijo J.D. cuando ella paró.

— ¿Más ajustado? Pero, ¿no le hará daño?

—La que te vas a hacer daño eres tú, si la silla se cae. Está conteniendo la respiración.

Más ajustado. Así. Bien. Ahora hacia arriba, ahora, ¿ves? Está respirando. Tira otra vez.

—Pero...

—Tira.

Lydia tiró, segura de que ya había ajustado suficientemente. Pero pudo tirar un poco más del cincho.

—Vas a caer por el camino, si no ajustas bien esa silla. —le dijo J.. —. Y hora, veamos si has terminado.

El se puso directamente alrededor de ella y con sus manos guió las

suyas. El corazón de Lydia dio un vuelco. Se olvidó de lo que estaba haciendo.

J.D. no estaba precisamente apretado contra ella, pero estaba muy cerca. Podía sentir su presencia. Sintió su respiración en la oreja cuando él habló.

—Así —dijo en un tono tenso, como si le costase respirar.

Lydia tampoco era capaz de hablar.

—Sí, así —insistió J.D., moviendo con su respiración un rizo de su pelo.

Ella tragó saliva. Miró las manos de J.D. ¡Eran tan distintas de las suyas! Tenía un dedo algo torcido, como si se lo hubiera roto y no se hubiera soldado apropiadamente.

—Échale el lazo y tira de él. Así.

Ella intentó hacer lo que le decía. Levantó las manos y le dio con el codo en las costillas.

—Lo siento —le dijo. Intentó girarse, se tambaleó y se cayó hacia atrás.

Los brazos de J.D. la sujetaron instintivamente. Ella sintió que sus sueños se hacían realidad, y que esta incluso los superaba.

J.D. carraspeó.

—Así. Lo estás haciendo bien. Venga. Vamos.

J.D. sacó al caballo del granero.

La teoría de J.D. parecía ser que si él la hacía trabajar hasta morir, la hacía levantarse casi de madrugada para ir a ver el ganado un sábado, si la arrastraba a través de toda Montana y la traía de vuelta antes de que anocheciera a lomos de un caballo, y la aburría hasta el cansancio con las realidades económicas y médicas del ganado, Lydia llegaría a la lógica conclusión de que el tener un rancho era para vaqueros y tontos, que los abogados tenían más sentido común.

Pero su teoría no se sostuvo.

Ella había ido todas las noches. Había trabajado duro. Incluso había llevado fruta y verdura, como parte de la responsabilidad que se había tomado de alimentarlo.

—Sé cocinar —había protestado él.

Pero ella no había prestado atención. Puesto que su mentira no se sostenía después de aquel día en que se había comido todas las galletas.

Y Lydia era práctica. —No tienes tiempo —había dicho simplemente.

No era más que la verdad.

Los otros peones estaban fardando y controlando al ganado. Y él seguía limpiando estiércol y pintando, y el día anterior, ¡por el amor de Dios!, había tenido que remover la tierra.

Pero no obstante, trabajaba catorce horas al día.

Y no dejaba de pensar en Lydia.

El no quería pensar en Lydia. Pero, ¿en qué otra cosa se suponía que tenía que pensar? No tenía nada demasiado importante en que ocupar la cabeza.

Intentaba convencerse de que debía estar buscando trabajo. Pero todavía le quedaban meses de trabajo para Trey. También se decía que debía estar buscando un sitio donde vivir.

Pero Lydia le había dicho que no había prisa.

—Puedo esperar a que termines con el trabajo de Trey —le había dicho ella.

Así que tampoco ponía esfuerzo en ese tema.

De todos modos, era posible que terminase harta después de seis meses y quisiera venderle el rancho.

Pero la verdad sea dicha, le gustaban las cosas como estaban. Le gustaba llegar a casa y encontrarse con Lydia. Casi siempre se encontraba con una comida caliente y una conversación agradable. Conversaban. Comían. Él estaba acostumbrado a comer solo. En vida de su padre, había comido con él. Pero no solían conversar mucho. Dan Holt no había sido muy conversador. Y J.D. había asumido que él tampoco lo era.

Pero Lydia lo había hecho conversar. Ella preguntaba muchas cosas acerca de los caballos. El suponía que la aburriría terriblemente. Pero ella escuchaba y hacía preguntas inteligentes. Y había dicho que tal vez comprase algunos caballos.

—Para poner en esos corrales que no he terminado? —había dicho él.

—Oh! Bueno... Están casi terminados. Y luego puedes enseñarme. - J.D. no estaba seguro acerca de ello. El podía entrenar caballos, pero ella no estaba hablando de entrenar caballos. Estaba hablando de entrenarla a ella. Y él quería y no quería hacerlo.

La observó mientras montaba. No era mala jinete, para tener poca experiencia.

El suponía que no debía de estar sorprendido. No se había encontrado con nada todavía, que Lydia no fuera capaz de hacer.

Incluso había divisado a una vaca con el ojo rosa antes que él.

—¿Cómo lo has sabido? —le había preguntado cuando ella se lo había señalado

—Estaba en uno de mis libros.

Libros...

No, era posible que Lydia Cochrane tuviera una sonrisa que pudiera hacer que un hombre se rindiera a sus pies, pero no era para él.

—Pero no te hagas una idea equivocada... —le dijo él.

—¿Qué?

—Nada. Estaba pensando simplemente…

«En lo idiota que era él», pensó J.D.

—Creo que tengo hambre —dijo Lydia—. He traído algo para almorzar. ¿Quieres que nos detengamos y comamos algo?

—Supongo que sí.

Llevaban cuatro horas montando. A él no le molestaba. Podía pasarse el día montando. Pero se preguntaba si ella sería capaz de montarse nuevamente, si se bajaba del caballo.

—Hay un sitio, cerca del riachuelo, donde podemos parar. la guió y ella lo siguió. El se bajó del caballo y la observó bajarse.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Sí, todo bien.

—¿Estás dolorida?

—Un poquito.

El sonrió interiormente. Ella aflojó el cincho como él le había enseñado antes, tomó el almuerzo de la bolsa de la silla, fue hasta una piedra y se sentó, mirando el arroyo.

J.D. la observó. Ella había estirado las piernas, había echado la cabeza hacia atrás, mirando al sol.

Cuando miraba aquel perfil atractivo…. Sus pechos marcados por el suéter, el brillo cobrizo de su pelo con los rayos del sol… se olvidaba de que Lydia no era la persona adecuada para aquel lugar, ni para él.

Tragó saliva.

—Ven, siéntate —le dijo Lydia palmeando la piedra-. Comeremos aquí.

El se acercó. Ella empezó a sacar los sándwiches y sirvió dos tazas de café, J.D. sintió hambre.

Tomó el café. Estaba caliente.

El clima estaba bien y la comida también. Cuando cambió el viento, él pudo oler la fragancia de las flores en el aire, un perfume que asoció con Lydia.

Aunque se había sentido feliz montando a caballo solo, era agradable compartir aquello con alguien. Alguien que señalase su habilidad para saltar rocas en la parte poco profunda del arroyo, alguien dispuesto a quitarse las botas y vadear el arroyo riéndose todo el rato.

—Está fría —ella tembló—. Me duele cuando me muevo.

—Una pena -dijo J.D. Y se sentó en la orilla, sonriendo como un tonto.

El momento de la verdad llegó cuando se tuvieron que subir a la silla nuevamente. Él esperaba que ella protestase. Vio su gesto de dolor, de cansancio, pero no escuchó una sola protesta. No la vio ponerse rígida.

Fue él quien se puso rígido. Sobre todo en una parte del cuerpo.

No se sentía particularmente atraído hacia Lydia, se decía. Lo que le pasaba era que llevaba mucho tiempo sin una mujer. Cualquier mujer le habría ido bien.

Y sabía cómo arreglar ese problema.

Esa misma noche iría a buscar una.

Capítulo Cinco

No funcionó. Al menos con Claudia no funcionó. No logró distraerlo. En absoluto.

Era ridículo. Claudia Kileen tenía curvas suficientes, risitas y movimientos seductores para distraer a cualquier hombre. Pero todas las caricias, las risas, el coqueteo y las carantoñas no lo habían distraído nada.

Haberse quedado con ella cuando la acompañó a su casa podría haberlo distraído.

Pero no le apetecía hacerlo.

No es que no hubiera disfrutado, él no estaba muerto, después de todo, pero no le pareció justo usar a Claudia de ese modo.

Un hombre debía desear a la mujer con la que estuviera.

Además, le había parecido un poco peligroso. ¿Qué habría pasado si hubiera estado con Claudia en la cama teniendo a Lydia aún en su mente?

Porque no se la podía sacar de la cabeza... El sábado había sido un mal día. El domingo todavía peor. No había esperado que apareciera siquiera. Pero Lydia había aparecido.

Se movía lentamente. La había visto hacer alguna que otra mueca de dolor mientras se acomodaba en la silla de montar. Pero eso no la había echado para atrás.

Había hecho preguntas y preguntas, mientras montaban. Al parecer se había estudiado sus libros.

Sabía qué preguntar, y estaba interesada en las respuestas.

El no había conocido a ninguna chica a la que le gustase hablar de ganado. Hubiera deseado que a Lydia tampoco le gustase hablar de ello. Había salido con muchas chicas a lo largo de años. Las había llevado a bailar, como a Claudia, las había llevado a ver películas, a barbacoas en el rancho de gente conocida o a actos sociales de la iglesia o a bodas.

Pero nunca había pasado tiempo con una mujer haciendo cosas que le gustaba hacer.

No había llevado a ninguna mujer a montar a caballo por el campo. No había hablado de terneros ni de marcar al ganado, o del peso ideal de un ternero al nacer.

No había conocido a ninguna a la que le gustase hablar de esas cosas. Y realmente le gustaba. Solo que no le gustaba que fuera Lydia. No le gustaba disfrutar de estas cosas con ella justamente. Pero disfrutaba...

Lydia había llevado el almuerzo nuevamente. Se sentaron a la sombra de los pinos y miraron el valle en silencio.

No había conocido nunca a una mujer que no hablara todo el tiempo. Lydia hablaba mucho. Pero también sabía callarse. Respirar profundamente y suspirar, dejar que el silencio se instalase entre ellos.

Y eso era peligroso también. Porque se notaba lo solos que estaban y lo tentadora que era ella. —Es hora de que nos vayamos —dijo él, cuando no pudo pensar en nada más que en sentarse a su lado.

Ella se levantó lentamente, como si le dolieran todos los músculos. Y se subió al caballo.

—Es el mejor fin de semana que he pasado en mi vida —le dijo ella cuando volvieron al rancho.

—Para mí también —murmuró él.

Y era cierto.

—Tengo que comprar un caballo —le dijo Lydia al día siguiente.

Estaban trabajando en el corral. J.D. había terminado la última parte. Y ella estaba pintando. No hacía falta que pintase. Pero ella había querido hacerlo.

—Trey tiene algunos caballos que quiere vender —dijo ella—. ¿Los has visto? ¿Los conoces?

El no quería aconsejar a Lydia para comprar un caballo, sobre todo si se trataba de Trey Phillips.

—Son hermosos —continuó ella—. Sobre todo la yegua con una mancha blanca.

—Dancer —dijo él.

—¿Se llama así? —los ojos de Lydia brillaron con entusiasmo.

J.D. se concentró en el tablón que estaba cortando con la sierra.

—No tiene nombre. Yo la he llamado así una o dos veces —dijo J.D..

—Es el nombre perfecto —dijo Lydia—. Es tan graciosa. Es hermosa. J.D. siguió serrando. —Quizás compre a Dancer.

—Ese no es su nombre. ¡No tienes que llamarla así!

—Me gusta el nombre. La llamaré así, si quiero.

El se encogió de hombros.

—Como quieras.

—O tal vez compre el caballo que tiene manchas. ¿Qué te parece el manchado?

—Es muy cabezón.

—Pero es sociable. Es encantador.

—Hasta que intentas montarlo —dijo J.D. — Oye, ¿vas a pasarte toda la noche charlando o vas a pintar?

Ella lo miró al oír aquel tono de irritación.

—¿Estás un poco malhumorado hoy? —le preguntó ella. —Ha sido un día duro —

murmuró él, y siguió serrando.

Ella lo miró. Luego, él la miró por el rabillo del ojo. —No te

molestaré, entonces —

dijo Lydia. Cogió la pintura y se marchó al otro extremo del corral. Empezó a pintar con cuidado.

Él intentó concentrarse en los tablones. Serró. Ella siguió pintando, sin mirarlo.

—El corral está terminado —le dijo él. Ella alzó la cabeza y miró alrededor.

—Así es —dijo Lydia.

J.D. pensó que ella seguiría pintando. Sin embargo dejó el pincel y sonrió.

El cerró los ojos. Oyó los pasos de Lydia acercándose.

—Es un corral estupendo —dijo Lydia—. Sí que lo es...

El se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo.

—Oh, sí, fantástico! El mejor corral de Montana

—dijo J.D. con ironía.

—Me gusta -dijo ella—. Y pronto será el más bonito también — hizo señas con la cabeza hacia donde había pingado.

El puso los ojos en blanco. Y luego preguntó:

—Has visto al caballo negro castrado? Es el mejor caballo.

—Sí? ¿Por qué te parece el mejor?

Entonces, en lugar de seguir cortando la madera empezó a contarle por qué.

—Debe de ser el abogado que hay en ti -dijo él.

—¿Qué?

—El que me haga contarte todas las cosas... Jamás he hablado tanto en mi vida.

—¿Te importa? —preguntó ella seriamente.

—Simplemente no me hace falta estar hablando todo el tiempo.

—No lo estás. Me estás aconsejando. Iré a verlos mañana otra vez. Tal vez te vea allí.

Puedes echarles un ojo conmigo, ¿lo harías?

Verla allí, era una cosa. En el lugar donde estaba Trey, era otra.

—Quizás -dijo vagamente.

J.D. estaba quitando la maleza de los diques de riego cuando llegó ella. Era un trabajo sucio, en el que se ensuciaba de lodo, y no le apetecía que ella lo viera haciéndolo.

Entonces, cuando J.D. la vio acercarse con su coche en medio de una nube de polvo por la carretera, se entretuvo con unas malezas hasta que vio que había pasado.

Skinny podría ir a llamarlo para que la acompañase hasta donde estaban los caballos.

Pero Skinny no apareció. Y cuando por fin salió de la casa y se subió a su camioneta, se dirigió hacia otro sitio, hacia donde Trey tenía a algunos hombres fardando heno.

¿Iría a buscar a otro hombre para que la acompañase?

Nadie conocía a esos caballos mejor que él.

¡Lydia podría haber preguntado por él para que le aconsejara!

¿Y entonces qué? ¿Que Lydia fuera con Skinny a buscarlo al dique? No sabía por qué, pero no quería que Lydia lo viera con una azada en la mano.

El era un vaquero. No un granjero.

J.D. vio volver la camioneta en la distancia.

La puerta de la casa se abrió, y vio que Lydia y Trey salían al encuentro de Skinny y de otro vaquero.

Se movió para ver mejor.

¿Habían ido a buscar a Cy? ¿Por qué había llamado Trey a Cy? ¿Porque tenía una licenciatura en Agricultura? ¡Si no era ninguna autoridad en caballos!

J.D. se imaginó a Cy diciendo todas esas cosas sacadas de libros que podían impresionar a una mujer como ella.

Bueno, que lo hiciera. ¡Qué más le daba a él! Solo que Cy tenía buen ojo para las mujeres. Haría todo lo posible por impresionar a una mujer como Lydia.

Vio a Cy bordear el coche y subir, luego se dirigió al llano. ¡Iban a pasar por su lado!

¡Y seguramente Cy lo señalaría al pasar!

J.D. bajó la cabeza y atacó las malezas con renovada furia.

La mata se enganchó en el borde de la azada en el momento justo en que la camioneta se estaba acercando. J.D. murmuró furioso entre dientes, luego se agachó y dio un tirón. La mata se desprendió. La orilla también. Y él se cayó al dique.

—Hijo de...! —Se resbaló y se cayó al agua—. ¡Maldita sea!

Una nube de polvo lo cubrió, lo que significaba que la camioneta había pasado.

El hizo un esfuerzo por levantarse. Logró arrimarse a la orilla y se quitó las botas y los calcetines. La camisa estaba seca todavía. Pero sus pantalones, no.

Le habría gustado quitárselos. Pero no lo hizo, porque, con la suerte que tenía, seguramente en ese momento habría vuelto a pasar Cy.

Podía ir hacia la casa, decir que se tenía que marchar a su casa un momento. No tenía que contar toda la historia. Podía irse simplemente. Pero no le haría.

No quería que nadie lo viera con un pantalón chorreando por la colina. No quería que Skinny le mirase sorprendido. No quería que Trey se riera de él. Y sabía que lo haría.

J.D. dejó los calcetines al sol para que se secasen. Menos mal que era un día cálido, porque haría soportable el que pasara la tarde con

los vaqueros mojados.

Pero habría sido más soportable si no hubiera pensado todo el tiempo en Lydia, en el vaquero babeante cada vez que ella sonriera.. - Ella tenía una sonrisa bonita. También tenía ojos bonitos. No había dejado de mirarlo la noche anterior. Le había prestado mucha atención a todo lo que él le había contado.

Pero no quería que estuviera igual con Cy...

Ni que Cy observase sus curvas...

«Deja de pensar en ella!», se dijo.

Dejó el trabajo temprano. La primera vez en años.

Deseaba volver al rancho y cambiarse los vaqueros antes de que llegara Lydia.

Así que Lydia había comprado un caballo...

Y el animal estaría allí cuando él fuera a casa... Pero ella no estaría. No llegaba nunca antes de las seis. Generalmente casi a las siete.

Pero esa noche Lydia lo estaba esperando. Fue corriendo hacia él y le dijo:

—La he comprado ¿La ves? —señaló al caballo, como si él no fuera capaz de ver semejante animal en medio del corral.

J.D. apagó el motor y se irguió.

—Ya veo —se ajustó el vaquero y salió de la camioneta.

—No he podido trabajar por pensar en ella! —dijo Lydia con brillo en los ojos—.

Todo lo que me habías dicho de ella me siguió dando vueltas en la cabeza toda la noche. Y todo el día —admitió—. No pude hacer nada.

«Yo tampoco», habría dicho él.

—Así que decidí que sería mejor ir y echarle otro vistazo. No soy una compradora compulsiva generalmente, si dejamos de lado el rancho. Pero es que no tenía sentido tener un rancho, ganado y no tener un caballo —lo miró como buscando su complicidad.

—Es un buen caballo.

— ¡Quieres... Vienes a verla conmigo?

— ¿Ahora?

— ¿Por qué no? —preguntó ella sorprendida al verlo tan reacio. ¿Le iba a contar la historia de sus pantalones?, se preguntó él.

—De acuerdo. Veamos a esa yegua.

Lydia prácticamente bailaba. Se dirigió al corral. Dancer, puesto que así la llamaría, estaba con las orejas tiesas, con los ojos muy abiertos, examinando lo que la rodeaba.

J.D. miró al caballo. Pero tenía todo el tiempo a Lydia delante de él, moviendo su trasero con aquellos vaqueros ajustados, algo que no le hacía nada bien a él...

Lydia saltó la cerca y Dancer fue hacia ellos al trote. Pero en lugar

de dirigirse a Lydia, se dirigió hacia J.D.

—Es porque me conoce —le explicó J.D. cuando Dancer tocó con el hocico el bolsillo de su camisa.

—Es porque le das golosinas —lo acusó Lydia, sonriendo.

—¡No!

Ella sonrió pícaramente.

—Eres un dulce, J.D. Holt.

No lo era, se dijo él. Era duro como una roca.

— ¿No es adorable? —Lydia no podía dejar de tocar a la yegua.

J.D. asintió.

—Tiene buen aspecto. Pienso que mejorará si se la entrena.

—Eso es lo que ha dicho Cy, que será un buen caballo cuando se la entrene.

—Como si él lo supiera —dijo J.D.

Lydia lo miró.

—Trey me ha dicho que era buen conocedor de caballos. Me dijo que podría ayudarme.

—Yo podría haberte ayudado.

—Bueno, yo le sugerí a Trey que podrías hacerlo, pero me dijo que estabas muy ocupado.

—¡Oh, sí! —exclamó J.D.

No sabía si agradecérselo o no a Trey.

—Vas a ayudarme... con la yegua?

-¿Qué?

—Enseñarme a trabajar con ella. A conectar con ella. Del modo en que lo haces con los caballos —lo miró intensamente.

—¿No puedes encontrar un libro acerca de ello? _dijo J.D., y se arrepintió inmediatamente por ello.

—Bueno, sí, supongo. Si prefieres que no te moleste... O tal vez Cy...

—Te enseñaré.

Los ojos de Lydia se encendieron.

—¿Es fantástico!

Era una locura en realidad, pensó él.

—Has comprado un caballo? —le preguntó Rance, entre sorprendido y divertido.

—Una yegua. Tiene tres años. Un caballo de tu padre compró en primavera, según J.D. Y él dice que será buena si se la entrena.

—Estoy oyendo que J.D. dice muchas cosas...

—Bueno, porque habla mucho.

—¿Sí? —Preguntó Rance, como si fuera una novedad—. ¿Estás seduciendo a mi capataz, Lydia?

Ella sé sintió incómoda. Se rió y dijo:

—No sabría cómo hacerlo.

—¿Te está seduciendo él?

-No.

En realidad le habría gustado que fuera así. Pero él no le rozaba ni un brazo.

Tal vez ni siquiera le gustase ella. Y siguiera deseando quitársela de encima.

Tal vez fuera hora de preguntárselo.

Esa noche, cuando estaban trabajando, se lo preguntó:

-¿J.D.?

- ¿Qué?

—Sigues intentando deshacerte de mí?

—Por qué me preguntas algo así?

—Porque hemos hablado de ello una vez, y tú me dijiste que sí.

—Lo dices como si fuera a echarte a patadas! Ella agitó la cabeza.

—Sabes 1 que quiero decir, ¿verdad? Sé que todavía quieres el rancho. Podría...

Bueno, tal vez podría venderte parte de él...

—¿Parte de él?

Ella asintió con ganas. En realidad parecía buena idea. Podrían estar los dos allí..., pensó ella. No en la misma casa, por supuesto. Ella tendría que construir una casa. O

él. O...

—No.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Qué quieres decir con «no»? Pensé que querías...

—Te he dicho que te compraría el rancho. El rancho entero.

—Podríamos compartir...

—No podemos compartir...

—Pero...

—No, Lydia. No quiero comprar una parte del rancho. Y... —él suspiró—. No voy a intentar quitarte de en medio tampoco. Es tuyo.

—Pero...

—Tuyo, Lydia.

Luego se dio la vuelta y se marchó.

J.D. pensaba a veces que si Lydia hubiera querido buscar una forma de torturarlo no lo habría hecho mejor que como lo hacía sin intención.

¡Compartir el rancho con ella!

Montar a caballo cuando ella quisiera. Enseñarle a trabajar con Dancer cuando ella quisiera... Luego sentarse y verla llevar hombres apropiados a su casa.

¡De ningún manera!

El estaba cortando la maleza nuevamente, moviendo la azada furiosamente. ¡Cómo se le ocurría desear a una mujer que no podía

tener!

Vio a Rance acercarse a él atravesando el campo. Era la primera vez que veía a Rance desde su boda. La primera vez que lo veía desde que había pegado a su padre.

Y aunque ambos podrían haber estado de acuerdo

en teoría en que Trey se lo merecía, J.D. no estaba seguro de cómo se sentiría Rance después de que lo hubiera hecho de verdad.

J.D. se irguió por si Rance decidía devolvérsela.

Skinny parecía haber pensado lo mismo, puesto que se apresuró a acompañarlo, y parecía nervioso.

Rance puso los brazos en jarras y dijo:

—Tenemos quinientos fardos de heno para almacenar, y ochocientas vacas que mover, miles de cercas que supervisar, ¿y tú te dedicas a hacer tartas de barro en un dique?

—No es culpa mía —dijo J.D.

—¿De quién...? —Rance no terminó la oración.

—Pregúntale a tu padre...

—¿Mi padre te tiene jugando en el barro?

—Sí.

Rance se quedó mirando un momento. Luego dijo lentamente:

—Realmente no lo aguantas, ¿verdad?

—El sentimiento es mutuo.

—Evidentemente. Bueno, lo único que puedo decir es que ambos sois estúpidos.

Ninguno de los dos tiene dos dedos de frente. Venga, métete en la camioneta.

Tenemos trabajo.

—Pero, Rance, Trey ha dicho... —empezó a decir Skinny nerviosamente.

—Trey no es quien organiza esto —dijo Rance—. Soy yo quien lo hace. Cuando tuvo el ataque al corazón, fui yo quien lo reemplazó, ¿no te acuerdas? J. .D. no nos hace falta para hacer flanes de arena —dijo firmemente—. Yo hablaré con el viejo —se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la camioneta.

—No me hagas ningún favor! —le gritó J.D.

—No te estoy haciendo ningún favor! A mí me gustaría golpearos la cabeza contra la pared a ambos. Hay mucho trabajo, ¡y vosotros dos, tontos perdidos, en lugar de hacer lo que hay que hacer os estáis haciendo jugarretas el uno al otro!

J.D. cortó una maleza más y luego siguió a Rance a la camioneta.

Nervioso, Skinny lo siguió. Los tres se sentaron en silencio y volvieron a la casa del rancho.

Cuando bajaron de la camioneta, Skinny se atrevió a decir:

—Problemas. Eso es lo que traerá esto. Problemas. Os lo digo...

Rance bajó primero, y luego J.D. Este se quedó de pie al lado de la camioneta. Trey fue hacia ellos atravesando el patio.

Miró a J.D.

—¿Ya te has rajado?

—Papá… —dijo Rance.

—Eso es lo que tú crees… —dijo J.D. Trey agitó la cabeza y dijo:

—No te comprendo.

—Nadie te ha pedido que lo comprendas. Hubo un segundo silencio. Luego Trey explotó:

—¡Realmente eres un cabezón, y un hijo…!

—¡No lo digas! —J.D. estuvo a punto de agarrar a Trey por el cuello de la camisa.

Pero se detuvo a tiempo—. ¡No digas una palabra sobre mi madre, viejo!

Se miraron fijamente. Trey apretó los labios. Hubo un silencio, durante el cual J.D.

pudo escuchar el castañeteo de dientes de Skinny. La respiración de Rance.

Aquello no tenía que ver más que con Trey y él. Trey sonrió forzadamente y dijo:

—Hijo de un macho cabrío…

Skinny soltó la respiración contenida.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Rance. Pero ni Trey ni J.D. contestaron. Ni se movieron Finalmente el viejo Trey desvió la mirada de J.D. luego lo volvió a mirar y dijo: —Tu madre era una buena mujer.

J.D. asintió y dijo: —Sí, lo era.

J.D. quería que fuera Trey quien desviase la mirada primero, pero el viejo no lo hizo.

Siguió mirándolo con sus ojos azules. Como queriendo buscar algo en su mirada.

Como queriendo comprenderlo.

J.D. quería desviar la mirada, para evitar el escrutinio de los ojos del viejo. Pero no iba a hacerlo.

Finalmente fue el viejo quien pestañeó. Suspiró. Parecía cansado, viejo.

—Skinny, llévate esa azada -dijo Trey. Luego se dirigió a J.D. y agregó— Ve a ensillar. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Capítulo Seis

Y así fue como se vio tomando decisiones nuevamente, mandando a los otros a que hicieran trabajos, llevando la voz cantante, actuando como un capataz.

Por supuesto que Trey no dijo jamás que él era el capataz. Trey no habló nada con él, excepto para hacer algún comentario acerca de algún negocio o para decirle lo que había que hacer.

Pero J.D. sabía lo que se esperaba. Skinny dejó sus listas de tareas diarias para para que J.D. estuviera ocupado y molesto. J.D. suponía que tenía que estar contento.

El problema era que cuando pasaran seis meses tendría que marcharse. No podía quedarse.

No obstante serían duros seis meses de ver a Trey, pero más lo sería ver a Lydia.

¿Quién lo hubiera pensado? Lydia y él... Aunque no era más que un deseo suyo. Su padre le había llamado «querer vivir en una tarta de caramelo». Pero él sabía que, al menos para él, las tartas de caramelo eran escasas.

Y en aquella circunstancias, era mejor mudarse que vivir al lado de una tarta de caramelo.

Creía que sería capaz de no tocar a Lydia durante esos seis meses. Pero tenerla allí todas las noches, sonriéndole, hablándole, montando a caballo con él, cocinando para él, no le sería fácil.

—¡Eh! —Rance le interrumpió los pensamientos.

Era un día de sol, con una brisa suave. Estaban cambiando el ganado de sitio.

—Elije y los niños van a venir hoy. Quieren verte.

Sobre todo Josh. ¿Puedes quedarte a cenar? —preguntó Rance.

—¿A cenar? -J.D. dudó.

Le tentaba la idea. Sería agradable ver a Ellie y a los niños otra vez. Y sería una noche menos que pasaría con Lydia. Pero...

—¿En casa de Trey?

—¿Oh! ¡Por el amor de Dios! —exclamó Rance, di- gustado—. ¿Qué diablos os pasa a vosotros dos? Podemos ponerte a ti en una punta de la mesa y a mi padre en la otra.

Es una comida, J.D. No creo que os vayáis a morir por ello. J.D. agitó la cabeza.

—No va a querer que vaya. Y yo no quiero estar allí. No tiene que ver con Elije, ni contigo —vio que Rance iba a protestar, pero siguió hablando, de manera que Rance no pudo hacerlo—: Deja las cosas como están, Rance. No las fuerces. No servirá. Para ninguno de los dos.

—¿Por qué? ¿Qué diablos ha pasado? Elije y yo nos casamos, Sandra y él se llevan a los niños a California. Todo está bien, o al menos todo lo bien que estaba entre tú y Trey, y al día siguiente, él vuelve y lo encontramos tirado en el suelo y a ti en la cárcel

—Rance miró a J.D. como buscando respuestas. J.D. agitó la cabeza.

—Nunca nos hemos llevado bien. Lo sabes...

—Habéis reñido. Habéis discutido. Pero os lleváis bien —lo contradijo Rance—. El te respeta.

J.D. resopló.

—Sí, te respeta —insistió Rance.

Pero J.D. no se convencía de ello. Y aunque fuera cierto, en parte, Trey no lo respetaría si se enterase de la verdadera razón de que no hubiera leído la carta, pensó J.D.

—Dile a todos que os veré antes de que os vayáis a casa, pero no puedo ir a cenar. Lo siento. Tengo cosas que hacer. Estoy enseñando a Lydia a trabajar con el caballo.

—Iremos a veros.

—¡No!

—¿Por qué no? Josh ha estado diciendo que quiere mostrarte lo que ha conseguido con Spirit. Podemos matar dos pájaros de un tiro. El domingo, ¿te parece?

—Lydia no querrá...

—Sí, que querrá. Estará encantada. Adora a los niños. Hablaré con Lydia.

Justamente eso era lo que temía J.D.

Lydia estaba ansiosa.

Por primera vez, un domingo estaba despierta antes de que los primos LeRoy, los vecinos de al lado, empezaran a hacer ruido. Desde que se había mudado allí la despertaban.

El problema de despertarse tan temprano ahora, era que debía refrenarse de ir al rancho en cuanto se levantase.

Se las arregló para estar ocupada casi hasta mediodía con la colada, la limpieza de la casa, con el pago de facturas y haciendo tartas de frambuesa y bollos de chocolate, su contribución a la comida, le había dicho a Rance.

Pero al final, no pudo esperar más. Después de todo, era su rancho, se dijo. ¿Por qué iba a estar apartada de él? Cerró su apartamento y bajó a su coche.

Un silbido desde el garaje de Roy le hizo dar vuelta la cabeza. Sharky, una versión rubia de Roy, la estaba mirando. Cuando ella miró, el individuo sonrió con picardía y alzó su linterna a modo de saludo.

—Eh, cariño ¿Nos has traído el postre? —comentó. Otro primo,

mayor, pero no por eso más inteligente, se dio la vuelta y la miró de arriba abajo también. Cuando terminó de examinarla, dijo en voz alta:

—Ella es el postre, cabeza de chorlito.

Luego se sonrieron y le sonrieron a ella. Lydia puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

Luego les dirigió un saludo con la mano y se agachó para poner la tarta y los bollos en el coche.

Sabía que probablemente estarían formándose una opinión sobre la parte de atrás de su cuerpo.

Si preguntó si J.D. lo habría hecho alguna vez, Se sentía incómoda al pensarlo, pero si era sincera, ella sí lo había hecho con el trasero de él.

Y había sido muy bonito, y ella se había encontrado preguntándose, como lo había hecho de adolescente, cómo sería desnudo.

¡Aunque no era algo que debiera pensar aquel día, en que debía concentrar su atención en Ellie y los niños

El aire de otoño se había levantado aquella mañana. Lydia condujo con las ventanillas bajadas, y la brisa le despeinó el pelo que se había recogido en un moño.

Hacía tan frecuentemente aquel viaje, que sentía que lo podía hacer con los ojos cerrados.

Pero daba igual cuántas veces lo hiciera, el paisaje con las montañas nevadas y el bosque de pinos nunca perdía su atractivo.

Pero la vista que la recibió cuando llegó le resultó más atractiva todavía.

J.D. estaba poniendo la puerta del establo, con el pecho desnudo, los vaqueros caídos en la cadera, subido a una escalera.

Lydia retiró el pie del acelerador y dejó que el coche se dirigiera a la casa del rancho, tomándose todo el tiempo que pudo, para mirar.

Si J.D. oyó su coche, no pareció inmutarse. No se dio la vuelta. Siguió concentrado en su trabajo.

Lydia observó a J.D., sus músculos pectorales, sus piernas, el sudor que lo cubría, el pelo negro que rozaba su cuello.

Tenía un cuello hermoso. Lydia se preguntó cómo sería besarlo en ese lugar. Y silbó internamente, como lo había hecho Sharky. se había opuesto a las decisiones de su padre acerca de la universidad a la que iba a asistir, y acerca de lo que quería hacer con su vida. J.D. lo había animado. Y no obstante, a la larga, Rance había terminado haciendo la mayoría de las cosas que había querido su padre y mucho mejor que si Trey hubiera estado dirigiéndolo. El las había hecho según su criterio. Ahora J.D. lo envidiaba. Por haber tenido éxito en la vida siguiendo su camino. Y por Ellie A J.D. le gustaba Ellie. Era la esposa ideal para Rance. Una mujer que lo amaba por él mismo, no por su dinero, ni por

el poder o su posición en la vida.

Ellie amaba a Rance. Siempre lo había amado. J.D. lo había notado en su expresión en cuanto la había visto.

Y tenía unos niños estupendos.

En el banquete de la boda, Carne, la hija más pequeña, que acababa de cumplir cinco años, había seguido a J.D. a todas partes. Sus hermanos también lo habían estado rondando. El había estado haciendo cálculos matemáticos con Caleb y había estado observando un nido de ratones de campo con Daniel.

Pero con el que J.D. se había sentido más a gusto, había sido con Josh, el mayor, el hijo que Rance no había sabido que había tenido, que se tomaba la vida tan en serio como J.D. Era rápido, fuerte y profundamente leal. Un niño que se había ganado el corazón de J.D.

Y el corazón de Trey también. Después de haber visto a Josh, Trey había removido cielo y tierra para que Rance y Ellie estuvieran juntos. Y casi había estropeado la historia, metiendo la nariz en donde no lo habían llamado.

Josh no lo tendría fácil siendo el heredero.

La primera vez que lo había visto J.D., nadie había dicho que el niño era de Rance.

Entonces había sido Josh O'Connor, el hijo de Ellie y de su fallecido esposo Spike.

Trey lo había llevado a casa de visita, para mostrarle unos caballos.

Al menos esa había sido la historia oficial.

Había estado claro que pasaba algo más desde el mismo momento en que Josh se había bajado de la camioneta de Trey.

—Mira ¿Qué te parece? —le había dicho a J.D., orgulloso, Trey.

Más tarde le había dicho lleno de orgullo:

_Josh va a ser un experto en caballos. Tiene buena mano con ellos.

—¿Sí? —había preguntado J.D., dudándolo.

Pero Trey no se equivocaba en materia de vaqueros.

Josh era bueno con los caballos. Era tranquilo, firme, y tenía las cosas muy claras.

Nunca hacía alarde de lo -que sabía, como Cy Burgess.

Josh y J.D. se habían llevado bien desde el principio. J.D. le había enseñado a Josh lo que él sabía.

Cada tanto, mientras miraba lo que hacía J.D., el niño decía: <Mi papá dijo...», o «Mi papá lo hizo de este modo...».

Y J.D. sabía que no se refería a Rance.

Se refería a Spike, el marido de Ellie, que había muerto.

J.D. comprendía. El sabía que, para empezar, a Josh ni siquiera le había gustado Rance. Estaba resentido con Rance. No había querido que su madre se casara con él.

Eso había cambiado al parecer.

Rance había dicho que ahora las cosas iban bien entre ellos. Que Josh y él habían hecho las paces.

J.D. se alegraba, por ambos. Y quería verlo por sí mismo.

Era una pena que Lydia estuviera allí durante la visita de Ellie, Rance y los niños.

Porque eso le daría malas ideas. Le haría desear cosas que no podían ser.

Había intentado nuevamente borrársela de la cabeza la noche antes, después de que Lydia se hubiera marchado, yendo de «caza», como le habría llamado su madre.

Claudia no le había resuelto el problema. Pero conocía a Claudia. Lo volvería a intentar. Así que había parado en la Taberna de Murray.

Los sábados por la noche la taberna estaba llena de vaqueros queriendo gastarse su jornal, y de mujeres que querían hacérselo gastar.

No le había llevado demasiado tiempo encontrar una. Se llamaba Jolie, y era de Billings, estaba deseosa de conocer a un vaquero de verdad y de pasárselo bien.

J.D. pensó que podía solucionar su problema. Se quitaría a Lydia de la cabeza rápidamente. Sonrió a Jolie y le habló lentamente, a la manera de un vaquero.

Pero Jolie no parecía interesada en su sonrisa ni en su forma de hablar. Lo besó antes de que fuera capaz de pronunciar una oración.

El la miró asombrado. ¡Lydia jamás hubiera hecho algo así!

Pero tenía que dejar de pensar en Lydia, ¡por el amor de Dios!

Después de beberse dos cervezas y un tequila, la llevó a bailar. Pero Jolie no era muy buena bailarina. No tenía ni la mitad de la gracia de Lydia.

« ¡Olvídate de Lydia! », se volvió a decir.

Lo intentó. Finalmente hubo un baile lento, y estrechó Jolie en sus brazos.

—Ah! —exclamó ella, y rodeó su cuello con sus brazos.

Ella apretó más.

Segundos más tarde, Jolie deslizó la mano por la espalda de J.D. y siguió hasta su trasero.

—¡Guau! —él se detuvo y la miró. Ella se rió.

—¿Eres un vaquero tímido? —le preguntó, apretando el trasero de J.D.

El respiró profundamente. Su cuerpo respondió de la forma esperada. Pero su cabeza, sorprendentemente, no lo hizo así.

—Lo siento, señorita. Tiene que disculparme. Tengo que hablar con... un hombre acerca de un caballo. Yo... Acabo de ver a alguien que conozco.

—¿Señorita? —preguntó ella—. ¿Señorita? Pero J.D. no se molestó en corregirla. No se molestó siquiera en pensar. Se marchó de inmediato.

Una vez que estuvo en la camioneta, intentó comprender lo que pasaba.

El había querido estar con una mujer. ¡Maldita sea! Era por eso por lo que había ido al pueblo aquella noche, ¿no?

Sí, pero no había querido una mujer tan dispuesta y deseosa que se echara encima de él en medio de la pista de baile. No. Jamás había querido una mujer así. ¿Nunca?

La verdad era que, si hubiera sido Lydia quien le tocase el trasero, no le habría importado.

Pero no había ninguna posibilidad de ello, pensó el sábado por la tarde.

Después de que llegasen Elije, Rance y los niños, la casa se había convertido en una casa de locos.

Afortunadamente habían llegado poco después de que hubiera llegado Lydia.

Porque la noche anterior había llegado a una conclusión: no podría pasar demasiado tiempo con Lydia sin que pasara algo que él no quería que pasara.

El era un hombre muy masculino, saludable y con sangre en las venas. Y hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. El deseaba una mujer. No, se corrigió, la deseaba a ella.

No sabía qué quería Lydia. Pero él sabía que no sería la conquista de una sola rioche.

Ni siquiera pensaba que sería una aventura. El solía pensar que era una mujer profesional. Ahora pensaba que tal vez quisiera ser esposa.

Algún día él querría una esposa. Pero no sería Lydia. No podía imaginarse a Lydia con un esposo analfabeto. El se sentía mal consigo mismo, y no quería que ella se sintiera incómoda por él.

Bueno, él no la haría sentirse incómoda. Ella no lo sabría nunca.

Si hubiera podido elegir su vida, habría elegido todos los días de su vida como aquel.

Si alguna vez hubiera tenido que planear la tarde de sus sueños, aunque a muchos les pareciera aburrido, habría sido como aquella.

Al poco rato de llegar Lydia, habían aparecido Rance, Ellie, los mellizos y Carrie.

Josh, que iba montando a Spirit, no llegó hasta más tarde. Cuando llegase, dijo Rance, podían ir a ver a los caballos.

Mientras tanto él y los mellizos echarían una mano a J.D. en los establos. Era un día cálido, soleado y con un cielo claro. No hacía demasiado calor. Era un paraíso, pensó J.D. Los cuatro trabajaron amenamente. Los niños pequeños estaban deseosos de ayudar, y

sorprendentemente fueron capaces de ayudar bastante. Claramente adoraban a su nuevo padre.

Y cuando Josh fue capaz de hacer que Spirit hiciera sus ejercicios, pidió a J.D. su opinión, pero sin embargo buscaba la aprobación de Rance.

—Es bueno, ¿verdad? —le dijo Rance a J.D. más tarde.

—Sí —asintió J.D. — Y tú también.

—Qué? —Rance lo miró, perplejo—. ¿Te refieres como jinete?

J.D. agitó la cabeza y dijo: —Como padre.

Rance sonrió.

—Gracias. Lo intento. No es fácil. Cada día comprendo más a mi padre.

—Dios no lo permita—murmuró J.D. Después de una media hora, aparecieron Lydia con Ellie y Carne, con limonada para los niños y cerveza para los hombres. J.D.

aceptó la cerveza de buen grado, e intentó no dedicar más de una mirada a Lydia mientras la aceptaba.

—Gracias —dijo. El había pensado que Lydia entraría nuevamente en la casa. Pero no lo hizo. Se quedaron para observar y supervisar.

—Los hombres no saben qué hacer hasta que se lo dicen las mujeres —dijo Ellie, alegremente, mientras ponía la mesa de picnic en el patio—. ¿No es verdad?

—sonrió a su marido.

— ¿No hago siempre lo que me dices que haga? —preguntó Rance con un tono jocoso. Y se miraron con ternura. J.D. miró a Lydia para ver si ella se había dado cuenta de aquella mirada entre Rance y Ellie.

Por el color rosado de sus mejillas, suponía que sí, lo había notado.

La corriente que parecía haber entre ellos los acompañó todo el día. Pero había sido más que eso aquel día. Había sido un día en familia. Un día de diversión. Un día feliz. Exactamente el tipo de día con el que había soñado muchas veces él.

Un día con la familia, con niños, con un sentimiento de relación entre todos.

Su madre había muerto cuando él era adolescente. Su padre no había sido muy sociable. Se había sentido, al igual que él, más cómodo con los caballos que con la gente. Pero eso no quería decir que a J.D. no le gustase estar con gente.

Y nunca lo había pasado mejor que aquella tarde con Rance y su familia, y con Lydia.

Lydia parecía encajar perfectamente con ellos. Por supuesto. Era la socia de Rance.

Era él quien estaba fuera de su ambiente. Pero no, no era verdad.

—Estáis bien juntos —dijo Ellie, observando a Lydia mostrar su yegua a Rance.

J.D. se sorprendió. —¿Qué? ¡Oh! ¿Te refieres a que están bien juntos? ¿Lydia y Dancer? —Eso también —dijo Elije—. Pero me he referido a Lydia y a ti.

J.D. miró a Elije. Luego agitó la cabeza y dijo: —No seas tonta.

Elije no se ofendió.

—No es una estupidez. Se la ve viva aquí. Mucho más viva de lo que la he visto nunca. Este sitio le sienta bien. Y tú le sientas bien.

—Yo no tengo nada que ver con ello. Ellie se rió. -No seas tonto tú. Ella está bien para ti también. El desvió la mirada.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que espero que te comportes honorablemente con ella, por supuesto.

—¡No me acuesto con ella!

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo? —nada más decir las palabras, se arrepintió de ello.

Elije se rió. —Tienes demasiada hambre. Estás demasiado nervioso. Y te la comes con los ojos.

J.D. pensó que iba a explotar. —Así que espero que tú consigas lo que quieres, y que ella también -dijo Ellie.

— ¡Ella no quiere nada! No hay nada... ¡No estamos...! —Balbuceó J.D.—. Me marcho, ya lo sabes...

Ellie le tocó la mano.

—Siento lo que ha pasado con el rancho, J.D.

—Yo también -dijo él.

—Pero eso no quiere decir que tengas que marcharte. Tal vez si habláis...

—No. Me voy a marchar.

—Qué vas a hacer? ¿Adónde vas a ir? —Encontraré un lugar —sonrió débilmente—.

Sobreviviré. No te preocupes por mí, Ellie.

—Alguien se tiene que preocupar por ti.

Él la miró, sorprendido. Ellie le sonrió y le tocó la mano.

-Tú nos importas J.D., a Raice. A los niños. A Trey. El resopló.

—A Lydia.

—No sigas —J.D. se bajó de la cerca, incapaz de continuar aquella conversación—.

Déjalo. ¡Los pies abajo! —Gritó a Lydia, que estaba pasando con la yegua—. ¡Mantén los pies abajo!

Durante la comida se sentaron separados, pero uno frente a otro. Elije lo había arreglado para que fuera así.

Y se habían estado mirando cada poco tiempo, del mismo modo en que su madre y su padre se habían mirado durante su matrimonio.

Ellie se las ingenió para que Lydia y J.D. fueran a jugar con los

niños mientras ellos lavaban los platos.

—No nos importa —había dicho ella—. Nos gusta lavar los platos —y había mirado a Rance para que a este no se le ocurriese decir lo contrario.

J.D. se sintió envuelto en esta nube de sentimiento familiar, y finalmente se dio cuenta de que sería nadar contra corriente luchar contra él.

Sabía que no era real. Pero lo sentía como si lo fuera.

Lydia y él haciendo cosas juntos. Riendo. Conversando. Jugando con los niños.

Hasta Josh lo había notado. Mientras Lydia estaba leyendo debajo de un árbol con los otros tres, Josh había aparecido detrás de J.D. y había dicho:

—¿Vosotros os vais a casar, también?

J.D. se había dado la vuelta y había exclamado-¿Qué?

—La estás mirando —dijo Josh.

—Mirar no es casarse.

—Rance solía mirar a mi madre de ese modo -Josh había mirado hacia la cocina, donde estaban sus padres. —No es lo mismo —había dicho J.D. con firmeza. Cambió de tema—: ¿Va todo bien? ¿Me refiero a Rance y a ti?

Josh asintió.

—Sí... Rance está bien...

—Es un buen hombre, Rance —dijo J.D. Y repitió lo mismo que le había dicho a Rance—: Un buen padre.

—Sí, supongo que sí.

Eran afortunados, pensó J.D. Toda la familia era afortunada de tenerse los unos a los otros. Desvió la mirada hacia Lydia. Estaba jugando con los mellizos, riéndose de algo que había dicho Caleb, apretando afectuosamente el hombro de Daniel.. Ella sería una buena madre.

A él le hubiera gustado...

¡Debía dejar de soñar!, se dijo. —¡J.D! j.D.! —Carne salió gritando de la casa—. ¡Ven!

¡Quiero mostrarte algo!

—¿Qué? —la niña le tomó la mano y tiró de él hacia la sombra del árbol.

—Siéntate —le ordenó.

Cuando J.D. se sentó, la niña se le sentó en el regazo, tomó uno de los libros que habían estado leyendo.

J.D. sintió pánico.

—No tengo tiempo ahora, Carne. Quizás Josh pueda leértelo —empezó a levantarse.

Pero Carne agitó la cabeza furiosamente.

—No necesito que Josh me lo lea. Eso es lo que quería mostrarte.

—¿Mostrarme qué?

—Que sé leer. Rance me ha enseñado. Yo voy a leer.

El día había sido perfecto para Lydia. Por una vez el día había sido como ella lo había soñado. J.D. y ella habían sido una pareja, que jugaba junta, que trabajaba junta, que disfrutaba de la familia junta. Ella lo había visto en su salsa. Con los caballos. Era buen profesor y entrenador. Era una buena influencia para los niños, tan paciente, tanto cuando hablaba con Josh como cuando jugaba con los mellizos o escuchaba leer a Carne. Con ella.

Y de pronto había desaparecido. Y se había marchado a los establos. Estaban con visitas y se había marchado a trabajar con los tablones.

Había vuelto para decir adiós a Rance, a Ellie y a los niños.

Cuando Josh le había preguntado si lo ayuda con Spirit otra vez, él le había dicho que sí. Pero se había distanciado de ella completamente.

Se había marchado y había tomado lo que quedaba de tarta de frambuesa en cuanto habían estado solos.

—Llévate esto —le había dicho.

Ella había agitado la cabeza y había dicho:

—Quédate

—No me gusta la tarta de frambuesa —le había contestado él.

¡Quien lo hubiera dicho! ¡Si había comido dos trozos en la cena!

—Voy a limpiar...

—Lo haré yo —dijo él—. Déjalo... Ella se dio por vencida. Aunque no comprendía lo que había pasado.

—¿Te veré mañana por la noche? —le dijo ella. El no contestó.

Lydia se pasó todo el viaje de regreso al pueblo preguntándose qué le ocurriría.

Cuando estaba llegando a su calle vio un resplandor. Al acercarse más se dio cuenta de que aquella noche no podría dormir en su cama. El fuego se había alzado en su edificio. Y los bomberos estaban intentando salvar lo que quedaba de él.

El taller de Roy se había quemado completamente.

Capítulo Siete

Le estaba bien empleado por soñar. Por desear que su vida fuera todos los días así, se dijo J.D., echado en la cama, mirando la oscuridad.

Eso le pasaba por permitirse soñar con una esposa como Lydia, con un hogar y unos niños.

¡Una niña de cinco años podía leer mejor que él! ¿Cómo se le ocurría, con una mujer que era abogada? ¡Por el amor de Dios! Cuando él no podía leer siquiera la etiqueta de la lata de sopa...

Un resplandor de faros entró por la ventana, y por un momento interrumpió la oscuridad de la habitación. Luego volvió a desaparecer.

¡Lo que le faltaba! ¡Que se le ocurriese ir a Gus aquella noche! Porque no podía ser otra persona sino Gus.

Pero no era Gus.

J.D. empezó a sospechar que los ruidos en la casa no provenían de su hermano. Tal vez le había dado el indicio el que la luz de la cocina no se encendiera inmediatamente. O se hubiera dado cuenta cuando notó que el intruso intentaba no hacer ruido...

Finalmente un suspiro femenino rompió el silencio cuando se cayó algo.

J.D. se puso los vaqueros y salió de la habitación. En la oscuridad de la cocina vio a una persona sola. Una mujer. Era una silueta conocida.

—¿Lydia? —preguntó él, rompiendo el silencio. Lydia se sobresaltó.

El encendió la luz y avanzó hacia ella.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Entonces se dio cuenta de que ella estaba blanca como la cera, con el pelo despeinado y un olor extraño en la ropa.

—¿Qué estás haciendo? —repitió más gentilmente aquella vez.

—Fuego —suspiró ella.

Y él notó que estaba temblando. De pie, temblando como una hoja.

El se acercó a ella. Tocó su brazo. Llevaba una chaqueta, pero a través de la tela, sentía frío.

—¿Qué fuego?

—Fui a casa... —dijo ella con dificultad. Tragó saliva, luego continuó—. El taller de Roy se quemó entero. Mi apartamento... el edificio... ha desaparecido todo...

—¿Desaparecido?

—Todo. Lo mío, quiero decir. Lo destruyó el fuego, o el agua. Ha desaparecido... —

dijo ella, como si necesitase repetir esa palabra—. Lo siento... No

sabía dónde ir.

Mucha gente me ofreció su casa, Kristen, Jim, Bette. Pero… —agitó la cabeza—. No podía… No quería estar allí. Quería estar… aquí —su voz tembló con la última palabra. Parecía horrorizada.

J.D. también estaba horrorizado. Entonces se dijo «Al diablo con todo», y la tomó en sus brazos.

Nunca habían estado tan cerca. Era peligroso para el cuerpo de él y para su salud mental.

Pero no le importaba.

No podía no tocarla. El tacto era importante. Eso le había dicho en un momento dado cuando ella estaba con Dancer.

—Los caballos aprenden que pueden confiar en ti cuando los tocas y ven que no les haces daño. Yo les hablo con mis manos —le había dicho.

Y ahora hacía lo mismo con Lydia. Sus manos la abrazaban, con seguridad. Apoyó su mejilla en la cabeza de Lydia y giró la cara hacia ella, de manera que sus labios tocaron el pelo de ella. Sentía el cuerpo de Lydia temblando, oía su respiración agitada. Contra su pecho desnudo él sintió el latido rápido de su corazón.

El latido del corazón de Lydia bombeaba al ritmo del de él. Ella tenía las manos apretadas contra los laterales de J.D. De pronto J.D. notó que las abría y las aprtaba contra su espalda, abrazándolo. -

El le acarició la espalda, le besó el pelo. .

—Está bien que hayas venido —susurró él—. Has hecho bien. ¡Shh! ¡Eh! Yo estoy aquí. Tranquila. Todo irá bien…

Era una tontería. Nada iría bien con aquello. Pero no le importaba.

La oyó tragar. La sintió temblar. Y luego oyó los silenciosos sollozos que hacían estremecer su cuerpo femenino, y sintió las lágrimas de Lydia, calientes contra su cuello.

—Lo siento —dijo ella con voz trémula. Agitó la cabeza y con el movimiento rozó la mejilla de J.D. con su pelo—. No quería hacer esto… No tenía intención…

El la creía. Sabía que habría odiado su debilidad.

—Está bien —le dijo J.D. — Bien —la acunó. Intentó tranquilizarla.

La deseaba, aun en aquella situación tan poco apropiada. Cerró los ojos. A ella no le hacía falta aquello.

De pronto los puños de Lydia se volvieron a cerrar, como si se negara a seguir escarbando en la espalda de él.

Luego, como si la lucha fuera demasiado dura, los volvió a relajar.

Y J.D. la abrazó, la amó… ¿Cuánto duraría aquello?

Luego Lydia dejó escapar un suspiro y dejó caer las manos, pero siguió apretada contra él, con la cabeza agachada, la frente apoyada en su pecho, mientras él murmuraba, la acariciaba, la tranquilizaba.

El intentó grabar aquel momento en su memoria.

Sabía que sería uno de los más importantes de su vida, junto con la primera vez que había besado a una chica, o la última conversación que había podido tener con su madre antes de morir.

Finalmente, con un suspiro tembloroso, Lydia se apartó y lo miró. Sonrió.

—Gracias —le dijo—. No tenía la intención de derrumbarme encima de ti.

—No lo has hecho —él quería seguir abrazándola, pero bajó los brazos también—.

¡Eh! No hay problema. Siempre estoy dispuesto a ofrecer mi hombro a una mujer bonita.

Lydia puso un gesto de confusión.

—¡Oh, sí! ¡Realmente muy hermosa! —dijo Lydia irónicamente. Agitó la cabeza—. Ni por asomo...

El no iba a discutir con ella. Lydia era abogada. No ganaría.

Pero para él era más que guapa. Era hermosa... estuviera haciendo lo que estuviera haciendo: montando a caballo, sentada a la mesa, o fuera en el campo, observando a una vaca dar de comer a su ternero.

Y se alegraba de que al menos por un momento ella hubiera perdido el control, aunque solo fuera debido a un incendio...

—Debería irme —dijo ella. Y empezó a dirigirse a la puerta.

—¿Irte? ¿Dónde? Acabas de decir que tu casa se ha incendiado...

—Lo sé. Pero... no puedo quedarme aquí. No he pensado en nada cuando he venido.

Simplemente he reaccionado de forma automática, supongo. Vine adonde he estado viniendo últimamente —se rió forzadamente.

—Está bien que hayas venido aquí. Esta es tu casa —le dijo J.D.

—Pero no puedo quedarme. Tú vives aquí.

—Me iré.

—No! No —la segunda negativa fue menos firme.

Lo miró y agregó—: No voy a echarte. Ya te he causado bastantes problemas.

—Yo me he causado los problemas. No tiene nada que ver contigo.
—Pero tú no quieres que yo esté aquí.

—Por supuesto que sí —mintió él.

—No, no es así. Esta noche no veías la hora de deshacerte de mí. Me estabas llevando hacia la puerta prácticamente.

— ¡No!

—Querías deshacerte de mí!

— ¡Porque no puedo frenar el impulso de tocarte!

— ¿Qué? —ella lo miró con la boca abierta.

El se dio la vuelta y se apartó.

—Olvídalo. No tiene importancia. Puedo mudarme al almacén de

Trey.

—No —ella dijo otra vez—. ¡No lo hagas! ¡Quédate! ¿Lo has dicho en serio.., lo de antes?

—Déjalo, Lydia —dijo él. No le diría que sí por nada del mundo.

Ella estaba de pie detrás de él. J.D. sentía su respiración en la espalda. Lo tocó con un dedo. Y lo deslizó a lo largo de su espalda.

—¿J.D.? ¿Lo has dicho de verdad?

—Sí —dijo él, furioso.

—Bueno, entonces...

Las palabras de Lydia parecían una invitación... Pero si él respondía, sabía que sería su perdición. Ella le acarició la espalda una vez más. El se apartó de ella y se alejó.

— ¡No voy a acostarme contigo!

—Pero...

—¡ No! —él no quería mirar aquellos ojos de confusión, como de niña abandonada.

No se atrevía.

Tenía que poner todos sus sentidos en aquella situación para no meterse en un lío más grande.

—Mira, Lydia. Puedes quedarte aquí. Deberías quedarte aquí. Este es tu lugar. ¡Pero no conmigo! ¡Y ni mucho menos durmiendo conmigo!

—Te quiero —dijo Lydia. «Oh, Dios!», pensó él.

—No me amas

—Sí. ¡Te he amado desde siempre!

—Qué? —él agitó la cabeza. Aquello era una pesadilla.

—Te amo desde que te vi montando a un caballo manchado, cuando tenías quince años —dijo Lydia con certeza. Tragó saliva y luego continuó—: Te he amado desde entonces.

—No —dijo J.D. con la misma certeza que ella—. Eso no es amor. Eso es... una cosa de una niña adolescente. Es una locura...

—Es posible. Pero ha durado.

—Bueno, tiene que parar.

—¿Por qué? Tú has dicho que... no podías dejar de tocarme -dijo ella.

—Eso es una tontería de adolescente. Yo ya no soy un adolescente. Aunque por el modo en que me he comportado puedas dudarlo —se pasó la mano por el pelo—.

Mira, Lydia. Lo siento. No debí decir... lo que he dicho. Solo es que... Los hombres se ponen así —terminó diciendo.

—Me estás diciendo que son las hormonas? ¿Que es lascivia? ¿Que podría ser cualquier mujer?

—No! ¡Sí! No lo sé. No, tú... no podrías ser cualquier mujer.

Ella le sonrió..

—¡Basta!

—¿Basta por qué?

—Basta de sonreír

—¿Por qué?

—¡No quiero que sonrías! ¡No hay por qué sonreír!

—Claro que sí. No soy cualquier mujer -ella siguió sonriendo. Incluso parecía sonreír más. Parecía feliz.

—¡Diablos! ¡Me voy a marchar!

Lydia le sujetó el brazo cuando él empezó a moverse. Tiró de él hacia ella, como él había hecho la primera noche que ella había ido al rancho. Como habían estado hacía un momento, cara a cara, pies con pies, nariz con nariz...

-No te vayas, J.D.

El no se movió. Miró sus ojos verdes y profundos. Sintió un deseo tan intenso que podía haberse muerto allí mismo.

El deseaba besar sus labios, devorarlos, quitarle la ropa, amarla. El quería ser parte de ella, y hacerla parte de él.

¿Y qué pasaría cuando terminase todo? No había futuro posible para ellos.

—No te marches.

El se estremeció. Bajó la cabeza y suspiró.

—No te marches —insistió ella.

—No me iré. Pero no voy a dormir contigo. Ella lo miró y dijo:

-Gracias —luego se inclinó y lo besó. El gimió. —Te amo, J.D. El cerró los ojos.

—No me amas.

-Sí.

No podía ser que lo amase. No lo amaba, pensó él.

Ella no se arrepentía. Había pensado que lo haría, pero no. El no había dicho que la amaba, pero era increíble que la deseara...

Aunque el hecho de que no pudiera mantener sus manos fuera de ella no era cierto.

En realidad podía perfectamente.

La había llevado a la habitación más pequeña al fondo de la casa y habían hecho una cama pequeña juntos.

Era la habitación que había compartido con Gus de pequeños. No habían cambiado nada, a juzgar por los pósters de béisbol en las paredes, y de las fotos de los rodeos.

—Limpiaré la habitación y quitaré estas cosas mañana —le dijo él.

—Oh! ¡No te preocupes! Es curiosa. No me importa.

—A mí sí —contestó él.

Ella sonrió. Su apartamento se había quemado esa noche y sin embargo ella no dejaba de sonreír.

Lydia lo ayudó a hacer la cama y luego aceptó unos huevos con

beicon que le ofreció él.

—Me gustaría tomar una ducha —dijo ella.

—Claro... —le dio una toalla—. Voy a ir friendo el beicon.

Ella lo observó marcharse apurado.

—Te amo —le dijo por tercera vez. No sabía si la había oído.

Ella no lo había dicho en serio, se dijo él. Lo que ocurría era que estaba bajo los efectos de un shock. Había perdido la casa aquella noche. No sabía lo que decía.

¡Dios santo! ¡No podía ser verdad! Se puso a preparar la cena.

Por encima del ruido de la ducha la oyó decir:

—¿J.D.? ¿Puedes dejarme una camisa?

—¿Una camisa?

El se dio la vuelta y la vio en el vestíbulo con su albornoz. Se le hizo un nudo en la garganta al ver sus piernas desnudas.

—Necesito ponerme algo para dormir. No tengo ropa.

—Iré a buscar una camisa. Ve al cuarto de baño, que te la llevaré allí.

Le llevó una camiseta y una camisa de manga larga. No la usaba desde la boda de Rance. Golpeó la puerta y le dio las prendas cuando ella abrió.

—Gracias. Mmm... ¿No tendrás...? ¿Un par de... calzoncillos?

¿Su ropa interior?, pensó él, sorprendido. El asintió, confuso.

Le llevó unos calzoncillos azules muy sencillos.

Era la primera vez que una mujer le pedía ropa interior...

Intentó no imaginar a Lydia poniéndoselos, y volvió a la cocina. Después salió fuera para ver cómo estaba la noche. Y respiró profundamente. No le sirvió de nada.

Sobre todo porque cuando entró se la encontró con la camisa arremangada, los botones de arriba abiertos, y el borde de sus calzoncillos sobresaliendo por debajo de la camisa.

—Mañana iré a Billingas o a Great Falls o a algún otro sitio a comprarme ropa.

Echaré lo que tengo a la lavadora, si no te importa.

El apenas podía hablar. Solo asintió con la cabeza.

—Gracias —dijo ella.

Lydia llevó su ropa con olor a humo al lavadero que había junto a la cocina.

—¿Tienes algo para que te ponga en la lavadora? —le preguntó ella.

—No, no. Gracias.

El la veía desde donde estaba. De pronto Lydia se levantó para colocar mejor la ropa, la camisa se le subió y se vio su trasero con sus calzoncillos.

¿Lo estaba haciendo a propósito? ¿Quería tentarlo? J.D. cerró los

ojos. Volvió a salir.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lydia, asomándose por la puerta.

—Abriendo para que se vaya el olor a humo de la cocina. Ve a comer los huevos. He frito bastante beicon. Sírvete. —Eres muy amable.

El se rió.

—Sí, así soy yo. Muy amable.

—Bueno, sí lo eres —dijo ella—. Es por eso por lo que te quier...

—No lo digas

Ella no lo dijo. Pero lo miró con pena.

—Ve a comer. Va a ser hora de levantarse de aquí a dos horas.

El no se sentó con ella mientras comía. No quería estar cerca de ella. Volvió a su habitación y estiró las piernas en la cama. Apagó la luz, pero no se quitó el vaquero.

Tenía miedo de que a Lydia se le ocurriese ir por allí, dado el modo en que estaba.

¿Yeso sería malo?, se preguntó. Era un tonto por no aceptar lo que le ofrecían, pero no podía hacerlo.

Lydia apagó la luz de la cocina y atravesó el vestíbulo. Cuando pasó por la puerta de la habitación de J.D., la abrió un momento y dijo: —Buenas noches, J. D.

El no contestó. Se hizo el dormido.

—Te veré por la mañana —susurró ella. Empezó a cerrar la puerta y luego añadió—:

¿Sabes? A veces a mí también me cuesta no ponerte las manos encima.

Era una suerte que fuera casi la hora de empezar a trabajar. Así tendría la cabeza ocupada.

Afortunadamente estuvo ocupado todo el tiempo con el ganado. Trabajaba en las tierras de Trey desde el amanecer hasta la noche, y aquel día se quedaría hasta que fueran los camiones.

Le había resultado difícil estar con Lydia todas las noches, pero tenerla viviendo allí todo el tiempo era una agonía.

No era solo su presencia. Sino que se encontraba con su champú en la ducha, su cepillo del pelo en el lavabo... Sus medias colgadas del grifo de la ducha.

—Espero que no te importe —había dicho ella—. No sé qué hacer con ellas.

«Estrangúlame con ellas», le habría dicho. Aquellas medias lo torturaban, con las fantasías que le despertaban. Y cuando abría un cajón, y se encontraba con el calzoncillo que había usado ella... —Buenos días -dijo Lydia y le sonrió.

Era lo que su madre había hecho siempre, saludarlo mientras

preparaba el desayuno.

Pero Lydia no se parecía nada a su madre.

Estaba estupenda. Llevaba una falda gris y una chaqueta con una camisa de hombre.

Era toda una abogada...

¿Era su camisa? No podía ser. —No pude encontrar una blusa que me gustase para este traje. Tengo que ir a un juicio a Helena esta mañana y me he puesto tu camisa.

—Si alguien la tiene que usar en los tribunales, será mejor que seas tú y no yo.

Ella se rió. —Estaré fuera una semana, por lo menos. Por cierto, hay un ternero en la zona de pastos con Dancer.

—¿Un ternero? —Kristen me pidió que se lo tuviera. Es huérfano. Los niños lo alimentaban con biberones.

—¿Es de Dough? —era el hermano de Kristen, ranchero. Lydia asintió—. ¿Cómo es que Dough no se lo ha quedado?

—Dough hubiera hecho salchichas con él. —Y yo he dicho que nosotros no lo haríamos. Le he dicho que le hablaríamos. Pero me tengo que marchar a Helena para este juicio, y me preguntaba si tú podrías ocuparte de él.

—¿De hablarle a un ternero?

—Es muy sociable. Y se siente muy solo si no hay nadie que le hable. Su nombre es Wayne.

—¿Wayne?

—Los chicos son fanáticos de hockey. ¿Lo harás, entonces? ¿Le hablarás mientras yo esté fuera?

—¿Quieres que le hable a un ternero llamado Wayne? —preguntó él sin poder creerlo.

—Por favor —ella le sonrió esperanzada. J.D. quería decirle que de ninguna manera.

Que los terneros no eran animales domésticos. Que Wayne era una hamburguesa.

Pero no pudo y dijo: —Sí, supongo que sí.

¡No hablaría con un ternero! Toda Montana se reiría de él si supiera que le hablaba a los terneros.

Además, tenía mucho trabajo. Pero le gustaba el ganado.

No podía pasar una vaca que él no la mirase.

Al fin y al cabo tendría que supervisar lo que ocurría. Si no había ningún problema con Dancer.

Por eso fue a los pastos.

No para hablar con el ternero.

Pero el caso era que se sentía un poco solo sin Lydia. Jamás se había sentido así cuando se había marchado Gus.

Estaba sorprendido. Había pensado que le resultaría más fácil la

vida cuando ella se marchase.

En su ausencia no andaba encontrándose con sus medias por todas partes, ni la oía hablar por teléfono, ni escribir en su ordenador.

Lydia no estaba. Se había ido.

Pero no de su cabeza. Ni de su corazón.

Había dicho que lo amaba. El no la había creído. No había querido creerla.

Pero las palabras, una vez dichas, andaban por ahí rondándole en la cabeza.

Lydia estaba en Helena y él estaba contento. Y solo.

Sería mejor que fuera a ver al ternero.

El animal fue inmediatamente a la cerca cuando lo vio.

Tenía unos ojos marrones tristones. Se quedó allí de pie, mascando y observando a J.D. Esperando. J.D. le acarició la oreja, como si fuera un caballo o un perro.

—¿Eh, Wayne! ¿Qué tal estás? —le dijo por fin.

Capítulo Ocho

Lydia jamás faltaba a su obligación. Le gustaban los preparativos para un caso. Le encantaba exponer argumentos y refutarlos. La excitaba blandir la afilada espada de la ley.

Pero deseaba volver a casa. Deseaba estar en casa.

Deseaba estar con J.D. Deseaba estar con él todo el tiempo. Todos los días. Lo echaba de menos.

No obstante hacía su trabajo. Seguía siendo tan competente como siempre lo había sido, tan profesional como siempre. Pero no se sentía consumida por el caso.

Se sentía consumida por J.D.

Lo llamó por la noche. Le preguntó por Dancer, por el establo. Por el ganado, por Wayne.

Dancer estaba bien. El establo seguía su curso. El ganado iba bien. Y J.D. hablaba con Wayne.

—De eso mejor no digas nada. Lo negaré. Diré que no sabes qué estás diciendo, que es puro cuento.

—No diré nada —le dijo Lydia, sonriendo como una tonta.

Por supuesto que no diría nada. La admisión era demasiado maravillosa, demasiado preciosa.

El la amaba. Ella estaba segura. No era que él se lo hubiera dicho. Ella terminaba cada conversación telefónica con un «Te quiero», y él balbuceaba algo completamente ininteligible. Y luego colgaba.

Pero él la amaba. Ella lo sabía. Porque le hablaba a Wayne.

Y porque luchaba interiormente para no tocarla. Eso era amor. Si no la hubiera respetado, si no se hubiera resistido, no habría sido amor.

Por las noches, después de hablar por teléfono, Lydia se entretenía imaginando a J.D.

queriendo tocarla, besarla, hacerle el amor.

Todos aquellos pensamientos la hacían sentirse en un mundo de ensoñación cuando no estaba en los tribunales. Rance se desesperaba con ella.

—¿Qué te ocurre? ¡Te tengo que repetir las cosas tres veces hasta que me escuchas!

¿Estás obsesionada con J.D.? —le preguntó con un suspiro Rance.

—Sí —admitió ella.

Una vez que lo había admitido para sí misma, que lo había admitido delante de Kristen, y finalmente frente a J.D., podía admitirlo frente al mundo entero.

—¿Y J.D. está igualmente obsesionado?

—Sí.

Rance sonrió con picardía. —Fantástico. Ellie y yo lo pensamos aquel día. ¡Quién lo iba a decir! Tú y J.D. —agitó la cabeza—. Entonces, ¡cuándo es el gran día?

—¿Qué gran día?

—El de la boda.

—No hemos llegado tan lejos todavía.

—¿No te ha pedido que te cases con él?

Lydia agitó la cabeza.

—Todo esto es muy nuevo. Es por eso por lo que quiero volver a casa.

Rance asintió. —Sé cómo te sientes. Cuando Ellie y yo estábamos en ello, yo no estaba demasiado enfrascado en el trabajo...

—Me acuerdo —dijo Lydia.

—qué bien, tú y J.D. Tal vez ahora él no esté tan decidido a marcharse.

Lydia y J.D. sí habían hablado de eso. Ella no podía comprender por qué J.D. insistía en marcharse. Incluso había estado viendo algunos lugares adonde se podía marchar.

—Mi hermano Gus está en la casa de Taggart Jones, enseñando a montar y domar potros cerriles. He pensado que tal vez Taggart tenga una habitación para gente que enseñe a entrenar caballos.

Lydia había balbuceado algo. Pero estaba segura de que J.D. no hablaba en serio.

Seguramente solo estaba esperando a que ella estuviera de regreso en casa.

Entonces hablarían en serio. El había hablado con Wayne, incluso. Cuando ella llegase a casa, él podría decir: Yo también te amo. A J.D. le gustaba hablar por teléfono con ella.

Claro que había otras cosas que le habrían gustado más. Como por ejemplo saber leer. Y no sentir que no tenía sentido soñar con ella, y poder decirle las mismas palabras que le había dicho ella.

Quizás era demasiado indulgente consigo mismo permitiéndose disfrutar de aquellas llamadas, pero, ¿qué se suponía que tendría que haber hecho? ¿Decirle que no quería hablar con ella? ¿Que ella le hacía desear cosas que nunca tendría?

¿Y luego qué? ¿Explicarle?

De ninguna manera.

Entonces hablaba con ella. Le gustaba escucharla. No le hablaba del caso de los tribunales porque era confidencial. Le hablaba del rancho, del ganado, de Dancer. Y

de Wayne. El no podía creer que hubiera admitido hablar con Wayne

—No le hablo todos los días —protestó él—. Simplemente... me paso por allí. Veo cómo está...

—Le hablas —dijo ella sonriendo—. Pero no se lo diré a nadie. Te lo prometo.

¡Mejor que no comentase nada de lo que hablaban! No porque fueran conversaciones personales, sino porque lo parecían. Eran conversaciones fáciles, en las que se sentían cómodos.

J.D. estaba acostumbrado a tomar el pelo a las mujeres y reírse con ellas. Pero rara vez tenía la oportunidad de ser él con ellas. .

En cambio con Lydia sí era él mismo.

Excepto que jamás le había dicho que no sabía leer. Cuando le preguntaba si seguía el caso a través del periódico, él le decía que no tenía tiempo de leerlo. Demostraba saber algo del caso porque Skinny, un día de aquellos, tenía un periódico, y J.D. le había preguntado qué decía el artículo acerca del caso de Lydia.

Skinny le había dado el periódico después y le había dicho.

—Aquí tienes. Si estás tan interesado, puedes leerlo tú mismo.

Así que J.D. había tenido el periódico en la mesa de la cocina, burlándose de él.

Ni siquiera sabía qué artículo era. Ni siquiera estaba seguro de cómo se escribía el nombre de Lydia.

Pero no podía decirle que estaba demasiado cansado, demasiado ocupado para hablar con ella.

El conversaba. Y escuchaba. Y se decía que cuando ella volviera reuniría fuerzas para marcharse. ¡Qué mentiroso era!

Un día, cuando volvía sucio, lleno de polvo, cansado de trabajar con el ganado, se encontró con que Lydia estaba esperándolo en el porche.

Si hubiera sido más rápido, se habría dado cuenta de su presencia antes de llegar y se habría dado la vuelta y desaparecido con su camioneta.

Pero él había estado pensando en su llamada de esa noche. En que se daría una ducha, comería y se echaría en la cama a esperar su llamada, para escucharla, para vivir una vida que deseaba en sueños.

Y entonces, sus sueños se habían hecho realidad. Ella lo vio y lo saludó con la mano alegremente. Salió corriendo del porche a su encuentro. El sintió pánico. Frenó y la camioneta dio un coletazo en la grava cuando paró en el patio.

—¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí? —preguntó él, aparentemente enfadado.

¿Cómo se había atrevido a volver sin siquiera avisarlo?

—¡He terminado! —exclamó ella sonriendo—. ¡He ganado el caso!

Bueno, al parecer ella estaba excitada por eso, y no por él, pensó J.D. Y por supuesto que había ganado. Ella era la mujer más inteligente de Montana, la persona más inteligente de Montana.

—Me alegro por ti —dijo él, cuando ella tiró de él para sacarlo de

la camioneta.

Luego lo rodeó con sus brazos y lo apretó fuerte.

El cuerpo de J.D. respondió inmediatamente. Su corazón dio un vuelco. Cerró los ojos y apretó los dientes. «¡oh, maldita sea!», se dijo.

—Lydia... —J.D. intentó liberarse, pero ella siguió abrazándolo.

Lydia alzó la cara hacia él y lo besó. El no pudo resistirse y la besó también. Era un idiota, se dijo J.D. No tenía cerebro. Ni instinto de conservación.

La lengua de Lydia entró en la boca de él.

—¿Lidia? —él se retorció, sorprendido. Ella se rio y lo miró a los ojos.

—Te he echado tanto de menos. ¡Oh, Dios! J.D., te he echado de menos. Es estupendo estar en casa —le dijo ella y lo volvió a abrazar fuertemente.

El tragó saliva. Tenía que resistirse. Pero no podía empujarla y apartarla violentamente. No quería hacerle daño.

—Celebrémoslo -dijo ella.

—Celebrar —repitió él.

—Que he ganado el caso. Pero sobre todo el que he vuelto a casa. El que estemos juntos -dijo ella.

El abrió la boca para decir algo, pero no pudo.

—Iremos a cenar fuera. Vayamos a Lewistown.

—¿Lewistown? ¡Eso está a kilómetros de aquí!

—No es tan lejos. Kristen y Jerry suelen ir. Hay un restaurante muy bueno allí —ella lo miró como implorando—. A celebrarlo , J.D.

¿Cómo podía negarse? .D. entró y se duchó. Todo el tiempo se lo pasó pensando en alguna excusa para no ir, pero luego pensó que tal vez fuera mejor ir. Cenarían por última vez juntos. Una comida de celebración. Y de adiós.

Tal vez no fuera mala idea. Compartir aquella cena y luego decir adiós a sus sueños.

La cena fue algo agridulce. Cada momento fue dulce en sí mismo, y agrio por su brevedad.

Haber conducido con Lydia apretada contra él, verla sonreír, sentir su mano en su brazo y en su muslo, sentir el roce de su pelo en su mejilla, volando en el viento...

Todo era maravilloso.

Se decía que debía disfrutarlo, que el dolor llegaría luego. Aquello no podía durar.

El restaurante que escogió Lydia era uno que J.D. no conocía. Se lo había recomendado una abogada amiga, había dicho ella. Era un lugar al que solían acudir más turistas que gente del lugar. En las paredes había paisajes de ríos y las mesas tenían manteles de tela. La luz la daban las velas, y la camarera no le puso una taza de café en cuanto

se sentó frente a la mesa como lo hacían en Bette, y en los demás bares a los que acudían los vaqueros.

La camarera le dio la carta y les sonrió. J.D. la agarró sintiéndose algo incómodo.

Lydia abrió la suya inmediatamente.

El miró a Lydia mientras tanto. Quería memorizar su cara, que su recuerdo lo acompañase...

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó ella. —¿Qué? —contestó él, sobresaltado. Ella se rió. —Me estás mirando. ¿Te has olvidado de cómo soy?

Él agitó la cabeza.

—Ni siquiera has abierto la carta. ¿No vas a decirme que no tienes hambre, no?

—Tengo hambre —dijo él.

Pero no solo de comida, hubiera agregado. Sino de ella.

J.D. abrió la carta como por obligación. Miró la lista, las letras que podía reconocer.

—¿Ya has elegido? —preguntó la camarera. Lydia señaló un plato de la carta.

—Quisiera el pato con patatas al horno y guisantes. Ensalada, no sopa. Y aliñada con salsa ranchera.

La camarera tomó nota.

—Yo tomaré un filete —dijo J.D.

Y luego optó por lo mismo que había dicho Lydia.

—¿Queréis vino con la cena? —preguntó la camarera.

Lydia sonrió y le preguntó a J.D.

—¿Bebemos vino?

El asintió.

La camarera le dio una lista de vinos. «Maldita sea!», pensó él. - Miró la lista desconsoladamente. El sabía cómo manejarse en los restaurantes. Pedía un filete y asunto terminado. Pedir cerveza era fácil. Pedía una que conocía... Pero nunca había pedido vino en su vida.

El tragó saliva. Sintió que le sudaban los dedos.

—Pato y filete —musitó Lydia—. ¿Qué puede irles bien?

Él no lo sabía. Le pasó la carta de vinos a ella.

—Eliges tú.

Lydia miró la carta, la estudió y tomó una decisión. Le pidió a la camarera lo que querían. Cuando llevaron la botella, la camarera sirvió un vaso y se lo dio a probar a él, no a Lydia.

—Bueno —dijo él y esperó a que sirviera los dos va-

—Por nosotros -dijo Lydia.

«Oh, Dios! ¡Por nosotros!», pensó él. Brindó con ella y dijo:

—Por el juicio ganado.

—Por eso también -dijo Lydia probó el vino.

El se lo tomó todo de golpe. Le habría gustado beberse toda la botella. Necesitaba fuerza. Pero emborracharse no le serviría de nada. Lo sabía. Pero podría hacerle la noche más fácil.

Lydia saboreaba la idea de lo que vendría después. La comida. El vino. El ambiente.

El hombre. Sobre todo el hombre. Habría dado todas las demás cosas por el hombre.

Pero era maravilloso tenerlo todo...

Lydia le ofreció un bocado de su pato, y se lo dio de su tenedor. Lo observó ansiosa, nerviosa, hambrienta.

Porque tal vez no le gustase la comida, o el vino, o lo que viese al tenerla desnuda.

¿Qué pasaría si ella no era buena haciendo el amor?

Ese solo pensamiento hacía que el pato, que se deshacía en la boca, se transformase en una piedra.

Lydia no tenía experiencia prácticamente. Y aunque leía libros sobre cómo se hacían las cosas, tenía la sospecha de que en este tema no podía aprender de los libros.

Pero él la deseaba, se dijo Lydia.

No le haría un examen.

¡Por supuesto que no! Se trataba de J.D., el hombre de infinita paciencia, de manos amables, de sonrisa alentadora, el hombre al que amaba.

Lo único que tenía que hacer era enseñarle cuánto lo amaba.

Todos esos pensamientos la ponían nerviosa y expectante a la vez.

Se miraron insistentemente durante la cena. Con ojos llenos de fuego. Pero ya habría tiempo para arder juntos...

Volvieron al rancho bajo la luz de la luna. Era una noche clara.

Lydia se deslizó por el asiento y se apretó contra él. ...Tengo frío —dijo.

El dudó. Luego quitó una mano del volante y la rodeó con ella. Lydia suspiró y se acurrucó. Dejó su cabeza en su hombro y su mano en el muslo de él. Lo acarició como experimentando.

J.D. carraspeó y dijo:

—Pondré la calefacción.

—Gracias -dijo ella.

—De nada-dijo él.

Ella lo miró. J.D. tenía la vista puesta al frente.

Le gustaba mirarlo. Se habría quedado mirándolo eternamente.

-¿J.D.?

—Qué? -dijo él tragando saliva.

Ella no habló hasta que él la miró finalmente.

—Estoy muy contenta de estar en casa nuevamente. Te he echado

de menos.

—Yo también te he echado de menos -dijo él con esfuerzo. Parecía más nervioso que ella.

¿Era posible?, pensó Lydia. Seguramente él tendría más experiencia en el sexo.

Pero tal vez nunca hubiera «hecho el amor» realmente.

Lydia sonrió. Se acurrucó contra él y le besó el hombro. Luego le besó la mejilla.

—Te quiero —le dijo.

El apretó el volante. Luego lentamente, volvió a poner el brazo alrededor de ella y la apretó contra él.

Lydia se despertó cuando estaban entrando en el camino de grava hacia la casa.

—Oh! Lo siento... Yo... —empezó a decir Lydia, bostezó y se irguió un poco—. No he tenido intención de dormirme.

—No hay problema —dijo él. Entró en el patio y aparcó cerca del coche de ella—.

Has estado trabajando mucho.

—Tú también.

—Bueno, yo no podía quedarme dormido, ¿no? —le dijo él y le sonrió—. Alguien tenía que conducir.

—Deberíamos habernos quedado en un motel —dijo ella. Y lo miró para ver cómo reaccionaba.

El se lamió los labios, se pasó una mano por el cuello y dijo:

—No, no hacía falta. Estamos en casa ya. Puedes irte a la cama... Yo... tengo que hacer un par de cosas en el granero —se dio la vuelta y se marchó.

«Trabajo? ¿Ahora?», pensó ella. Luego se dio cuenta de lo que pasaba. Le estaba dando tiempo para que se preparase para ir a la cama en privado. Sabía que ella no tenía experiencia. E intentaba hacerla sentir cómoda.

Ella sonrió y se dirigió a la casa.

Se duchó rápidamente, no sabiendo cuánto tiempo iba a tardar él.

Habría sido estupendo compartir la ducha, pero quería estar lo más guapa posible para él, no con el pelo húmedo y revuelto. Se duchó y secó. Se puso un camisón. No era un camisón sexy exactamente. Sospechaba que él debía de saberlo. Pero no lo llevaría puesto demasiado tiempo.

Dudó antes de entrar en la habitación de J.D. y esperarlo en su cama. No entró. Sería un poco descarado. Así que lo esperó en su habitación. Apagó todas las luces y dejó una pequeña, al lado de su cama. Abrió las mantas y se metió en ella.

Y esperó. Y esperó. Se levantó y salió a mirar hacia el granero. Había una luz. Pero luego se apagó.

Lydia sonrió y observó cómo se abría la puerta. Luego se quedó con la boca abierta cuando J.D. sacó su caballo, cerró la puerta nuevamente, se montó y se marchó.

Capítulo Nueve

—Hacía mucho tiempo que no te veía —le dijo Kristen—. Supongo que J.D. te ha tenido ocupada, ¿no? —preguntó sonriendo.

—He estado en Helena. Tenía un juicio, si recuerdas —le dijo Lydia, que no estaba de muy buen humor.

—Y lo has ganado —le dijo Kristen—. Lo he leído en los periódicos. Y como no ibas en mi contra, te felicito.

—Gracias —Lydia le sonrió.

Intentó parecer que estaba contenta de estar allí. Al fin y al cabo su amistad con Kristen había sido una de las cosas que había valorado más de su regreso a Murray.

Eso y el volver a estar cerca de la tierra.

Y su deseo de estar cerca de J.D.

—¿Habéis aclarado las cosas antes de marcharte? —Sonrió a Lydia—. Fue buena idea el rechazar mi ofrecimiento y mudarte al rancho.

¿Lo había sido?, se preguntó Lydia. J.D. no había vuelto la noche anterior. Había esperado despierta toda la noche y no había vuelto. Había caminado nerviosa de un lado a otro de la casa, y se había quedado dormida en el sofá. El no había vuelto.

Ella se había dicho que debía de haber recordado algo que tenía que hacer, o que lo hubieran llamado urgentemente, Trey por ejemplo. Pero cuando había ido aquella mañana a casa de Trey no había visto su camioneta allí.

—Casi no lo veo —le dijo a Kristen. Esperó a que Claudia les sirviera el sándwich y luego dijo—. He estado casi dos semanas en Helena. Llegué ayer y ahora él se ha ido a Elmer.

Al menos eso había sido lo que le había dicho Trey cuando ella había ido a su casa.

—¿No te dijo que se marchaba? —Le había dicho Trey—. Pensé que te habría pedido permiso. Dicen que lo tienes en el anzuelo.

—No lo creo.

Trey había entornado los ojos y le había dicho:

—Tú también estás atrapada, ¿no es verdad? —la miró intensamente.

—Sí —admitió ella.

—Bueno, mejor así. Es maravilloso. Realmente maravilloso. Ha salido mejor que silo hubiera planeado yo mismo.

Lydia lo miró.

—¿De qué estás hablando?

—De J.D. y de ti —Trey había sonreído—. Es perfecto.

Pero J.D. no pensaba lo mismo, le habría dicho ella. —Así que se ha marchado a Elmer... ¿Por cuánto tiempo? —preguntó Kristen.

—Por dos o tres días. Trey no lo sabía seguro. Fue a llevar unos caballos que Trey vendió a Taggart Jones. También le llevó otros a ‘os que Taggart quería echar un ojo.

Se supone que J.D. los va a entrenar.

—Y luego tú te vas a ocupar de él —dijo Kristen con una sonrisa.

—No —suspiró Lydia.

—Qué quieres decir? Estás viviendo con J.D. Te sientes atraída por él. El se siente atraído por ti...

—Casi es peor así.

—¿Qué? —Preguntó Kristen—. No puedo creerlo. ¿Qué pasa con él? ¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué no lo has seducido?

—¿Seducido?

—Seducido. Silo haces, le será imposible decir que no.

—No sabría cómo hacerlo —dijo Lydia honestamente.

—Entonces tendrás que aprender.

Lydia se preguntó si no habría libros acerca del tema. Seguramente los habría. Y se lo dijo a Kristen.

—Con libros, no. ¡No puedes aprender todo de libros! ¡Por el amor de Dios!

—Pero entonces... ¿cómo...?

—Necesitas una experta —Kristen miró alrededor—. ¡Claudia!

Lydia casi salta de la silla.

—¡No se te ocurrirá...!

Pero Kristen no le hizo caso y le dijo a Claudia:

—Ah, Claudia! Me preguntaba si tú podrías ayudarnos. Lydia tiene que saber algunas cosas...

—Dime, ¿qué es eso que me han dicho de que Lydia Cochrane vive aquí contigo?

—No vivo con Lydia Cochrane!

—¿No? Me han dicho que hubo un incendio en su casa y que se mudó al rancho.

—Una cosa es vivir juntos y otra vivir juntos —dijo—. Es muy diferente.

—Ah! —Sonrió Gus—. ¿Y cuál de las dos cosas estás haciendo?

— ¡Yo no me acuesto con ella!

—Yeso te tiene mal, a juzgar por tu aspecto —dijo Gus animosamente.

—No hables de ese modo. Es una falta de respeto hacia ella. Lydia no es ese tipo de mujer.

Los ojos de Gus se agrandaron.

—No he querido ofender, chico... -dijo Gus; silbó y agitó la cabeza. Luego sonrió—: Te ha dado fuerte.

J.D. frunció el ceño.

—¿Que me ha dado fuerte qué?

—La palabra más grande y peor del mundo. J.D. dio un paso adelante, furioso. Gus dio un paso atrás y dijo:

—Amor, hermano, amor! ¿A qué creías que me refería?

—No seas idiota. ¿Lydia Cochrane y yo? ¿La abogada y el vaquero? Es un disparate.

La había deseado tanto la noche anterior que no había podido siquiera entrar en la casa. El sabía lo que habría pasado si lo hubiera hecho.

Por ello se había inventado una tarea que hacer. Se había marchado al granero y había esperado a que se apagara la luz. Había esperado y esperado, pero la luz no se había apagado. Luego la había visto en la cocina, de pie con un camisón. Había mirado fuera, hacia el granero, buscándolo.

—Ve a la cama —había susurrado él—. Por favor, vete a la cama.

Pero ella no lo había hecho. Había caminado de un lado a otro de la casa. Más tarde había mirado por la ventana. lo había esperado, como él. El sabía qué quería ella.

¡Lo mismo que él!

Pero él no podía dejar que ocurriese eso.

No podía hacer el amor con ella, cuando no podía darle nada a cambio.

—No me parece que Lydia tenga problema con ello. No es una snob. ¿Has perdido la cabeza cuando perdiste el rancho?

Gus se apartó instintivamente. Luego se irguió y dijo:

—Eh! Estaba bromeando, hermano. Estás muy sensible estos días.

J.D. tenía los puños apretados todavía. Miró por la ventana hacia la oscuridad.

A lo lejos podía ver la luz encendida en la casa de Taggart, y a este hablando por teléfono, y a su esposa, Felicity pasando por su lado. Y unos niños pequeños.

Podía ver un hogar. Una familia.

—Siento lo del rancho —dijo J.D. Le debía más que una disculpa a su hermano.

—Sabes que a mí no me afecta tanto —dijo Gus—. No pensaba volver, de todos modos. Estaré aquí hasta el fin de semana. Luego me marcharé nuevamente. Ya me conoces.

—Sí. Quizás me vaya contigo.

—¿Qué? ¿Quieres montar en rodeos otra vez? ¿A tu edad?

—No soy tan viejo!

Gus lo miró dudoso.

—La última vez que viniste conmigo te podrías haber caído de cabeza varias veces.

Pensé que ya dabas por terminada esa etapa. Creí que te estabas asentando. Supongo que esto no tiene nada que ver con Lydia

Cochrane, ¿no es verdad?

—¡No!

Lydia siempre estaba preparada para los acontecimientos que la esperaban día a día.

Esperaba estar preparada también para seducir a J.D. Holt Estaba decidida. Lo que le faltaba era confianza en sí misma.

Jamás había seducido a un hombre.

—¿Nunca? —le había preguntado Claudia, sorprendida.

Había ido a ver a Claudia al bar, antes de la hora de cerrar.

Lydia había agitado la cabeza.

—No es que no haya vivido una vida plena... —se justificó Lydia.

—No la has vivido —le dijo Claudia—. Pero aún no estás muerta. Así que hay esperanza. ¿A quién quieres seducir?

—No hace falta dar los nombres, ¿no? Quiero decir, la seducción es la seducción.

Claudia había resoplado.

—No creas. Tienes que conocer al hombre. Tienes que saber qué cosa lo excita —

Claudia pestañeó—. Así que, ¿quién es el semental?

Lydia no podía decir su nombre, pero Kristen la ayudó —J.D. Holt.

Claudia puso los ojos como platos.

Ese sí que es un vaquero muy ardiente.

—No ha sido buena idea decírselo —murmuró Lydia entre dientes a Kristen.

Claudia dio un paso atrás, entrecerró los ojos, y miró a Lydia.

Esta se sintió como un bicho disecado pegado a un papel. Miró a Claudia y luego desvió la mirada:

—Así que tú eres la razón —dijo Claudia inesperadamente

—¿La razón? ¿Razón de qué?

—De que J.D. venga por aquí y se marche con la cremallera cerrada.

Lydia la miró con la boca abierta.

—Debería habérmelo supuesto. Tenía esa mirada...

—¿Qué mirada?

—De estar enfermo de amor.

—¡Te lo dije! —exclamó Kristen. Lydia agitó la cabeza.

—Me estás diciendo que J.D. vino a verte para... para... —se volvió a Kristen—. Muy mala idea —le dijo.

—Oh! J.D. y yo tenemos una relación amistosa. Somos amigos, sobre todo. Como solíamos serlo antes. ¿Quieres seducir a J.D.? —se sonrió pícaramente.

—Yo no...

—Sí -dijo Kristen.

—Bueno, puedo darte algunas pistas —dijo Claudia—. Y te

servirán, si J.D. quiere que funcionen.

—¿Y si no quiere? —preguntó con pesimismo Lydia.

—Tienes que creer que funcionarán —sonrió Claudia.

«Tienes que creer que eres sexy» parecía ser el primer mandamiento de Claudia Kileen.

—¿Cómo vas a hacérselo creer a él si tú no te lo crees? —Preguntó Claudia—. Tienes que tener confianza.

Ese era el mandamiento número dos.

—Tienes que moverte lentamente, lánguidamente

— la instruyó Claudia, moviéndose sinuosamente por todo el apartamento, mientras Lydia tomaba notas sentada en un sofá—. Deja ese papel, ponte de pie e inténtalo —

le ordenó Claudia.

Lydia se puso de pie, sintiéndose un poco tonta. Se balanceó como una jirafa. Se chocó contra una lámpara de pie.

Claudia se reprimió un gruñido.

—No te salen muy naturalmente algunas cosas, ¿no? —preguntó Claudia.

—No —dijo Lydia.

—Tienes que hacerte a la idea de que él está mirando —le explicó Claudia—. Que está echado en la cama, mirándote —dijo Claudia con voz sensual.

Lydia pensó en J.D. echado en la cama, mirándola.

—Me parece que no sirvo para esto —dijo Lydia—. Tal vez sea mejor que me olvide del tema por completo —empezó a dirigirse a la puerta.

—A los hombres no les gustan las mujeres que desisten -dijo Claudia.

Lydia se detuvo.

Miró atrás.

—Jamás hubiera pensado que te echarías atrás —le dijo Claudia.

Lydia se dio la vuelta. Caminó con un movimiento de caderas por la habitación.

Luego lo hizo cincuenta veces. Cien.

Practicó el movimiento lento y ondulante.

Aprendió a dejar abierto un par de botones de su camisa, accidentalmente, y no tan accidentalmente.

—Tienes que tocarlo suavemente —le dijo Claudia—. En el cuello, en la espalda. Los vaqueros tienen muchos músculos que les duelen. Tú empiezas a hacerle masajes, y...

Bueno un músculo te lleva a otro músculo, yo siempre lo digo.

—Tú miras y ves dónde está tenso y le pones las manos.

—¿Y él me dejará?

Claudia suspiró. —Creo que hay distintos tipos de inteligencia.

Ella también lo pensaba.

También sabía que Claudia había hecho todo lo que había podido con una alumna poco agraciada.

—Te saldrá naturalmente a ti también —le dijo Claudia—. Tú solo te metes en una habitación a solas con el hombre, dejas que te vea como a una mujer, y te garantizo que harás lo que te salga naturalmente.

Sería posible. Si lograba que él se quedara allí. Si no se marchaba en su caballo otra vez. —Como te he dicho: una chica tiene que estar preparada... -dijo Claudia.

Yen el momento en que J.D. llegó a la casa, Lydia lo estuvo.

J.D. pensó en media docena de maneras de decirle a Lydia que se marchaba al almacén de Trey a vivir.

Se imaginó distintas formas de recibirlo: encontrándolo en la puerta de entrada, entrando cuando ella estuviera haciendo la maleta. Preparando la cena cuando llegara él.

En todos los casos él empezaría diciendo: «He estado pensando... que es hora de que me marche».

No quería hacerle daño a Lydia. Ella no tenía la culpa. Era por su bien.

Así que se preparó. Pensó en ello todo el camino de vuelta a Murray. Estaba seguro de que estaban cubiertos todos los escenarios.

Lo que no se imaginó es que la encontraría desnuda.

Bueno, eso le pasaba por estar preparada.

Fue el primer pensamiento de Lydia al salir de la ducha esa tarde, y encontrarse a J.D., de pie, al otro lado del corredor.

El estaba de pie, inmóvil, mirándola. Lydia se detuvo instintivamente. Y miró hacia atrás.

Su segundo pensamiento fue que él parecía más desconcertado que ella, si cabía.

Y su tercer pensamiento fue que la seducción tenía cierta similaridad con el ensayo de los juicios.

¡Tanto preparase y...!

Ahí era donde aparecía el instinto. Tal vez a eso se hubiera referido Claudia con que salía naturalmente.

—Lo siento —dijo ella con un susurro que la sorprendió—. No esperaba que vinieras tan pronto —dijo, y se movió lánguidamente por el pasillo hacia su habitación, sonriéndole por encima del hombro.

Entró en la habitación. —Dios mío —se dijo Lydia.

«Y ahora qué?», le preguntó a Claudia en su mente.

Se imaginó a Claudia diciéndole: «Tú eres la encargada, cariño, como en el juzgado.

Recuérdalo. De acuerdo.

Se puso las braguitas, luego el vaquero, y de pronto se detuvo: —

Encargada —se dijo.

Respiró profundamente. Sacó la camisa blanca de J.D., se la puso encima de los pechos desnudos. Se la abrochó, excepto los tres últimos botones.

Se miró en el espejo. Tenía piernas largas con esa camisa. Se le veía una parte de un pecho.

Se cepilló el pelo húmedo.

—Vístete para la ocasión —les decía a sus clientes. Sí, era como vestirse para un juicio. Sonrió al espejo y salió balanceando las caderas.

J.D. estaba en el mismo sitio donde lo había visto.

—¿Qué tal en Elmer? —le preguntó de buen humor, dirigiéndose a la cocina.

Él cerró la boca. Luego la volvió a abrir, pero no le salieron las palabras.

El sonrió miraba.

—Trey me ha dicho que has llevado a unos caballos suyos, y que no sabía cuándo volverías, por eso no te esperaba —le sonrió al pasar. Voy a ver qué hay para la cena

—abrió el frigorífico, y se agachó para mirar adentro.

El carraspeó, y dijo: —Lyd... ¡Dios!

Ella se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Qué has dicho?

J.D. tenía la cara colorada. Tragó saliva y dijo: —Esa... Esa es mi camisa. —Quieres que te la dé? -dijo Lydia y se llevó las manos a los botones.

—¡No! Quiero decir, no. No... Ahora no. Yo... —intentó respirar.

—Quieres una cerveza? Pareces tenso.

J.D. se pasó la mano por la parte de atrás del cuello y dijo:

—Estoy tenso.

—Te traeré una cerveza -dijo Lydia, se dio la vuelta y se agachó delante del frigorífico abierto otra vez. Se tomó su tiempo para encontrar la cerveza y sacarla.

Usó los faldones de la camisa para abrirla.

J.D. tragó saliva otra vez.

Casi tiró la botella cuando ella se la dio.

—Quizás yo tome una también -dijo Lydia. Se dio la vuelta y se volvió a agachar.

—Dios mío!

-¿Qué?

—N... Nada —él tomó un trago de cerveza.

Lydia abrió otra botella y se la llevó a la boca para beberla.

—Quieres que te dé un masaje en la espalda?

—¡No! Quiero decir, no. J.D. cerró los ojos.

La temperatura de la habitación iba en aumento. La mirada que le dedicaba J.D.

dejaba bien claro que ella era sexy.

Lydia le sonrió y tocó el cuello de la cerveza con la lengua.

—Dios todopoderoso! —Musitó J.D.— Necesito una ducha —se dio la vuelta y salió por el corredor.

Lydia se sonrió y lo observó marcharse. Oyó el ruido de la puerta, luego el de la ducha. Fría, sin duda.

—No te servirá de nada —murmuró ella en voz baja—. Me deseas tanto como yo a ti.

Y esta noche va a suceder. ¡Oh, sí!

La ducha fue un error. Lo retuvo en la casa cuando debió de salir corriendo. Le hizo quitarse la ropa, cuando debió ponerse una armadura.

No lo enfrió ni lo distrajo. Estaba demasiado excitado para ello. Se quedó allí un buen rato. Pero le dio igual. Porque al salir del cuarto de baño la siguió deseando.

—Me voy a mudar —se dijo J.D. en voz alta.

Fue a su habitación para vestirse. Se sentó en la cama y tomó una bota. Lydia apareció en el quicio de la puerta, vestida aún con su camisa y nada más.

—Lydia —le advirtió al verla acercarse a él. Ella tenía las mejillas encendidas, los ojos seductores. Estaba muy sexy.

-¿Qué? —preguntó ella.

El se quedó callado. Petrificado. -Lydia.

—Estoy aquí —le dijo ella con voz suave.

Estaba muy cerca de él. J.D. le miró las piernas bronceadas y cerró los ojos.

—Te he echado de menos —dijo Lydia. —Tenía... trabajo.

—Mmmm. Eso es lo que ha dicho Trey. Pero dijo que deberías de habérmelo dicho.

Avisarme.

—He terminado con el establo. Con los corrales. ¿Y conmigo? —le dijo ella suavemente.

J.D. tragó saliva. —No hagas esto...

—¿Por qué no? Te amo. Te lo he dicho. El agitó la cabeza.

—No es que... Es... —él no encontró las palabras.

—Si quieres que me marche, échame —dijo Lydia. Ella estaba tan cerca ahora que sus rodillas desnudas le rozaban los vaqueros a J.D. Lydia le tocó los labios con los dedos. El alzó la vista. Y fue entonces cuando perdió su resolución, su coraje, su sentido común.

Se perdió a sí mismo en su deseo por ella.

«Solo una vez», se dijo. Sabía que no la tendría para siempre. Pero ningún hombre podía resistir semejante tentación.

—¿J.D.? —susurró ella.

J.D. tiró de ella y la colocó entre sus muslos, puso su cara contra sus pechos. Se estremeció al hacerlo. Gimió.

Sintió los dedos en la parte de atrás del cuello, los pulgares moviéndose suavemente.

J.D. deslizó sus manos por los muslos de Lydia. Apretó sus nalgas, la apretó contra él, y luego le acarició la espalda.

Sabía que se arrepentiría de lo que estaba haciendo, pero ahora, no.

Todavía no. Ahora estaba viviendo el momento, disfrutando de acariciarla, de besarla, de ser parte de ella.

El se echó hacia atrás en la cama y tiró de Lydia de manera que ella quedó encima de él.

Luego la besó, profundamente, demoradamente, con todo el deseo de un hombre que lleva mucho tiempo sin una mujer, pero sobre todo con el deseo que este hombre en particular sentía por aquella mujer.

Ella también lo besó.

—Te amo —le dijo Lydia.

Y él la creyó. Sabía que no estaría haciendo aquello de no haber sido así.

El la apartó brevemente y la sentó a horcajadas. Luego, con dedos temblorosos abrió los botones de su camisa.

—Lo haré yo —dijo ella. —No. Quiero hacerlo yo. Déjame, por favor.

Ella esperó. Mientras le acarició los brazos, los hombros, el pecho. Había solo cuatro botones. Le llevó una eternidad desabrochárselos. Luego le quitó la camisa lentamente.

Ella apareció ante él desnuda, excepto por un trozo de encaje. El la había visto desnuda, cuando había llegado, hacía un momento. Pero no había sido lo mismo.

Eso había sido un accidente.

Ella estaba temblando también.

J.D. alzó una mano y le tocó un pecho reverencialmente. Acarició los pezones y los observó endurecerse. La observó temblar.

El sonrió un poco estremecido.

—Eres hermosa.

Ella agitó la cabeza como negándolo. Luego le sonrió y lo miró hasta verlo sonrojar.

—Tú también lo eres —le dijo ella. —Los hombres no son hermosos.

—Tú lo eres. Yo creo que lo eres. Y mi opinión es la única que cuenta —dijo ella.

Inclinó la cabeza y lo volvió a besar. No en los labios, sino en la mejilla, en el cuello.

En los hombros, en el pecho. En sus pezones. Y más abajo. Más abajo La seda del pelo de Lydia le acarició el abdomen. El cerró los ojos y se puso rígido. Sus dedos se apretaron en las caderas de ella.

— Lydiaaaaaaaa! —exclamó susurrante.

Ella alzó la cabeza, y le sonrió.

—¿Sí? —preguntó ella, con el aliento caliente contra su vientre, a un centímetro de la cremallera de sus vaqueros.

Sus dedos la abrieron.

J.D. se mordió el labio. Esperó.

Lydia desabrochó el boton. Abrió la cremallera y dejó al descubierto la tela de algodón, tensa, con la evidencia de su deseo.

Ella miró. Luego lo miró a J.D. Después metió los de4os en la cintura del pantalón y lo bajó.

El alzó sus caderas, sintió que sus vaqueros se bajaban y junto con ellos, sus calzoncillos. El aire con- ira el calor de su cuerpo fue un shock. Como lo era el deseo que sentía en su interior, tan urgente y desesperado que corría el riesgo de hacer el ridículo.

Ella estiró la mano para tocarlo. El le sujetó la mano.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo malo?

El agitó la cabeza.

—No... En absoluto. Yo... Es mi turno —murmuró él y se permitió el lujo de acariciarla.

El quería hacerlo todo muy lentamente. Necesitaba hacerlo despacio. Solo tenía aquella noche, se decía.

Pero su cuerpo le decía que había esperado suficientemente. Que había esperado demasiado. Que había deseado durante demasiado tiempo.

El le quitó las braguitas. Luego le abrió las piernas y se colocó entre ellas.

«Despacio», se dijo.

Pero su cuerpo le dijo lo contrario. —Te amo, J.D. —le dijo Lydia.

Entonces ella abrió las piernas, lo encontró esperando y lo llevó dentro de ella, a su hogar.

El sexo nunca le había parecido un hogar a J.D. Solo había sido lascivia, diversión, rápido, sudoroso, una liberación física.

Jamás había sido como volver al hogar. Era la descripción más cercana a sus sentimientos que podía hacer. La calidez de Lydia lo rodeó. Lydia le acarició la espalda y sus pies se apretaron contra él.

Era el sentimiento más hermoso que había experimentado jamás. Él salió y entró, todo el tiempo, con el deseo de volver a entrar en ella nuevamente. Pero esta vez más fuertemente, más intensamente. Una y otra vez. El la miró a los ojos y vio el amor.

Vio una promesa de amor eterno.

Sintió ganas de llorar. Pero no lo hizo entonces. Se movió e intentó

darle a ella lo que pudo. Aquel momento, aquel recuerdo.

Lloró después, cuando estuvo solo. Ella lo amaba con todo su corazón.

Claudia tenía razón. Cuando estabas en ese momento, actuabas naturalmente.

Era natural amar a J.D. Holt. Era natural besarlo, tocarlo, tomar la iniciativa, y luego devolvérsela cuando era su turno.

Ella no sabía mucho sobre hombres, pero sabía cómo amarlo. Cómo rodearlo con sus brazos, cómo abrir su cuerpo, su mente y su corazón para él. Ella lo amaba en cuerpo y alma.

Y cuando sus cuerpos se saciaron, y se quedaron echados, sudorosos y abrazados, ella agradeció silenciosamente a Claudia.

Luego besó a J.D. y observó su cara dormida y le dijo una vez más que lo quería.

Y volvió a acurrucarse en sus brazos y se durmió.

La noche había terminado. El amor había terminado. El tendría recuerdos. Y estos lo matarían.

Ella estaba en la cocina tarareando una canción, preparando el desayuno.

El la oía mientras cerraba la cremallera de los bolsos. Respiró profundamente. Luego caminó por el pasillo y se enfrentó a la música.

Lydia lo miró, y le sonrió. Luego vio los bolsos y su sonrisa se borró.

—Me mudo a otro sitio —pudo decir él finalmente.

—¿Que te mudas? —preguntó ella, pálida.

—He terminado aquí. Es mejor que me quede en el cobertizo de Trey y trabaje con él hasta que se termine el tiempo acordado. Luego me iré con Gus a los rodeos —le explicó.

Pero ella no parecía estar escuchando. J.D. respiró profundamente y dijo:

—Debí marcharme ayer. Ella lo miró, absolutamente inmóvil.

—Lo siento —murmuró él.

Luego pasó por su lado tan rápido como pudo. Cerró la puerta y se dirigió a su camioneta. Se metió en ella, y la puso en marcha. Se fue. Con un día de retraso.

«¿Mejor tarde que nunca, no?», pensó J.D.

«Oh, si», se dijo.

Capítulo Diez

Lydia tenía ganas de matarlo. De hacerle algo en ciertas partes de su cuerpo.

Pero después de llorar, y de rechinar los dientes durante horas, dejó de hacerlo y empezó a culparse a sí misma.

El no le había dicho nunca que la quería. Nunca le había hecho promesas. En realidad había hecho todo lo posible por mantenerse alejado de ella.

Había sido ella la que había presionado. La que había coqueteado. La que había seducido. J.D. simplemente había respondido a ello. Y luego se había marchado.

Incluso se había disculpado.

Cada vez que se acordaba de ello tiraba cosas con rabia por la habitación. Rompió tres vasos, una taza de café y un plato antes de poder controlarse.

Tenía los ojos rojos de llorar, el pelo deslucido de tocárselo nerviosamente, de quitárselo de la cara.

Eso le pasaba por creer. Por moverse sinuosa- mente. Por estar preparada. Por tener esperanza.

Había sido una tonta.

El había intentado advertírselo. Había montado su caballo y se había marchado parar no tener que acostarse con ella...

Se merecía el dolor que estaba experimentando No había querido contestar al teléfono, no había ido a trabajar. Había montado a Dancer y había pensado en el desastre que había hecho con su vida.

Lydia había hablado con Wayne, y el ternero la había escuchado solidariamente. Le había rascado detrás de las orejas, le había preguntado qué tenía que hacer, y él la había mirado como si ella tuviera que saber la respuesta.

Un día más tarde supo la respuesta. Tenía que marcharse. No deseaba hacerlo. Si J.D.

no hubiera estado involucrado en la historia, se habría quedado en el rancho y lo habría hecho suyo para siempre. Lo sentía su hogar, más que ningún sitio en los que había vivido.

Ella amaba el rancho. Pero J.D. también lo amaba. Lo amaba más. Debía ser suyo.

Habría sido suyo con solo haberse molestado en leer el correo.

Al principio le había parecido extraño que no lo hubiera hecho. Ahora que había vivido con él, se había dado cuenta de lo superfluo que era el correo en su vida.

Se apilaba en un aparador hasta que ella lo leía. Y no le extrañaba, dado lo que recibía. Facturas que se pagaban automáticamente.

Recibos del banco que no hacía más falta que ordenarlos. Propagandas y circulares que no servían de nada. Y el resto eran cosas para Gus.

Al parecer J.D. había vito a Gus cuando había ido a casa de Taggart Jones. El le había dicho que pensaba viajar con Gus cuando terminase con el trabajo de Trey. Había parecido decidido.

Pero Lydia ahora lo conocía y sabía que viajar no era para J.D. El amaba su rancho.

Era su sitio.

Se habría quedado allí si el rancho hubiera sido suyo. Y ella se encargaría de que lo fuera.

Skinny le buscó un sitio en el almacén. En realidad era una caravana con dos habitaciones, y acabó compartiendo una habitación con Cy.

—¿Lydia te echó? —le preguntó Cy animadamente. J.D. fingió que no lo había oído.

No tenía ganas de hablar de ello. Lo que tenía que hacer era trabajar. Todos los días.

Todo el día. Y la mitad de la noche si pudiera. Porque así estaría cansado y se dormiría. Y durante escasas horas se olvidaría.

Era una época mala para distraerse. El transporte se había terminado. La alimentación con piensos no había empezado. Las cercas estaban acabadas. Durante el día se ocupaba del ganado. Por la tarde y la noche trabajaba con los caballos de Trey.

Generalmente lograba distraerse más cuando estaba con los caballos, trabajando con ellos. Era como si pudiera abandonar su mente y meterse en las de los caballos.

Pero ya no lo lograba como antes. Porque siempre había un tercero en los corrales.

Lydia. Ella estaba en todas partes por donde miraba, hasta cuando cerraba los ojos estaba allí. Sonriendo. Tocándolo. Amándolo.

—¡J.D.! -era Skinny que iba hacia él—. ¡Eh! j.D.!

La distracción desvaneció a Lydia. Eso era bueno. —Trey quiere que vayas a verlo. A la casa. ¡Ahora Eso no le olía bien a J.D.

¿Qué diablos quería el viejo?, se preguntó. —Estoy trabajando —le dijo a Skinny.

Pero en ese momento oyó la puerta de la casa y al alzar la vista vio a Trey salir y dirigirse hacia él por el campo.

—Toma —J.D. le dio las riendas a Skinny y trepó la cerca para ir al encuentro del viejo.

— ¿Qué diablos le has hecho a Lydia? —le preguntó el viejo. J.D. se puso tenso.

— ¿A qué te refieres? ¿Qué ocurre con Lydia?

Trey miró a Skinny, a Cy y a un par de vaqueros que iban hacia ellos. Giró la cabeza hacia la casa haciendo una seña y dijo:

—Ven. No se dio la vuelta para ver si J.D. lo seguía. Simplemente volvió por donde había llegado.

J.D. no comprendía por qué Trey se metía en sus asuntos con Lydia, pero no lo iba a permitir. El viejo subió los escalones y abrió la puerta violentamente.

Atravesó el comedor y se dirigió a una habitación pequeña en la parte de atrás de la casa.

J.D. no había estado nunca allí. J.D. aminoró un poco el paso simplemente para hacerle saber a Trey que no se moría por cumplir su voluntad.

Trey esperó a que J.D. entrase en la habitación, cuyas paredes estaban recubiertas de libros.

—¿Quieren que les traiga café? —preguntó el ama de llaves.

—No, gracias —contestó Trey, sin siquiera preguntarle a J.D. si él lo quería—. No nos hace falta nada. Y no queremos que nos molesten.

—Tal vez quieras que venga el sheriff que esté de servicio —murmuró J.D. entre dientes.

Clara no lo escuchó. Pero Trey sí. Cerró la puerta firmemente y luego fue a enfrentarse con J.D.

— ¿Qué le has hecho a Lydia? —le preguntó Trey, enfadado, como acusándolo.

—No le he hecho nada a Lydia.

Nada que fuera asunto de Trey.

—Entonces, ¿por qué estaba llorando? ¿Por qué se ha marchado? ¿Por qué me ha pedido que te dé esto? —Trey sacó un sobre del bolsillo y se lo extendió a J.D.

J.D. lo miró como si fuera una serpiente de cascabel. Trey se lo refregó por la nariz y exclamó:

—¡Léelo! ¡Ella me pidió que te hiciera leer esto! ¡Me dijo que quería estar segura de que recibías el mensaje esta vez!

J.D. apretó los puños. Trey tenía el sobre en la mano todavía.

—¿Qué le has hecho?

J.D. evitó mirar el sobre y se encontró con la mirada de ojos azules de Trey.

Aquella vez fue J.D. quien tuvo que desviar la mirada.

—No le he hecho daño... No he querido hacerle daño... —dijo con la voz apagada.

Metió los puños en los bolsillos. Bajó la cabeza.

Esperaba otra acusación de parte de Trey, pero el viejo se quedó en silencio. Había bajado la mano con el sobre. Se quedó inmóvil. Callado.

A través de la puerta cerrada J.D. pudo oír el ruido de la aspiradora de Clara. Más lejos, se oían las voces de los vaqueros.

—Siéntate —le dijo Trey.

El hábito le hizo permanecer de pie. Obedecía las órdenes de Trey solamente cuando se trataba de su trabajo.

—He dicho que te sientes —dijo Trey en un tono de voz que J.D. jamás le había oído.

Había oído su tono sereno, firme, obstinado. Pero en aquel había un matiz de cansancio. J.D. lo miró.

Trey movió la cabeza señalándole uno de los sillones de piel que había en la habitación y esperó.

J.D. se sentó, pero no se echó para atrás. No se relajó. Se inclinó hacia adelante, con las manos y los antebrazos apoyados en sus rodillas. Casi agachado. Listo para saltar.

Trey se sentó en el otro sillón.

—Qué ha ocurrido?

J.D. no contestó. Suspiró. Se movió, apretó los dientes.

—Lydia ha venido aquí llorando —dijo Trey, sin acusarlo—. Al principio, no. Pero había estado llorando. Intentó no llorar. Pero no pudo. Me ha dicho que no fue culpa tuya. Ha dicho que fue culpa suya.

—No ha sido culpa suya, maldita sea!

—¿Qué cosa?

—¡Lo que ha pasado! ¡El que yo le haya hecho el amor!

Finalmente lo había admitido. ¡Ya Trey!

—Fue un error! Sabía que nada bueno podía salir de ello, pero ha dado igual. ¡Yo me he aprovechado de ella! ¡Como tú te aprovechaste de mi madre!

Trey dejó escapar un suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante horas. Se sentó erguido, alerta, y asintió diciendo:

—Finalmente.

—¿Qué quieres decir con «finalmente»?

—Tú sabes bien lo que quiero decir. Significa que por fin queda al descubierto lo que ha estado oculto tanto tiempo. Y sí, tienes razón. Eres como yo.

J.D. deseaba negarlo. Deseaba que aquello terminase. Quería hacer callar al viejo.

Pero Trey dijo: —No leíste la carta que te envié. No leíste la carta que te dejó tu madre, ¿verdad?

J.D. se retorció y dijo: —¿Cómo lo sabes?

—Tu madre me llamó. Me pidió que fuera al hospital. Quería hablar conmigo. Me dijo que te había escrito una carta, que probablemente te pondrías en contacto conmigo —Trey agitó la cabeza—. No lo hiciste jamás.

J.D. no podía permanecer sentado, quieto, por más tiempo. Miró a Trey y dijo:

—¿Por qué iba a querer ponerme en contacto contigo?

—Para oír lo que había pasado.

—No quiero saber qué pasó!

—Pero sabes que ocurrió —afirmó Trey. No se lo preguntó. —¡Sí! ¡Claro que lo sé!

¡Maldita sea!

—Yo amaba a tu madre.

—El la amaba a mi padre!

—Sí —Trey cerró los ojos un momento. Luego los volvió a abrir—. ¿Quieres escuchar?

J.D. quería decir que no. No quería escuchar. No quería oír la confirmación de los desvaríos de su madre, inspirados por su enfermedad, esas cosas terribles que había balbuceado en sus últimos dolorosos días.

—Shhh! Mamá, no digas esas cosas —le había dicho—. No son verdad.

Y ella le había apretado la mano y lo había mirado a los ojos.

—Sí, es verdad —había insistido con un hilo de voz—. Tienes derecho a saber... Te he escrito acerca de ello. Hay una carta en el escritorio. Léela.

Por supuesto que no la había leído. Y no solo porque no podía. Sino porque no había querido.

Lo había negado durante años. Había luchado contra todas las evidencias. Había dado la espalda a ello y cerrado su corazón, a pesar de que muy dentro de él había sabido que era verdad.

—Yo soy tu padre —le dijo Trey mirándolo a los ojos—. Que el cielo nos proteja a ambos.

Durante un rato se miraron en silencio. Luego J.D. se giró y miró por la ventana. Se quedó callado. ¿Qué tenía que decir, después de todo? ¿»Qué bien, soy tu bastardo!»

«No he pertenecido jamás al hombre que me llamaba hijo»?

Había visto cierta ironía en el descubrimiento de la existencia de Josh. Y le había sorprendido amargamente el deseo de Trey de proclamar a ese nieto ilegítimo. Pero sobre todo había comprendido la ansiedad de Josh por saber la verdad. -

El había vivido el dolor de Josh. El había amado al hombre que había conocido como a su padre, como le había ocurrido a Josh. El había pensado que Dan lo amaba.

¿Y Trey?

No sabía ni le importaba lo que Trey pensara o sintiera. No debía de haberle hecho el amor a su madre jamás. Habría sido mejor para todos que no hubiera existido en absoluto.

¡Gracias al cielo que existía Rance! Sentía pena por Rance. Había sido el primogénito de Trey, cuando en realidad no lo era. Se alegraba

de que Rance no lo hubiera adivinado nunca. Se alegraba de que Rance fuera hijo legítimo. Se alegraba de que Rance hubiera sido quien aguantase un peso que J.D. no habría sido capaz de soportar.

—No es algo bonito, ni limpio. Y no espero un final feliz —dijo Trey—. Pero me gustaría contarte lo que pasó —paró de hablar, como esperando una respuesta, algún signo de aliento para seguir.

Pero J.D. no tenía aliento ni para sí. Pero sería mejor decirlo todo, ahora que había salido a la superficie.

—La amé durante años. A Helen, tu madre. Al menos desde la época de escuela secundaria. Y con la arrogancia de la juventud, del atractivo físico y del dinero, no podía entender que no me amase. Pero no me amaba. Solo tenía ojos para Dan —

miró un momento a J.D. Sonrió brevemente y luego suspiró—. Y Dan era mi mejor amigo.

¿Su mejor amigo?, pensó J.D.

Por lo poco que sabía, su padre, Dan, había tenido poco que ver con Trey Phillips.

Trey era el dueño del valle. Dan era el dueño de un pequeño campo. Siempre habían estado en bandos contrarios desde el punto de vista económico. Y por lo que recordaba J.D. jamás habían pasado la frontera que los separaba.

Después de los desvaríos de su madre, había estado seguro de por qué.

—No lo sabías? —le preguntó Trey—. Bueno, no fuimos amigos... luego —suspiró—.

A Dan lo llamaron a filas. Lo enviaron a Vietnam. A mí, no. Yo estaba en la Escuela de Leyes de Yale. Volví a casa durante el verano, trabajé en Helena para uno de los jueces. Y un día Helen vino a yerme. Destrozada. Dan y ella se habían comprometido inmediatamente antes de que él se marchase. Y le habían dicho que Danny había desaparecido. Ella creyó que estaba muerto.

J.D. sabía algo acerca de ello. Conocía la historia de su padre en el avión que había sido tiroteado y caído. Gus y él habían escuchado a su padre contar las historias de la evasión, después de que lo hubieran capturado, de la difícil caminata de vuelta, por detrás de las filas enemigas, de su regreso triunfante. Le había llevado semanas. Todo el mundo había pensado que estaba muerto.

—Yo también creí que estaba muerto —respiró profundamente. Luego continuó—.

Tu madre y yo nos consolamos mutuamente. Fue un error. No puedo negarlo. Como tú no puedes negar que lo que ha pasado entre Lydia y tú fue un error. Pero sucedió.

Y la única excusa que puedo darte es que la amaba —miró a J.D. —. Yo te lo contaba en la carta que no leíste. Supongo que tu madre

también te lo contaba en la carta que no leíste. J.D. apretó los dientes. Se quedó inmóvil. No contestó. No dijo una palabra.

—Dan volvió como un héroe cinco semanas más tarde. Tu madre voló a Hawai para encontrarse con él —continuó Trey—. Ella se casó con él allí. Y un mes más tarde, descubrió que estaba embarazada de ti —Trey sonrió tristemente—. Eras mi primer hijo. Y un Holt. Y no podía hacer nada.

J.D. miró al hombre en aquel momento, y se sorprendió de la resignación en el tono de su voz. El Trey Phillips que conocía jamás actuaba como si hubiera algo que no pudiera hacer. Era uno de los hombres más poderosos de Montana.

—Aunque yo no lo supe en aquel momento. Tus padres no volvieron hasta que tú tuviste dos años. Yo ni siquiera sabía de tu existencia. Recuerdo la primera vez que te vi con tu madre. Estabas en la verdulería, en uno de esos carritos con una silla, y tu madre lo empujaba. Yo me había casado con Christina para entonces. Ella estaba esperando a Rance, y dimos la vuelta en el pasillo de la tienda y nos chocamos con tu madre. Yo sentí como si me hubieran clavado un puñal en el estómago —sonrió débilmente, con tristeza—. Y yo le presenté a tu madre a mi esposa. Y tu madre te presentó. «Es mi hijo. Di hola al señor Phillips, J.D.», dijo Helen. Y tú me miraste con mis ojos azules y dijiste «hola». Yo solo te miré. Y la miré a ella. Entonces apareció Dan y te tomó en brazos y tú lo llamaste «papá». Y él me miró y dijo:

«¿Qué te parece mi hijo, Trey?». Y yo lo miré, y miré a Helen, y a ti. E hice lo único que podía hacer. Dije que eras un niño guapo, y que él era un hombre afortunado. Y luego nos despedimos.

Trey dejó de hablar entonces. Miró a lo lejos, por la ventana, como si estuviera viendo la escena otra vez, una escena de hacía más de treinta años.

El reloj tocó la hora.

Trey movió los hombros y dijo:

—Me habría gustado que las cosas fueran de diferente manera. Pero tengo que decir que no sé qué cambiaría. Yo amaba a tu madre. Después de que ella se casara con Dan, yo conocí a Christina. Llegué a amarla aún más. Ella era la mujer adecuada para mí. Helen era la mujer adecuada para Dan. Todos experimentamos nuestra parte de dolor. Nos lo merecíamos. Tú, no. Lo siento.

Algunas veces, en sus sueños, J.D. se había imaginado oyendo aquellas palabras de boca de Trey Phillips. No sabía por qué deseaba oírlas. No estaba seguro incluso de si se las merecía.

El no había comprendido nunca lo que había pasado entre su amada madre y el hombre más rico del valle. La carta de su madre seguramente se lo habría explicado.

No importaba, se había dicho. El sabía bastante. No necesitaba que se lo contaran.

Había tenido sus sospechas. Sus teorías. Había visto a Trey como a un villano. Y a su madre y a Dan como víctimas.

Ahora veía que había sido mucho más complicado.

Había estado equivocado.

Miró el suelo. Sintió que el mundo se hundía bajo sus pies.

Luego pareció colocarse en su sitio, y supo lo que tenía que decir.

Alzó los ojos para mirar a Trey y dijo después de tragar el nudo que tenía en la garganta: —Yo también lo siento.

Una vez que lo dijo, el nudo pareció infinitamente más pequeño. Dejó escapar una exhalación temblorosa y miró brevemente en dirección a Trey.

El viejo pestañeó rápidamente, luego se aclaró la garganta y dijo:

—La puerta de esta casa estará siempre abierta para ti, si alguna vez quieres entrar. Y

hasta donde tú quieras entrar —sonrió y añadió—: Yo haré todo lo posible por no presionarte.

J.D. esbozó una medio sonrisa y dijo:

—Gracias.

Se miraron, y por primera vez sus miradas no estuvieron envueltas en una batalla, sino en un intento de entendimiento.

—Te quiero —dijo Trey.

Fueron las palabras que menos esperaba oír, incluso en aquel momento. J.D. miró. Su garganta se atascó. Sintió un estremecimiento en todo su cuerpo.

—Lydia también te quiere.

J.D. empezó a agitar la cabeza, para negarlo. Pero no pudo.

Bajó la cabeza y se miró los pies. De pronto, en el silencio, oyó el ruido de un papel.

Giró la cabeza y vio al viejo abrir el sobre de Lydia.

J.D. observó al viejo extraer la carta. Cada movimiento era lento y deliberado, como si estuviera esperando que J.D. le quitase la carta para impedírselo. Una vez incluso fue Trey quien se paró y esperó.

Pero J.D. tragó saliva, apretó los puños, pero no se movió.

Esperó también. Quería detenerlo, quitarle la carta y salir corriendo. Pero no podía.

Porque eran mayores sus deseos de saber que su orgullo.

El viejo miró la carta, luego alzó la mirada.

—El rancho es tuyo, si lo quieres. Lydia te lo venderá. Se ha ido de allí. Se ha marchado.

—No lo quiero! Yo quiero... La quiero a ella -dijo por fin.

Trey asintió. Luego sonrió.

—Entonces, díselo.

—¿Dónde está? ¿Se ha ido? ¿Ha dicho.., dónde?

—A Helena. A su apartamento. No es lejos. Supongo que puedes llegar allí antes de que anochezca.

Sus ojos volvieron a la batalla. Pero se trataba más de un desafio que de hostilidad.

—Si la quieres —dijo Trey. ¿La quería? ¡Sí, Dios santo!

Si iba a buscarla tendría que compartir con ella algo que no había compartido con nadie.., hasta aquel momento.

Y Trey lo sabía, aunque no se lo hubiera dicho.

La expresión del viejo era gentil, cálida, de aceptación.

El jamás había querido la aceptación de Trey Phillips. Jamás había deseado comprender a Trey. Pero lo comprendía. Se pusieron de pie y volvieron a estar cara a cara. Después de un momento que pareció in — terminable, Trey asintió.

—Eres un buen hombre —dijo—Trey, y extendió la mano.

Lentamente J.D. le dio la suya.

—Gracias —J. D. habló en voz baja y con un tono entrecortado.

Se miraron otra vez.

Trey tocó el hombro de J.D. y dijo: —Buena suerte, hijo.

Lydia estaba triste. Había hecho lo correcto. Lo sabía. Se lo decía una y otra vez. Pero eso no la ayudaba a que la vida le resultara más fácil. Ni a sentirse mejor. De momento.

Pero, como el clima de Montana, habría que esperar a que el dolor se sofocara.

Habría nieve, y lluvia, y tristeza en aquel momento. Pero algún día volvería la primavera. Pero no sería en Montana.

Había pensado que marcharse a Helena sería suficiente. Pero no lo era. Veía las montañas a través de la ventana. Y que detrás de ellas estaban sus sueños. Necesitaba más montañas, más valles, un río, o diez. Un océano no le vendría mal. Distancia.

Le había dicho a Rance aquella mañana que quería disolver su sociedad con él, dejar su trabajo.

Rance la había mirado y luego había dicho.

—No me sorprende. Tú prefieres el rancho, igual que yo. Yo he estado pensando lo mismo —Rance sonrió con aquella maravillosa sonrisa de los Phillips.

Ella le sonrió en respuesta. No le había dicho que no había un rancho en su futuro: El se enteraría pronto.

Mientras tanto ella empezaría a hacer planes. Tal vez volviera a Iowa. O a Nueva York o a Timbuktu.

Lydia estaba de pie, en su apartamento, mirando por la ventana hacia la montañas.

Detrás de esas montañas...

Agitó la cabeza. Volvió a la tarea de hacer las maletas. Ni

Timbuktu estaría suficientemente lejos.

Los golpes en la puerta la sobresaltaron. Ella había creído que Rance se había marchado a las cinco hacia la casa de los O'Connor, donde aún vivía con Ellie y los niños. No se le ocurría que pudiera ser ninguna otra persona.

No estaba preparada para abrir la puerta y encontrarse a J.D.. Su corazón dio un vuelco de alegría al verlo, aunque sabía que no tenía sentido.

—Recibiste mi carta.

El asintió. Tragó saliva y dijo: —Esta tarde.

—Lo he dicho en serio. Debí vendértelo a ti desde el principio. Jamás debí intentar conseguirlo. No es mío. ¡Y jamás lo será! Yo...

—No la he leído.

Ella lo miró con la boca abierta, confundida.

—¿Qué?

—Que no la he leído —repitió J.D. Miró a Lydia y dijo—: No sé leer.

Era lo que menos esperaba Lydia que dijera. ¿No sabía leer?

Lydia agitó la cabeza, sin poder creerlo. ¡Todo el mundo sabía leer!

Y sin embargo... Mientras estaba allí, de pie, le vinieron algunos recuerdos a la memoria. Recuerdos de J.D. de pequeño, un niño problemático, un peleón, un granuja.

«J.D. odia el colegio», le había dicho Gus. «Dice que es estúpido. No ve la hora de dejarlo». Y había dejado el colegio al final del noveno curso.

También tenía recuerdos más recientes, de una pila de correo sin abrir, de la carta de Trey que no había leído, de la llamada telefónica diciéndole que le dijera nuevamente lo que tenía que comprar en la tienda de comestibles, de su incomodidad frente a la lista de vinos, de su inmovilidad absoluta y paciencia infinita con la que se había sentado a oír leer a Carrie O'Connor.

Y ahora veía el dolor en su rostro, el modo en que desviaba la mirada.

Y entonces lo creyó. J.D. la miró un momento, el tiempo suficiente como para ver un millón de expresiones en la cara de Lydia.

Asombro. Incredulidad. Preocupación. La compresión de la verdad.

El se dio la vuelta. No quería ver desagrado ni disgusto. O algo peor pena.

Metió las manos en los bolsillos y se preguntó por qué diablos habría ido allí.

Para decirle la verdad, toda la verdad. Para mostrarle lo peor de él y esperar que no importase.

Debió de pensarlo mejor. Pero no podía culparla por darle la espalda.

Cualquier mujer sensata lo habría hecho.

—Así que, ya ves —dijo él, acercándose a ella—. Jamás habría funcionado una relación entre tú y yo. La abogada y el vaquero analfabeto. Son hormonas. Es sexo. Es lo que queráis llamarlo los intelectuales—. Es...

—Amor —dijo Lydia.

El la miró y preguntó:

— ¿Qué?

—Es amor, J.D. —ella extendió la mano y lo hizo pasar. Cerró la puerta y lo rodeó con sus brazos—. Amor —dijo nuevamente, mirándolo a los ojos.

—No sé...

—Leer. Ya te he oído. Te creo. Y ahora hazme el favor de creerme. Te amo... al niño que eras, al hombre que eres. Eso no cambia nada.

— ¡Tiene que cambiar por necesidad!

— ¿Por qué?

— Porque... porque...

Porque tenía miedo de no dar la talla. Porque tenía miedo de fallarle. Porque tenía miedo de intentarlo. Había fallado tan a menudo. Tan terriblemente. No quería fallar en aquello también.

—Porque tengo miedo —le dijo J.D. por fin.

Y ese era el mayor secreto de todos. Mayor que el de quién era su padre. Mayor que el de que no sabía leer.

—Porque tengo miedo de no ser suficiente para ti.

—¿Me amas?

—Más que a mi vida.

—Entonces no te apartes de mi vida —ella lo miró. Tomó el brazo de J.D.

Y luego, como si se diera cuenta al mismo tiempo que él, ella lo soltó. Dio un paso atrás.

Lo siguió mirando, y en sus ojos J.D. vio que le seguía ofreciendo amor, que le daba su corazón, su alma.

Era el regalo más tremendo que le habían hecho. Lo aterraba.

Pero también le dio la valentía para decir:

—Te amo —susurró J.D. La rodeó con sus brazos, la abrazó y la envolvió en su amor.

El la besó entonces, con todos sus temores y sus esperanzas, y al compartirlos, sintió crecer la esperanza y apagarse el temor. Se sintió renovado. Completo.

Solo le quedaba una cosa por hacer.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó antes de que pudiera pensarlo, antes de que pudiera dudar, antes de que se parase a pensar.

Y gracias a Dios, Lydia no lo mantuvo en suspenso. Ella se echó en sus brazos. Lo abrazó. Lo besó.

Y dijo—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca

Se casaron el fin de semana anterior al Día de Acción de Gracias. Kristen fue la dama de honor. Y Rance el padrino.

Trey llevó a la novia al altar porque los padres de Lydia quedaron aislados con la nieve.

—Da la impresión de que lo ha planeado —dijo J.D. esa noche mientras abrazaba a su esposa y la llevaba a la cama—. Probablemente lo ha planeado todo Trey.

Trey había estado en todos los detalles de la boda. Desde la comida hasta la ceremonia y el banquete.

—Se atribuye el mérito de todo —murmuró J.D.— Te hace pensar que ha planeado toda la boda.

—Así ha sido.

—¿Es él el motivo de que haya tenido que usar un esmoquin? —preguntó J.D.

Lydia sonrió pícaramente. —Bueno, él tiene más tiempo que yo. Además, dijo que si no insistíamos, te casarías en vaqueros.

—No tienen nada de malo los vaqueros —J.D. rodó con ella y la puso debajo, y él encima. Le dio un beso en la nariz.

—No, por supuesto —dijo Lydia—. Pero estabas adorable con el esmoquin —ella sonrió y lo miró de arriba abajo—. Estás adorable sin él también.

J.D. se puso colorado por el cumplido, luego se inclinó y besó uno a uno sus pechos.

-Tú también —dijo.

El la amó entonces. Suavemente. Desesperadamente. Apasionadamente. La amó de todas las formas que sabía amar a una mujer.

Y Lydia lo amó también. Ella lo hizo gemir. Lo hizo temblar. Le hizo encoger los pies.

Lo hizo sentirse débil, y fuerte al mismo tiempo.

Lydia era una mujer sorprendente, alucinante. Muy energética.

Luego, cuando él se derrumbó encima de ella y empezó a respirar otra vez, la acarició, desde los hombros hasta las caderas, con manos temblorosas, y dijo:

—¿Dónde diablos has aprendido todo eso? De Claudia… no.

Ella le había contado lo de Claudia, sobre sus clases de seducción. Pero él conocía a Claudia. ¡Y sabía que Claudia no era capaz de nada así!

Lydia sonrió. Luego extendió la mano y sacó un libro de debajo de la cama.

J.D. frunció el ceño.

— ¿De un libro? ¿Qué libro? ¿De dónde lo has sacado?

- De Trey.

— ¿De Trey?

—Es su regalo de bodas —Lydia sonrió con picardía—. El sabía que habías estado trabajando en la lectura despacio, pero no era tan difícil como él había creído. Había libros que trataban sobre la dificultades en el aprendizaje, le había dicho ella. El le había dicho que no necesitaba un libro sobre ello, que él conocía todas las dificultades de primera mano.

—No digo para ti, sino para mí —había dicho ella—. Así que puedo ayudarte. Y lo había hecho.

Lydia le dio el libro que les había regalado Trey, sonrió y dijo:

—Trey dijo que tendrías que empezar por un libro que te gustase.

J.D. pudo leer el título.

—¿Kama Sutra? —preguntó J.D., inseguro—. ¿Qué es eso?

Luego lo abrió. Agrandó los ojos, arqueó las cejas. Lo ojeó rápidamente, luego lo volvió a mirar, más detenidamente. —Mmm... —dijo J.D.—. Bueno, ahora...

Podríamos probar eso, ¿no? —y señaló un dibujo muy intrigante.

—Podríamos —dijo Lydia. Se inclinó hacia él y le besó el hombro. Luego le mordió suavemente el cuello. - Ella miró. Luego volvió a estudiar el dibujo. Empezó a leer el texto lentamente, con pausas continuas, en voz alta. Luego se detuvo.

—¿Qué es esta palabra? —le preguntó J.D. Ella miró, luego se lo dijo, sonrojándose.

El asintió. Leyó un poco más. Se detuvo. Señaló.

— ¿Y esta?

Ella se lo dijo. El sonrió pícaramente. Siguió leyendo. Se detuvo y volvió a preguntar.

Ella miró, empezó a decir la palabra, con la cara roja, luego lo sorprendió sonriéndose pícaramente.

—¡Sabes muy bien qué es! —exclamó ella, haciéndole cosquillas en las costillas.

El se rió y rodó con ella, y se colocó nuevamente entre sus piernas.

—Es cierto —dijo él—. Gracias a ti.

El se agachó y la besó. Se deslizó dentro de ella. Luego rodaron una vez más, y ella quedó a horcajadas encima de él. J.D. miró el libro, corrigió las posturas. Sonrió otra vez, alzó las cejas.

— ¿Cómo se llama esta postura?

—¡J.D.! —protestó ella, riendo. Luego paró cuando él se empezó a mover.

Ella se movió con él. Se abrazaron fuertemente, y después del éxtasis los dos volvieron a derrumbarse una vez más.

Y más tarde, mientras J.D. estaba echado, con su esposa en los brazos, empezó a pensar que tal vez los libros sirvieran de algo. Y sonrió.

—¡Muy bien, Trey! —Exclamó J.D—. Supongo que alguna vez se le ocurre alguna idea buena, después de todo.

Fin.